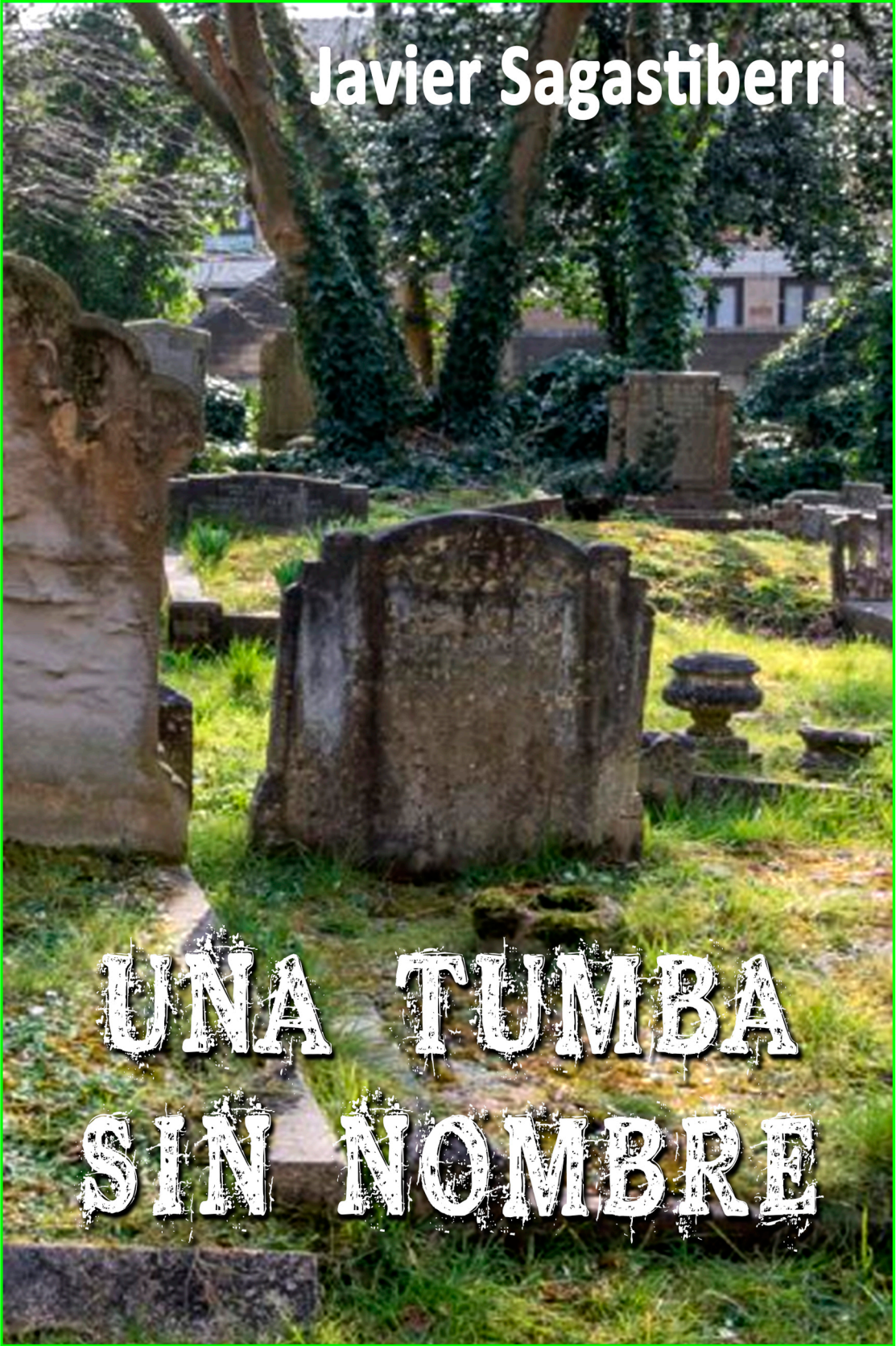


A photograph of a cemetery. In the foreground, there is a large, weathered, rectangular tombstone. To its left, another tombstone is partially visible. In the background, there are more tombstones of various shapes and sizes, some of which are partially obscured by trees and foliage. The scene is set in a grassy area with trees and a building visible in the distance.

Javier Sagastiberri

**UNA TUMBA
SIN NOMBRE**

Arantza Rentería ha desaparecido. Su compañera, Itziar Elcoro, abandonará Bilbao y viajará a las tierras altas guipuzcoanas, al Goierri, para investigar el asesinato de Ernesto Compson, el líder de una comunidad anarquista nacida al calor de las revueltas ciudadanas que culminaron en el movimiento 15-M.

El Goierri es también la tierra originaria de Arantza y, a medida que Itziar se interesa por su compañera ausente, iremos conociendo episodios oscuros de su pasado, que se remontan a la época franquista de nuestra historia. El lector asistirá a un final sorprendente, en el que descubrirá que el pasado siempre vuelve, y casi siempre lo hace para perpetuar la desgracia.

JAVIER SAGASTIBERRI



UNA TUMBA SIN NOMBRE





Javier Sagastiberri

Una tumba sin nombre

ePub r1.0
Titivillus 25-12-2020

Javier Sagastiberri, 2019
Ilustraciones: Cristina Fernández Blanco

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



*“Todas las historias de amor
son historias de fantasmas”*

DAVID FOSTER WALLACE

DON CELSO

Y no me llega el alzheimer. Tengo que recordar todas las noches a Beatriz con aquel cabrón de mierda. Ni siquiera la venganza me ha servido. Sólo la muerte me sirve. O el alzheimer.

Me anuncian visita. Desde que me han recluido en esta residencia nadie se acuerda de mí. Me pregunto quién puede venir a verme. Me dicen que es una mujer, Arantza Rentería. Sé que es una de las *ertzainas*, pero no recuerdo cuál.

Le recibo en mi cuarto. Es la descarada. Me gusta esta jovencita. Pocos se han atrevido a desafiarme. Ella lo hizo y tuvo su gracia. Es guapa, pero ha adelgazado y tiene grandes ojeras. Algo importante no la deja descansar, como me ocurre a mí.

—Buenos días, señorita.

—Buenos días, don Celso. Supongo que se preguntará qué es lo que me trae por aquí.

—Sí, ya imagino que no es una visita de cortesía.

—No sé por dónde empezar. Necesito contactar con Carlos Sosé.

—Mire señorita, ya les dije a usted y a su compañera que no podía ser.

—No vengo como policía.

—Ya.

—Necesito contratarlo. Y le juro que no lo delataré.

—¿Para qué quiere verlo?

—He de pagar una deuda.

—¿A quién?

—A don Sergio.

—No le debe nada. Y además está muerto.

—En eso se equivoca. No me caía bien, pero le debo algo.

Callo durante un largo rato. El silencio prolongado no la incomoda, espera tranquilamente. Quizás me equivoque, pero confío en ella. Me acerco a la mesilla, cojo papel y pluma y apunto una dirección.

—No se llama Carlos Sosé. Llámelo Beltza.

—De acuerdo —me da la mano— y gracias.

Espero no arrepentirme. La verdad es que confío en ella. A Beltza le gustará, de eso estoy seguro.

ITZIAR

Aunque casi habían transcurrido seis meses desde la muerte de Iñigo y de Jon, la presencia de los dos agentes en la Central de Erandio se adivinaba en los ademanes y miradas de cada uno de sus compañeros. Itziar había vuelto al trabajo apenas tres semanas después del funeral, porque se dio cuenta de que sólo el trabajo podía salvarla.

Durante quince días había permanecido acostada en su dormitorio de la infancia, en la casa familiar de Donostia, vigilada con celo por Paco y sus padres, que no se apartaban de su lado ni un instante, porque, según le confesarían más tarde, una vez que Itziar se levantó de la cama como si abandonara una tumba, habían temido por su vida. Durante esas dos semanas no cruzaron casi palabra. Itziar sólo se levantaba para ir al baño y apenas se incorporaba lo justo para poder comer en la cama cuando su madre se presentaba con la bandeja tres veces al día. Su cuerpo sólo aceptaba líquidos y por ello la alimentaron de sopas y purés, así como de leche que le servían en tazones humeantes en los que introducían algún bizcocho o galleta para proporcionarle algo más de energía.

No recordaba nada de esas dos semanas. Tenía la sensación de haber vuelto del otro lado, de haber resucitado, de haber abandonado una tumba querida, así lo repitió varias veces, mientras observaba su cara demacrada en el espejo del baño.

—Creo que huelo fatal —fueron sus primeras palabras. Paco le contó que durante esos quince días había permanecido boca arriba, con actitud serena, a ratos con los ojos abiertos y a ratos durmiendo, pero que no parecía haber sufrido. Ella no recordaba ningún dolor, nada parecido al sufrimiento físico. Más bien le pareció haber encontrado la paz definitiva.

Tras ese paréntesis, aún necesitó una semana más para recuperarse y, sobre todo, para tranquilizar a sus padres y a su hermano.

Su madre pretendía que abandonase la Ertzaintza o que, al menos, buscara un destino más tranquilo, donde no corriera riesgo su vida.

Ella agradeció todo el cariño que adivinaba en las caras ansiosas de sus familiares, pero se mantuvo firme: debía volver al trabajo, ya que desde que despertó de ese sueño continuo, peligroso pero placentero, no podía descansar; todas las noches se despertaba llorando asaltada por terribles pesadillas. En ocasiones, el rostro sin ojos de Uriah le miraba con fijeza, mientras se reía histéricamente. Otras veces era don Sergio quien aparecía en el sueño e Itziar descubría con horror que el ciego también la observaba, vestido como un sacerdote, preparado para realizar los sacrificios prescritos en sus atroces creencias. Y descubría aterrorizada que era ella la

ofrenda al Dios ciego, ya que sus compañeros Iñigo y Jon habían volado por los aires y sus cuerpos no servían para aquella ceremonia. Curiosamente, jamás soñaba con Arantza. Pero durante el día no podía hacer otra cosa que pensar en ella: la odiaba con furia y, al mismo tiempo, la añoraba con la misma ferocidad.

—Tengo que trabajar. No quiero volverme loca —repetía una y otra vez, cuando su madre intentaba convencerle de que prolongara aquella baja.

Un domingo, tres semanas después del funeral, tras haber abrazado con fuerza a sus padres y a su hermano, subió al coche en el que Paco la esperaba y una hora después entraban en Bilbao.

Su madre le contó que fue Paco quien llamó a los suyos, a pesar de no conocerlos y que fue también quien la trasladó a Donostia al día siguiente del funeral.

—Y ya es como de la familia, Itzi. Me alegro mucho. Estamos muy contentos.

El mismo lunes se presentó con el alta médica en el despacho de Xabier. Éste la recibió con un fuerte abrazo, visiblemente emocionado. Itziar no se atrevió a preguntar por Arantza, y él tampoco hizo nada por mencionarla, pero después, tras abrazar a Amaia y a Antxe, estas se encargaron de informarle.

—Sigue de baja, pero no ha vuelto a su piso de Sestao. Y nadie sabe dónde está. Ni siquiera Mikel.

Itziar decidió que esa misma tarde visitaría al informático. No quería ver a Arantza, a pesar de que la añoraba. No podía perdonarla, al menos no todavía. Era consciente de que la furia que sentía era hasta cierto punto algo impostada. Era un sentimiento que intentaba enmascarar una certeza mucho más dolorosa: el sentimiento de culpa que se apoderaba de ella cada vez que recordaba a sus amigos muertos.

Había repasado en infinidad de ocasiones su comportamiento durante aquellos funestos quince días que separaban la fuga de Uriah de la consumación de su venganza.

Aunque la principal responsable de aquella locura había sido Arantza, ella no podía ocultarse a sí misma que quizás su propio comportamiento había sido aún más decisivo para que la desgracia se hubiera producido. Ella conocía cómo era su compañera, y desde el principio sospechó que su comportamiento estaba siendo temerario. Pero eso era lo normal, Arantza siempre tendía hacia la temeridad. ¿Y dónde estaba ella, la poli juiciosa, la que tenía que haber detenido aquella locura? Le habría bastado con avisar a Xabier de las maniobras de su amiga. O también podía haber hablado con Jon, quien seguro que le habría informado de todo. Pero ella sólo estaba concentrada en el caso de Borja Pérez de Martingala, ella sólo quería resolver aquel rompecabezas, brillar con la resolución de un caso difícil en una nueva y espectacular investigación. Arantza había actuado como siempre lo hacía, por lo que podía decirse que era ella la que había fallado. Cuando reflexionaba de esta forma, la culpa y el dolor la invadían. Pero a continuación volvía la rabia y la amargura. Había llegado a pensar que su compañera era imbatible. Hasta entonces su audacia había

funcionado, y gracias a su valentía ella estaba viva. Itziar no podía olvidar cómo Arantza le había salvado la vida con la maniobra Rentería, cuando los monstruos que acompañaban a Uriah en Plentzia habían iniciado los preparativos para torturarla. ¿Qué habría ocurrido si en vez de ser su amiga la que apareciera con la pistola hubiera sido al revés? Estaba segura de que ambas habrían resultado muertas. Ella no era capaz de ejecutar con sangre fría una acción similar a aquella a la que Arantza denominaba la “maniobra Rentería”. Nadie era capaz de tanta audacia, tenía que reconocerlo. Pero toda esa determinación, en la que Itziar había confiado ciegamente, se había convertido en temeridad cuando se trató de perseguir a Uriah.

URIAH HEEP

Itziar intentó reprimir la angustia que todavía le producía acordarse de Uriah Heep. Le volvían a la mente escenas de las películas que encontraron en la casa de Plentzia donde Itziar conoció a aquel monstruo. Uriah era extremadamente delgado y no medía más de un metro cuarenta, por lo que era fácil confundirlo con un niño, y ello le servía para así atraer con más facilidad a sus víctimas. Su vocecita infantil también ayudaba a crear esa falsa impresión de inocencia. Pero todo era un espejismo que se desvanecía en cuanto te acercaba su cara de pergamino, sin cejas ni pestañas y con unos ojos azules que te miraban detenidamente y que no parecían humanos, pues tenían la fijeza y crueldad indiferente de los de un ave de presa.

Ojalá su amiga lo hubiera matado en aquel chalet de Plentzia. Ojalá le hubiera disparado a la cabeza y no a la pierna; ahora Iñigo y Jon estarían vivos.

Itziar siempre se había resistido a los sentimientos justicieros típicos de Arantza, pero cada vez se parecía más a ella. Es fácil ser ecuánime y racional cuando no has conocido a ningún monstruo. A ella le había bastado el conocimiento de los siniestros pederastas de Plentzia, entre los que destacaba Uriah Heep, para modificar toda su actitud racional. Ahora entendía mejor a su compañera. Itziar se preguntaba por las experiencias atroces que habría sufrido en la infancia.

No era capaz de imaginarlas, y su amiga jamás se las había contado, pero estaba claro que habían forjado ese carácter extremo y justiciero que siempre había respetado aunque no compartido.

Estos pensamientos llevaron a Itziar a apiadarse por primera vez de su amiga. Recordó entonces cómo rechazó su proposición de llamar a Xabier cuando les llegó la foto de sus compañeros y vieron que estaban prisioneros de Uriah. Itziar consideró que era lo más prudente: “Si vamos solas nos matarán”, afirmó, pero la respuesta de Arantza fue terminante: “Si ellos mueren no quiero vivir”. Cuando recordó esa frase no pudo evitar el llanto. ¿Cómo estaría Arantza en estos momentos? “Si ellos mueren no quiero vivir”. La frase volvía a la mente de Itziar una y otra vez y su recuerdo repetido acabó modificando otra vez los sentimientos que dominaban a la *ertzaina* en aquellos días. Esas palabras le proporcionaron una visión inédita del carácter de Arantza. Itziar sufría por Iñigo y por Jon, y no era capaz de imaginar mayor dolor que el que ella sentía. Pero las palabras de su amiga le sugerían lo contrario, le informaban de que el dolor de Arantza, el sentimiento de culpa era incluso superior al suyo.

Necesitaba verla. Necesitaba sentir su dolor, aunque sabía que era imposible. No podía imaginarse abrazada a Arantza. Su amiga siempre se lamía las heridas en

soledad y así seguiría haciéndolo. Recordó de forma repentina el momento inmediato posterior a la gran explosión que había barrido los cuerpos de Iñigo y de Jon.

Arantza gritó: “¡Uriah! ¡Mátame!, y sólo después se derrumbó y lloró, pero en ningún momento se acercó a su compañera. Y cuando Amaia y Antxe llegaron, las tres se abrazaron y lloraron sin parar por sus compañeros. Arantza, en cambio, quedó fuera del círculo. Y desde allí, desde fuera del dolor de los demás, atendió a la exigencia de Antxe, “¡Mata a Uriah, joder, mátalo!”, y se alejó para planear la ejecución.

Porque Itziar no albergaba la menor duda: Arantza había ejecutado a Uriah Heep. Quizás no con sus manos, sino con la colaboración de don Sergio, ya que la cabeza de Uriah, seccionada del cuerpo y con las cuencas vacías, parecía una ofrenda al Dios ciego. Itziar imaginó aquella noche gloriosa, así calificada por la nota que acompañaba a la cabeza, una noche en que la tortura habría arrancado de la garganta del irlandés los gritos más atroces, el más perfecto cántico, y cuando imaginó aquella noche no sintió ni siquiera repulsión. Pese a que sus principios le dictaban lo contrario, en su fuero interno, en lo más hondo, aprobaba la tortura del monstruo. De una manera oscura, entendía que esa tortura era justa, esa tortura equilibraba la balanza entre el bien y el mal.

Si no había un más allá, el equilibrio debería producirse en este lado de la muerte. Uriah y sus colegas violaron, torturaron y descuartizaron al menos a siete niños y se recrearon en su sufrimiento, disfrutaron con su dolor. Y, para agravar el mal, habían filmado sus actos infames en las películas que encontraron en la casa, en un intento de que la injusticia y el daño se reprodujeran hasta el infinito. Uriah, el superviviente de la matanza, había perseverado en la ceremonia de la destrucción, y continuado perpetrando un mundo más injusto. Teniendo en cuenta esto, la tortura de Uriah, sus gritos elevándose de forma nítida hasta los oídos del Dios ciego ¿no era en el fondo una manera de restablecer la justicia?

Itziar intentó abandonar estos pensamientos, ya que era consciente de que esta modalidad de justicia primitiva, con fundamento ante todo en los sentimientos de venganza, no servía de forma cabal para construir un mundo más justo. Imaginó que Arantza sentiría algo parecido. O quizás no pensara en ello en absoluto. Quizás su actuación fuera de naturaleza más primaria, una forma de aplacar el terrible dolor que experimentaba.

Aquella primera mañana de trabajo fue ciertamente improductiva. Escuchaba a sus compañeros y, en apariencia, se interesaba por los casos pendientes, esforzándose por ponerse al día, pero sabía que, detrás de esa fachada de normalidad, tanto Antxe como Amaia, tanto Xabier como Álvaro o Gonzalo, no dejaban de pensar en lo único importante: la ausencia de Arantza y la ausencia, todavía más terrible, por definitiva, de Iñigo y de Jon.

Por la mañana se concentró en estudiar los recortes de prensa, que relataban lo ocurrido en la casa abandonada de la Ribera de Deusto, en la que Uriah Heep había

encerrado a sus compañeros Iñigo y Jon.

Algunos de los recortes eran pura fantasía, pero encontró un reportaje de fin de semana incluido en *El Correo* que era particularmente exacto. Tenía como título “Tragedia en la Ertzaintza”. Lo leyó con atención:

“El pasado lunes se celebró en la Basílica de Begoña, con la asistencia de los altos cargos de la Consejería de Interior, el funeral por la muerte de los agentes de la Ertzaintza, Iñigo Clemente y Jon Sarabia. Los *ertzainas* formaban parte de la Unidad de Investigación Criminal de la Central de Erandio, y murieron en acto de servicio el jueves anterior.

Al parecer, dichos agentes participaban en la persecución de Uriah Heep, un peligroso criminal de origen irlandés que se había fugado de la prisión de Basauri dos semanas antes.

Uriah Heep había sido detenido en el curso de una operación realizada el año anterior, en la que participaron los integrantes de la Unidad de Investigación Criminal de Erandio. En dicha operación fue desarticulada una banda de pederastas que había torturado y asesinado a niños menores de diez años, secuestrados en distintas localidades del norte de España. La banda tenía su cuartel general en un chalet de Plentzia y estaba integrada por irlandeses huidos de su país y un par de ciudadanos españoles pertenecientes a una conocida familia de Neguri.

En la operación participaron la oficial Itziar Elcoro y la suboficial Arantza Rentería y se saldó con un tiroteo en el que murieron varios de los integrantes de la banda. Uriah Heep fue herido y estaba internado en la prisión de Basauri a la espera de juicio. En la fuga asesinó a los policías que lo custodiaban cuando estaba siendo trasladado al hospital de Basurto y, según fuentes de la Ertzaintza, se sabía que no había abandonado Bizkaia, pues planeaba asesinar a las *ertzainas* que lo detuvieron, por lo que su persecución se había convertido en un objetivo de la máxima prioridad para nuestra policía. A pesar de ello, y según han confirmado las mismas fuentes, la persecución estuvo plagada de múltiples errores, que habían culminado en el secuestro por parte de Uriah Heep de los agentes Clemente y Sarabia. Estos se habrían inmolado, provocando una gran explosión, para impedir el éxito de la venganza de Uriah Heep, quien pretendía asesinar con una bomba de gran potencia a las *ertzainas* Arantza Rentería e Itziar Elcoro. En la explosión murieron los dos agentes, además de varios ciudadanos de origen irlandés, posiblemente integrantes de una mafia que, según otras fuentes

consultadas, está intentando asentar su poder en la ciudad de Bilbao, y de la que Uriah Heep formaría parte.

En la explosión, sucedida en la Ribera de Deusto en un edificio abandonado, las agentes Elcoro y Rentería resultaron ilesas, al igual que su enemigo Heep.

Esta historia de violencia tuvo su espectacular desenlace, al menos por el momento, con la aparición sorprendente de la cabeza de Uriah Heep, con signos de haber sufrido tortura extrema, en la ceremonia de incineración de los cadáveres de los dos agentes de la Ertzaintza asesinados por él.

En estos momentos se especula con dos hipótesis sobre la tortura y asesinato del irlandés. La primera apunta a una venganza de alguno de los *ertzainas* por la muerte de sus compañeros, extremo que ha sido negado tajantemente por fuentes cercanas a la Ertzaintza. El periodista ha intentado localizar a la suboficial Arantza Rentería pero, al parecer, se encuentra de baja y está en paradero desconocido. La otra hipótesis apunta a un ajuste de cuentas entre bandas de la heroína. Por las características de la tortura parece que esta haya sido realizada por una extraña secta denominada “Los brazos del Dios ciego” compuesta por pakistaníes aliados de don Sergio, el capo ciego de la droga del barrio de San Francisco. El periodista tampoco ha conseguido confirmar la existencia de esta extraña secta.

Lo que sí parece claro es que en el caso de que se trate de un ajuste de cuentas entre bandas es muy posible que en los próximos días asistamos a nuevas ejecuciones. No lo creen así fuentes cercanas al Ayuntamiento, que insisten en que Bilbao es una de las ciudades más seguras de Europa, y que los sucesos trágicos de los días anteriores no son más que un hecho aislado”.

Itziar se preguntó por la identidad de las fuentes cercanas a la Ertzaintza. Posiblemente el periodista habría contactado con su jefe Xabier Arcelus.

Tras finalizar la lectura se acercó a la máquina del café y se sirvió un expreso sin azúcar.

Volvió a la mesa y telefoneó a Mikel. Decidió darse una vuelta esa misma tarde por la tienda del informático. Era la primera vez que hablaba con él, aunque sabía que sus llamadas a Paco, preocupándose por su estado de salud, habían sido casi diarias.

Comió en Bilbao y a media tarde condujo su A-3 en dirección a Sestao. Aparcó muy cerca de la tienda de Mikel. Al bajar del coche divisó la fachada del edificio donde tenía Arantza su piso, que ahora estaba vacío. Era imposible que Mikel no supiera por dónde andaba su amiga.

Caminó las dos manzanas que le separaban de la tienda, una lonja grande, con un cartel desvencijado en el que figuraba el nombre del establecimiento, “Componentes informáticos Arruebarrena”. Allí nada parecía haber cambiado desde la primera vez que visitó la tienda, hacía ya cuatro años largos. Su dueño sí había cambiado: lo vio más viejo, y en su mirada podía observarse una nota de desvalimiento. Y había engordado, estaba inmenso. “Cuando está depre, se harta de comer”, pensó.

—Hola Mikel.

Se dejó abrazar por el gigante, que la llevó hasta la rebotica casi en volandas.

—Joder, Itzi, tienes una pinta cojonuda. Cómo me alegro.

—Tú también tienes buen aspecto, Mikel —mintió ella.

Se miraron a los ojos en silencio. ¿Quién mencionaría primero el nombre de Arantza?

—Te juro que no sé dónde está. Sólo sé que no quiere ver a nadie. No contesta al móvil, no recibe whattshapps. No puedo localizarla. Sólo se comunica mediante una cuenta de *e-mail*. Y se comunica poco.

—Pero algo sabrás. ¿Cómo está? ¿Está en su pueblo? ¿O dónde?

—En su pueblo, dices. ¿Y cómo sabemos cuál es su pueblo? Creo que está en el Goierri, pero ni puta idea. Tengo la llave de su casa, y me ha encargado que le abra toda la correspondencia. Le saco una foto de todo lo que recibe y se lo envío a ese *e-mail*. No sé qué está esperando.

—Una citación de Asuntos Internos, supongo.

—Joder, ¿sospechan de ella?

—¿Tú no, acaso?

—No sé qué decirte. Sé que alguien llevó la cabeza de Uriah al tanatorio. Pero no tuvo por qué ser ella.

—Sé que no fue Arantza. Pero, casi con la misma seguridad, te puedo decir que ella lo encargó.

—¿A quién?

—A don Sergio, un mafioso que es a su vez sacerdote de una secta destructiva.

—¿Y no lo habéis detenido?

—¿Quién? ¿Yo? No quiero acercarme a don Sergio. No quiero saber. No quiero tener que detener a Arantza, joder, no quiero que sea ella.

—¿Y qué vas a hacer ahora?

—No sé; trabajar, supongo. Pero no en lo de Uriah. En eso no puedo.

—Entiendo. Dame un abrazo —Mikel no pudo reprimir unas lágrimas— joder ¿la hemos perdido también a ella?

—Yo qué sé. Lo que sí puedo decir es que hemos perdido a Iñigo y a Jon y nada volverá a ser lo mismo. No sé si quiero verla, no sé si quiero que vuelva al trabajo. No veo cómo podemos recuperar lo que teníamos. No lo sé, y me jode. Pero la echo de menos, y tengo miedo —Itziar tampoco pudo reprimir sus lágrimas.

—Vaya par de idiotas.

—Tengo que irme —Itziar se levantó bruscamente.

—¿Tan pronto?

—Sí.

No añadió más. Miró a Mikel a los ojos. Vio en ellos una angustia similar a la suya.

—Si sabes algo, me llamas.

—Claro.

ASUNTOS INTERNOS

—AGENTE 1.º: Procedemos a recibir declaración de Ander Azurmendi, profesor de antropología y religiones comparadas en la facultad de Humanidades de Deusto y titular de la cátedra “Anton Arriola”.

—AZURMENDI: Así es.

—AGENTE 2.º: Se le advierte que este interrogatorio forma parte de una investigación oficial y de que todo lo que hablemos será grabado. Está usted obligado a decir la verdad. ¿Ha comprendido todo lo que le he dicho?

—AZURMENDI: Perfectamente.

—AGENTE 1.º: Comencemos: “Iñigo, Jon, os doy mi palabra: ayer conseguimos, en una noche gloriosa, arrancar de la garganta de Uriah el más perfecto cántico”. ¿Le sugiere algo este texto?

—AZURMENDI: ¡Qué horror! Confiaba en que nada de eso hubiera ocurrido.

—AGENTE 2.º: ¿A qué se refiere?

—AZURMENDI: Hace unos meses me visitó una inspectora de la Ertzaintza y me preguntó sobre una religión antiquísima, la religión del Dios ciego.

—AGENTE 1.º: ¿Le explicó para qué quería esa información?

—AZURMENDI: La verdad es que fue muy discreta. Sólo me dijo que estaba trabajando en una investigación sobre un asesinato y que alguien había mencionado esa creencia.

—AGENTE 2.º: ¿Recuerda el nombre de la inspectora?

—AZURMENDI: No, la verdad es que no. Pero tengo su tarjeta. Aquí está: Itziar Elcoro, de la Central de Erandio.

—AGENTE 2.º: ¿Está seguro de que sólo habló con ella?

—AZURMENDI: Sí, claro.

—AGENTE 2.º: ¿Salió en algún momento de la conversación el nombre de Arantza Rentería?

—AZURMENDI: No lo recuerdo, pero no creo.

—AGENTE 1.º: ¿Recuerda más o menos de qué hablaron?

—AZURMENDI: Sí, la inspectora me preguntó por los cultos al Dios ciego. Parece que en la investigación habían surgido los nombres de algunos pakistaníes. Le expliqué que esa religión había nacido como una derivación del hinduismo, a partir de la lectura de los Upanishads. El Dios ciego es un concepto filosófico más que un verdadero dios con un culto popular. Es lo que denominamos un dios para los filósofos.

—AGENTE 2.º: Y eso ¿qué tiene que ver con un asesinato?

—AZURMENDI: Me ha leído usted una nota en la que se menciona el más perfecto cántico.

—AGENTE 1.º: Pero esa nota, por lo que sabemos, se ha escrito con posterioridad a la visita que le hizo nuestra compañera.

—AZURMENDI: Ya, pues no sé qué decirles. Lo que sí puedo añadir es que esa nota usa el lenguaje de una secta peligrosísima denominada “Los brazos del Dios ciego”. La inspectora me habló de ella y es cuando me inquieté, pues pensaba que la secta se había desarticulado en la India y no había vuelto a tener noticias de ella.

—AGENTE 1.º: Volvamos a la nota. ¿Qué le ha sugerido su lectura?

—AZURMENDI: Que la secta ha vuelto a actuar y que ha torturado y asesinado a alguien, no recuerdo el nombre que han mencionado.

—AGENTE 2.º: ¿A Uriah?

—AZURMENDI: Sí, también aparecen otros nombres ¿podrían repetirme la nota?

—AGENTE 1.º: “Iñigo, Jon os doy mi palabra: ayer conseguimos, en una noche gloriosa, arrancar de la garganta de Uriah el más perfecto cántico”.

—AZURMENDI: Sí, entiendo que la secta se dirige a Iñigo y a Jon para informarles de que han torturado hasta la muerte a Uriah, a lo largo de una noche. El más perfecto cántico es la expresión que utiliza la secta para indicar que han logrado arrancar de una víctima los gritos más atroces, más perfectos, los que más agradan al Dios ciego. Y para conseguirlo conocen técnicas sofisticadas de tortura. Y el más perfecto cántico sólo se logra con una tortura prolongada y muy dolorosa que acaba, sin excepción, con la muerte de la víctima.

—AGENTE 2.º: ¿Mencionó la oficial los nombres de Iñigo o de Jon?

—AZURMENDI: No creo, no me suena.

—AGENTE 1.º: ¿Y el nombre de Uriah Heep?

—AZURMENDI: Ese seguro que no. Uriah Heep es un personaje literario y un grupo de rock. Si lo hubiera mencionado, me acordaría.

—AGENTE 2.º: ¿Cuál fue la actitud de la oficial?

—AZURMENDI: ¿A qué se refiere?

—AGENTE 2.º: ¿Le pareció que tenía interés personal en la secta? ¿O sólo profesional?

—AZURMENDI: Miren, no sé si estoy entendiendo bien y ya sé que no me lo van a aclarar, pero su compañera me pareció una gran profesional, con un interés legítimo relacionado con una investigación en curso, y no lo que están sugiriendo en estos momentos.

—AGENTE 1.º: Muchas gracias por su colaboración, señor Azurmendi. No creo que haga falta decirle que esta conversación no debe trascender las paredes de este despacho.

—AZURMENDI: Entendido. Si no tienen más preguntas... Tengo una clase en diez minutos.

—AGENTE 1.º: Buenas tardes.

ITZIAR

Al día siguiente, Itziar contactó con Gorka, del “Sirimiri dorado”. Tampoco éste sabía por dónde andaba Arantza. Pero sí tenía novedades: no sólo ella le buscaba, también don Sergio.

—¿Qué quiere ese tío?

—No te lo vas a creer, quiere verla.

—¿Verla? ¿Cómo que verla?

—Verla. No sé, algo hay entre los dos.

—¿De qué hablas?

—Joder, que el maromo está loco por ella.

—Pero eso es ridículo.

—A mí qué me cuentas. Sólo sé que la busca. Y está como loco.

Algo de razón debía de haber en lo que se comentaba por ahí de don Sergio. El mafioso había bajado la guardia. Y eso, en el mundo en el que se movía, era muy peligroso.

Su cadáver apareció en la ría, estrangulado. Cuando esa mañana Itziar salía de la ducha, Paco la esperaba con su móvil.

—Es de la Central.

Cogió el teléfono.

—¿Quién es?

—Soy Begoña. No vengas para aquí. Ha aparecido un cadáver en la ría, a la altura del puente de san Antón.

Cuando llegó al puente, se encontró con Antxe y Amaia, que observaban un cuerpo recostado en la acera: un cadáver.

—Hola Itzi. Es don Sergio.

Recibió la noticia con alivio, aunque se avergonzó al instante.

—¿Quién lo ha encontrado?

—Una chica que paseaba con su perro. Ahí la tienes. Parece que el perro ha empezado a ladrar señalando hacia el agua y entonces lo ha visto, flotando en la ría.

—No estamos lejos de su guarida. Necesitamos a los *berrozis*.

A las once de la mañana tenían rodeado el edificio de la calle Urazurrutia, que daba a la ría, y que Itziar había visitado con Arantza cuando conocieron al mafioso unos meses atrás. El jefe de las fuerzas de asalto habló por el megáfono exigiendo que se les facilitase la entrada. Hubo que tirar la puerta abajo, tras comprobar que

nadie accedía a la orden de abrirles. En el vestíbulo se encontraron los cuerpos de los boxeadores que hacían de guardaespaldas del rey de la heroína, Itziar no recordaba sus nombres. Los habían acribillado a balazos.

En el piso superior, donde se encontraba la oficina de don Sergio, encontraron otro cuerpo, tirado en el suelo, y bajo el que podía observarse una gran mancha de sangre, a la altura de la cintura.

—Está vivo —exclamó el agente que lo examinó.

Los sanitarios trasladaron al herido en una camilla, hasta la ambulancia. Itziar lo reconoció, Nepomuceno Ramírez, el lugarteniente de don Sergio.

Itziar conoció a Nepomuceno Ramírez cuando Arantza y ella investigaban la muerte del abogado Borja Pérez de Martingala. Don Sergio era un joven ciego procedente de Cuenca, que se había hecho con el control de la heroína en el barrio de San Francisco de forma espectacular. Y en ello le habían ayudado sus matones, los antiguos boxeadores Cosme y Agapito, y aquel gigante con rasgos de indio americano que había reclutado al llegar a Bilbao.

Nepomuceno Ramírez no se separaba jamás de su jefe, era como una sombra silenciosa, que acompañaba al ciego en todo momento y que incluso dormía, como si de un perro guardián se tratara, a los pies de la cama del capo de la heroína. Itziar no podía concebir cómo los irlandeses aliados de Uriah habían conseguido irrumpir en la fortaleza de don Sergio y acabado con su vida y con la de sus hombres.

Pero no con la de todos. Nepomuceno había sobrevivido a un tiro en la espalda, aunque los médicos pronosticaron que posiblemente quedara tetraplégico. Tuvo que esperar varios días para interrogarlo, pues Nepomuceno fue sometido a una delicada operación en Basurto para extraer la bala que arruinaría su vida a partir de ese momento.

La *ertzaina* no confiaba demasiado en el resultado de este interrogatorio, pues el indio era hombre de pocas palabras, y cuando trataba con la policía era prácticamente mudo.

Desde la cama correspondió a su saludo con una mirada, pero no abrió la boca para contestar a ninguna de las preguntas de la oficial.

No pareció importarle demasiado la amenaza del agente que acompañaba a Itziar de que le retirarían la vigilancia cuando le dieran el alta, lo que supondría dejarle nuevamente a merced de los irlandeses.

—No hay ninguna razón para detenerlo, Xabier —comentó Itziar en la reunión que mantuvo con su jefe tras el encuentro con Nepomuceno—. Las pistolas que se han encontrado en Urazurrutia son legales y tiene permiso de armas. Y, además, en este caso ha sido la víctima.

—¿Y qué sabéis de los irlandeses?

—No tenemos todavía ninguna prueba, pero estamos seguros de que han sido ellos.

—¿Y quiénes son ellos?

—Manejamos dos nombres. Enfrente de la guarida de don Sergio existe una academia de inglés. Hay un irlandés, un tal Donald Patterson, antiguo religioso, sospechoso de pederastia en su país. Frecuenta con otros compatriotas un bar en Somera, el K-2. Donald había sido el contacto con Uriah y éste, a su vez, habría sido el contacto en Dublín con algunos gangsters que hace unos años se instalaron en Marbella. Aunque parte de esa banda ha sido desarticulada y varios de ellos aparecieron muertos en un chalet de Málaga, aún se mueven por el Sur y pueden estar trasladándose para el Norte.

—¿Y el otro nombre?

—James O'Malley, el gerente del Eire.

—El gimnasio de culturistas de Deusto.

—Eso es. Sabemos por la policía irlandesa que O'Malley perteneció a una banda de atracadores que actuó en Belfast, pero nunca pudieron probar su participación en delito alguno. Se sabe que se rodea de matones y está en el negocio de las palizas por encargo. Y puede que estén intentando hacerse con el control de la heroína en Bilbao. Según nos han comentado en Narcóticos, hasta hace poco manejaban el negocio de los anabolizantes para gimnasios en todo el Norte. Desde la llegada de Uriah intentaron diversificar su negocio.

—O sea, que lo de don Sergio no es una venganza por la muerte de Uriah.

—Bueno, creo que todo va unido. Como ya te comentamos en su momento, según Narcóticos, se estaba iniciando una lucha de poder por el control de la heroína. Se puede interpretar la muerte de Uriah como el inicio de la guerra. Y ya ves el resultado.

—Tú no crees en serio que mataran a Uriah para intentar acabar con la amenaza de los irlandeses, Itzi. Recuerda la nota que apareció con la cabeza de Uriah. Parecía más un ajuste de cuentas por la muerte de Iñigo y de Jon.

Xabier dijo esto como de pasada, sin mirar a Itziar. Esta sabía que los dos estaban pensando en Arantza.

La guipuzcoana miró fijamente a su jefe e intentó ser firme en sus afirmaciones.

—Estoy segura, absolutamente segura, de que la banda de don Sergio torturó y sacrificó a Uriah. O para ser más precisa, lo hizo la secta denominada “Los brazos del Dios ciego”, que sabemos estaba dirigida por él.

—Sí, eso ya me lo contaste. Por cierto ¿qué se sabe de los pakistaníes aliados del ciego?

—Desaparecieron tras la muerte de Uriah. Búscalos en Pakistán. Pero estoy segura de que fueron ellos.

—Y ahora los irlandeses se vengan en don Sergio.

—Exacto, aunque va a ser difícil probarlo.

—Como siempre —Xabier se encogió de hombros—. En fin, es una pena, pero no tanto. No creo que nadie llore la muerte de don Sergio y los de su banda.

ASUNTOS INTERNOS

—AGENTE 1.º: Procedemos a interpelar a Antxe Elorza, agente de la Ertzaintza destinada a la Central de Erandio. Se le advierte de que este interrogatorio forma parte de una investigación oficial, de que todo lo que hablemos será grabado y de que está obligada a decir la verdad. ¿Ha comprendido todo lo que le he dicho?

—ELORZA: Por supuesto, conozco el procedimiento.

—AGENTE 1.º: ¿Conoce a la oficial Itziar Elcoro y a la suboficial Arantza Rentería?

—ELORZA: Claro, soy compañera de ellas ¿qué se imaginan?

—AGENTE 1.º Las preguntas las hacemos nosotros. ¿Tiene amistad con ellas? De una puntuación de 1 a 5 ¿cuál sería su grado de amistad?

—ELORZA: Nunca me he planteado así la amistad. No sé. Un 4.

—AGENTE 1.º: ¿Estuvo usted en el escenario del crimen de Ribera de Deusto, donde se encontraron los cadáveres de Iñigo Clemente y Jon Sarabia, agentes de la Ertzaintza, compañeros suyos en la Central de Erandio?

—ELORZA: Y amigos míos. Y casi se puede decir que no se encontraron sus cadáveres. ¿A qué vienen estas preguntas? ¿No saben que fue Uriah Heep el asesino?

—AGENTE 2.º: Agente Elorza, ya le hemos dicho que las preguntas las hacemos nosotros.

—ELORZA: Sí, perdonen. Pero todavía no creo que me hayan hecho ninguna pregunta pertinente.

—AGENTE 2.º: A ver si esta se lo parece. Ha dicho usted que Uriah Heep asesinó a sus compañeros. ¿Es cierto que, en el escenario del crimen, se dirigió usted a su compañera la suboficial Arantza Rentería, exigiéndole que matara a Uriah Heep?

—ELORZA: Joder, no sé lo que dije ¿saben lo que fue aquello para todos nosotros?

—AGENTE 2.º: Por eso mismo ¿quería usted vengarse de Uriah Heep?

—ELORZA: No sé, no me acuerdo.

—AGENTE 1.º: Le leo las palabras exactas que usted dijo, corroboradas por al menos cinco testigos: “Mata a Uriah ¡joder!, ¡mátalo!”. Esos mismos testigos aseguran que las palabras iban dirigidas a la suboficial Rentería.

—ELORZA: No sé, puede ser. Ya les he dicho que no recuerdo lo que hice, estaba conmocionada por el dolor, pude decir cualquier cosa. Pero yo no encargué ningún asesinato.

—AGENTE 2.º: La cabeza de Uriah Heep apareció en el tanatorio el día de la incineración de los restos de Iñigo Clemente y Jon Sarabia ¿no parece una respuesta a

su encargo?

—ELORZA: ¿Qué dicen?, ¿que encargué un asesinato y que además se lo encargué a una suboficial de la Ertzaintza? ¿Están locos? No, no encargué ningún asesinato y no, Arantza no mató a ese tipejo ¿algo más?

—AGENTE 1.º: Le recuerdo que está participando en una investigación oficial. Modere su lenguaje, por favor.

—ELORZA: Perdonen, pero todavía no me he recuperado de la muerte de mis compañeros, y sus sospechas me ofenden. Soy, como ustedes, una agente de la ley, no una delincuente.

—AGENTE 1.º: Nadie le ha acusado formalmente de ello. Pero no niega haber dicho las palabras que le he leído.

—ELORZA: ¿Cómo las voy a negar, si no me acuerdo de aquel día más que de forma confusa y ustedes tienen cinco testigos que lo confirman? Pueden anotar que no niego esas palabras, pero niego la intención.

—AGENTE 2.º: ¿Por qué se dirigió a Arantza Rentería?

—ELORZA: No recuerdo eso tampoco, pero sería así. Supongo que la tendría cerca y descargué en ella la rabia que me invadía en esos momentos. Y de algo sí me acuerdo, ahora que ustedes se empeñan. Arantza se alejó rápidamente de allí. Supongo que no quería oír las barbaridades que yo estaba diciendo.

—AGENTE 2.º: Algunos testigos han calificado a su compañera Arantza Rentería como justiciera, con las implicaciones que dicho calificativo tiene en un agente de la autoridad. ¿Está usted de acuerdo?

—ELORZA: No.

—AGENTE 1.º: Desarrolle un poco más su respuesta, por favor.

—ELORZA: Si lo que quieren insinuar es que Arantza es una especie de “*Harry el sucio*”, lo niego totalmente. Si lo que quieren decir es que es una de las mejores detectives de la Ertzaintza, que se deja el pellejo persiguiendo a los delincuentes, entonces estoy de acuerdo. Si lo que quieren insinuar es que Arantza tiene algo que ver con la muerte de Uriah Heep, lo niego enérgicamente. Y, perdonen mi franqueza, creo que a ustedes les pagan un buen sueldo por perseguir a policías corruptos, no para hacer esta ridiculez.

—AGENTE 2.º: Tenga cuidado con lo que dice.

—ELORZA: Lo siento. Pero es que creo que ni Arantza, ni ninguno de nosotros, se merece este trato.

—AGENTE 1.º: Está bien ¿niega, pues, cualquier implicación de la suboficial Rentería en el atentado contra Uriah Heep?

—ELORZA: Por supuesto que la niego. Y, por si acaso, añado que tampoco conozco la implicación de ningún agente en ese atentado. No conozco demasiado los detalles, pero creo que fue un ajuste de cuentas.

—AGENTE 1.º: Gracias por su colaboración. Hemos terminado.

—AGENTE 2.º: Puede que volvamos a recabar su testimonio posteriormente, agente Elorza.

—ELORZA: Entendido. Buenas tardes.

ITZIAR

Transcurrían los días y, poco a poco, Itziar conseguía que el trabajo volviera a absorberla. Todavía, cuando llegaba a la Central, veía las caras de Iñigo y de Jon, y añoraba la presencia de Arantza, pero ya le resultaba posible abstraerse y concentrarse en la rutina de la oficina. No sabía nada de su compañera, salvo que continuaba de baja. Los de Asuntos Internos estaban ya investigando a los agentes que participaron en el caso de Borja Pérez de Martingala y se vieron involucrados de algún modo en la muerte de Iñigo y de Jon y en el posterior sacrificio de Uriah Heep. Había que conceder que se observaban muchas posibles irregularidades en el comportamiento de los miembros de la Ertzaintza, que podían ir de la simple negligencia o la imprudencia en las actuaciones a la comisión de delitos tan graves como la tortura y el asesinato de un ser humano, aunque se tratara de uno tan detestable como el gnomo irlandés, un *leprechaun* maligno de acuerdo con las impresiones del inspector dublinés Alex Redman. Itziar tendía a pensar como él, después de haber visto las películas donde Uriah satisfacía sus instintos mediante la tortura y descuartizamiento de niños secuestrados. Le costaba considerar humano este tipo de comportamientos, aunque debía reconocer que lo eran. Al mismo tiempo debía conceder que la respuesta llena de salvajismo perpetrada contra Uriah participaba a su vez de las mismas características de perversidad. Entendía, pues, el celo de los agentes de Asuntos Internos en esa investigación, pero sabía que, por primera vez en su vida, iba a transgredir las normas y no iba a colaborar en el éxito de esas actuaciones. Se enteró de que los agentes de Asuntos Internos habían visitado a Ander Azurmendi, pues el profesor la llamó y le preguntó por Arantza Rentería. Los agentes se habían interesado por la religión del Dios ciego, pero sobre todo preguntaron en numerosas ocasiones por Arantza, como si no creyeran al profesor cuando este les insistía en que no la conocía de nada, que con él sólo se relacionó la oficial de la Ertzaintza Itziar Elcoro.

Se enteró por Antxe de que ella y Amaia ya habían declarado y de que también Xabier tuvo que contestar a las preguntas de los de Asuntos Internos, aunque su jefe no le había comentado nada. Itziar esperaba que de un momento a otro se pusieran en contacto con ella y todavía no sabía cómo se comportaría. Estaba claro que iban a por Arantza. Muerto don Sergio, con los pakistaníes desaparecidos y con Nepomuceno mudo ante cualquier pregunta de la policía, lo tenían difícil. Pero eran buenos en su trabajo e Itziar temía por la suerte de su compañera.

Las investigaciones sobre el asesinato de don Sergio no progresaban en absoluto. Tanto la academia de inglés como el gimnasio de Deusto habían sido registrados

minuciosamente, pero no habían encontrado nada. Le sorprendió que los irlandeses estuvieran representados por el prestigioso despacho de penalistas O'Connor y asociados, en el que había trabajado hacía unos años Borja Pérez de Martingala, pero Itziar entendió la razón cuando vio a un Patricio O'Connor envejecido y ausente, que casi no se atrevía a mirar a los ojos a los *ertzainas*. Quedaba claro que estaba siendo chantajeado por la banda.

Itziar quedaba de vez en cuando para tomar unas cañas con Mikel Arruebarrena. Se sentía sola y con Mikel podía hablar de Arantza, ya que el informático todavía la añoraba más que ella. Tuvo que reñirle varias veces, como lo habría hecho Arantza, pues cada vez estaba más gordo y últimamente le veía incluso desaseado.

—No puedo evitarlo, Itzi. Me siento fatal y no sé hacer otra cosa que comer. Cada vez que miro a la pantalla de videojuegos me acuerdo de ella y cada diez minutos miro el *mail*, por si me ha enviado algo, pero nunca hay nada. Y todos los días me paso por su portal a mirar el buzón, por ver si hay correspondencia y así tener una excusa para comunicarme, pero nunca contesta. Sólo sé que lee los mensajes.

—¿Y no le pides que te de una dirección? ¿No le preguntas por su estado?

—No me atrevo. Creo que, si hiciera eso, cerraría la cuenta. Y es lo único que tengo. Soy un imbécil ¿verdad?

—No, esto acabará algún día. Y cuando acabe necesitará tu ayuda, aunque no la pida.

Sentía lástima por Mikel. No tenía más que su trabajo y a Arantza. Y ahora su trabajo le importaba una mierda. Ella, al menos, tenía a Paco y a su familia. Su madre la llamaba todos los días y ella los visitaba cada dos semanas, aunque cada vez le costaba más, porque no podía mirar a su padre a la cara. Le habían diagnosticado Alzheimer. Su ama no quería hablar de ello, pero su hermano se lo había confirmado. No sabía cómo actuar, ponía buena cara, trataba con cariño a su padre y se esforzaba por entretenerle. Pero ver cómo alguien tan inteligente se desmoronaba hacia la demencia, le aterrorizaba. Menos mal que Paco siempre iba con ella. No hablaba mucho, no hacía falta. Cuando regresaban a Bilbao, la abrazaba cariñosamente, con suavidad, y dejaba que llorara hasta que conseguía serenarse. Pero ahora Paco entraba en Arkaute, en la academia de la Ertzaintza, para realizar las prácticas e ingresar al fin en la Policía Vasca. Durante varios meses sólo se verían algunos fines de semana. Él insinuó que podía renunciar a la convocatoria, pero ella se enfadó.

—Tienes que ir. Yo estoy bien.

—Ya.

—No me falles. No quiero más sentimientos de culpa. No quiero que estropees tu carrera por mí. Me basta con lo de Iñigo y Jon y con lo de mi aita. Ya está bien.

Él la miró en silencio y asintió.

—No te fallaré.

Ella le había mentido, no estaba bien en absoluto. Cuando terminaba la jornada de trabajo temía regresar a su piso, que ahora no le parecía su hogar. Primero tenía que

afrontar la llamada de su madre. Y con ella tenía que aparentar normalidad, todo iba cada vez mejor, repetía de forma rutinaria. Había ocasiones en que tanta mentira piadosa la asqueaba. Pero no sabía hacerlo de otro modo. Sólo fue sincera cuando le dijo a Paco que no quería albergar más sentimientos de culpa.

ASUNTOS INTERNOS

—AGENTE 1.º: Procedemos a tomar declaración a Itziar Elcoro, oficial de la Ertzaintza destinada en la Unidad de Investigación Criminal de la Central de Erandio. Este interrogatorio forma parte de una investigación oficial, todo lo que hablemos será grabado y está obligada a decir la verdad. ¿Ha comprendido todo lo que le he dicho?

—ELCORO: Sí.

—AGENTE 2.º: Es compañera de la suboficial Arantza Rentería. ¿Tiene una relación de amistad con ella, fuera del trabajo?

—ELCORO: Sí.

—AGENTE 1.º: Háblenos de la visita que realizó a Ander Azurmendi hace unos seis meses.

—ELCORO: La recuerdo perfectamente. Visité al profesor porque es un experto en religiones orientales y necesitaba conocer algo más que lo que encontré por Internet sobre una religión conocida como la del Dios ciego.

—AGENTE 2.º: Estaba entonces investigando la muerte del letrado Borja Pérez ¿tenía éste alguna relación con esa creencia?

—ELCORO: No. La pista de la religión surgió en la investigación del entorno del abogado, cuando andábamos buscando sospechosos. No sé si han hablado ustedes con el profesor Azurmendi. Él les explicará mejor lo que quieran saber sobre esa religión y sobre una secta peligrosa denominada los brazos del Dios ciego.

—AGENTE 1.º: ¿Qué sabe usted sobre esa secta?

—ELCORO: Según me explicó el profesor, es una derivación maligna de la religión del Dios ciego. Parece que es una secta de origen pakistaní que basa sus prácticas religiosas en la tortura de animales y seres humanos. Supongo que si me preguntan por ello es porque saben ya que, a juicio de los que intervinimos en aquellas operaciones, están detrás del asesinato de Uriah Heep.

—AGENTE 2.º: El asesino de los agentes Iñigo Clemente y Jon Sarabia.

—ELCORO: Efectivamente.

—AGENTE 2.º: ¿Y no han manejado, en esa investigación, la hipótesis de que la muerte de Uriah sea una venganza por el asesinato de sus compañeros?

—ELCORO: Sé que hay gente que sospecha eso, porque llevaron su cabeza al tanatorio, pero les aseguro terminantemente que no es así. Fue un ajuste de cuentas entre bandas de la droga. Uriah Heep era cabecilla de uno de los clanes involucrados en la guerra por el control de la heroína en Bilbao.

—AGENTE 1.º: ¿Y qué razón ve usted entonces para que la cabeza de Uriah Heep se entregara durante la incineración de sus compañeros?

—ELCORO: He pensado mucho en ello. Como ya sabrán, Uriah Heep había escapado de la cárcel e intentaba vengarse, sobre todo, de mi compañera Arantza Rentería. Durante la ejecución de su plan de venganza acabó con la vida de Iñigo y de Jon.

—AGENTE 2.º: ¿Y eso no es una razón para que Arantza Rentería se vengara de él y ofreciera su cabeza a los familiares de los compañeros asesinados?

—ELCORO: Perdona que discrepe. Me siento ofendida por su afirmación. Está usted poniendo en el mismo plano a un monstruo como Uriah Heep y a mi compañera, una suboficial de la Ertzaintza con una hoja de servicios excepcional.

—AGENTE 2.º: ¿Qué explicación encuentra entonces usted para lo de la cabeza de Uriah Heep?

—ELCORO: A Uriah Heep lo mataron en un ajuste de cuentas entre bandas, y prueba de ello es lo que ha sucedido estos días. Sabrán ustedes que el clan de los irlandeses ha atacado el cuartel general de don Sergio y éste ha sido asesinado.

—AGENTE 1.º: Sí, nos hemos enterado. Pero, perdona si no le gusta que hagamos nuestro trabajo. Sobre la suboficial Rentería pesa más de una sospecha. Tiene cierta tendencia a actuar sin respetar las normas.

—ELCORO: ¿A qué se refiere?

—AGENTE 1.º: Parece que Iñigo Clemente y Jon Sarabia cayeron en una trampa de Uriah porque actuaron a las órdenes de la suboficial Rentería, sin que sus acciones fueran comunicadas a la superioridad.

—ELCORO: No fue exactamente así. Se cometieron algunos errores y los hemos pagado muy caros. Yo también me considero responsable de la muerte de mis compañeros. Pero les puedo asegurar que la suboficial Rentería es una policía íntegra y honrada.

—AGENTE 2.º: Pero un tanto díscola y con tendencia a actuar fuera de los protocolos habituales. Recuerde la maniobra Rentería.

—ELCORO: Eso sí que debo negarlo categóricamente. La suboficial no sólo es una de las mejores detectives que he conocido, sino que es una tiradora excepcional. Y ustedes están hablando conmigo gracias a la maniobra Rentería.

—AGENTE 2.º: No sé. Esa manía suya de disparar a la cabeza de los sospechosos no acaba de convencernos.

—ELCORO: Sólo ha sido una vez. Estoy de acuerdo en que la maniobra Rentería sólo puede realizarse por un tirador de élite. Ella lo es y me salvó la vida a cambio de la vida de un monstruo asesino de niños. Y, por si no se han dado cuenta, Uriah Heep es la prueba de que Arantza Rentería no se salta las normas.

—AGENTE 1.º: No entiendo. Explíquese.

—ELCORO: La escena ya la conocen, pues ya me interrogaron ustedes por lo que sucedió en el chalet de Plentzia. Cuando Arantza entró, el sospechoso me

apuntaba con mi propia pistola y Arantza gritó repetidamente para despistarlo y, a la vez que gritaba, disparó, y acertó en la cabeza del monstruo que pretendía matarme. Poca gente es capaz de gritar desaforadamente y a la vez disparar con esa frialdad y precisión. En eso consiste la maniobra Rentería y esa acción me salvó la vida. En cambio, por seguir las reglas, a Uriah Heep no le disparó a la cabeza, sino a la pierna, para impedir que huyera. No quiero que me interpreten mal por lo que voy a decir. Si Uriah hubiera muerto aquel día, nuestros compañeros Iñigo y Jon estarían vivos. Y si no es así es porque Arantza Rentería es una agente de la autoridad respetuosa con las normas; incluso respeta los derechos de monstruos como Uriah Heep. ¿Tienen alguna pregunta más?, porque creo que sobre esto ya me interrogaron con minuciosidad en su momento.

—AGENTE 1.º: No, puede retirarse, gracias por su colaboración.

—ELCORO: Gracias a ustedes. Buenas tardes.

ITZIAR

No durmió apenas aquella noche. El interrogatorio por parte de los agentes de Asuntos Internos le había removido otra vez todos sus recuerdos. Volvieron las pesadillas y lo malo es que estaba sola, pues Paco se había incorporado a la academia de Arkaute.

Cuando sonó el móvil, lo cogió medio dormida, sin plantearse que, a esas horas, las siete de la mañana, una llamada de la Central sólo podía deberse a un nuevo asesinato.

A las ocho horas Itziar llegó a la calle Jardines. Antxe, tras saludarla, le puso al corriente de lo ocurrido.

—Se trata de Charlie Donovan, irlandés.

—A Itziar ese nombre no le sonaba.

—Parece que trabajaba en el gimnasio Eire. Y debía de ser importante. O eso al menos se deduce de la nota que nos han dejado.

El cuerpo apareció en el descansillo, junto a la puerta del piso donde vivía. Un tiro en la cabeza y la víctima se había desplomado: el cadáver reposaba boca abajo y así lo encontró un vecino que se disponía a bajar por las escaleras para ir a trabajar.

—Nadie ha oído nada. Habrán utilizado silenciador. Han dejado una nota encima de su cuerpo.

En la nota se leía “El jefe”.

Itziar lo vio claro: debían desplazarse a la Academia de Inglés del puente de san Antón y al gimnasio de Deusto. Estaba segura de que encontrarían más cadáveres.

Y así fue. Acababan de recibir un aviso. La señora de la limpieza había encontrado al director del gimnasio, James O'Malley, con la cabeza destrozada, desplomado sobre la mesa de su despacho. Todo indicaba una ejecución.

Localizaron a la secretaria de la Academia a las diez horas, cuando abría la oficina. No le permitieron el acceso. En el despacho de Donald Patterson encontraron el tercer cadáver. Otro disparo en la nuca. Tampoco nadie había oído nada.

Itziar tenía otro aviso de la Central que acabó por confirmarle sus sospechas: le informaban de que esa mañana alguien había visitado a Nepomuceno y al parecer lo había asfixiado apretando un cojín contra su cara.

Dos días después la corazonada de Itziar se confirmó. Los tres irlandeses habían muerto de un tiro en la nuca y la pistola era la misma que se había utilizado para el asesinato de Borja Pérez de Martingala.

Se presentó con estas noticias en el despacho de Xabier.

—Se trata otra vez del asesino profesional al que llamamos Carlos Sosé.

—Joder, ¿quién lo ha contratado?

—Al principio yo no lo tenía claro, pero creo que ha sido Nepomuceno Ramírez.

—¿Pero no es una de las víctimas?

—Ya, pero lo suyo parece un suicidio asistido. Algo parecido a lo que hizo con Laura Arregui. A Nepomuceno le esperaba una vida horrible. Le habían dejado tetrapléjico. Seguro que decidió morir matando. Conocería dónde estaba el dinero de don Sergio, contrató al profesional para que eliminara a los jefes irlandeses responsables de su ruina, e incluiría en el contrato un suicidio asistido.

—Tiene sentido. Pero ¿cómo contactó Nepomuceno con el profesional? ¿A través de don Celso? Por cierto ¿qué es de don Celso?

—Ayer le visité. Está en una residencia, en una silla de ruedas. Ya no sale nunca. Por supuesto, lo ha negado todo. No sabe nada de su amigo el profesional y le extraña que haya vuelto a Bilbao. Considera que es muy arriesgado.

—Todo depende de lo que le hayan pagado.

—Eso mismo le he contestado yo.

—¿Crees que don Celso tiene algo que ver?

—Eso creo. Aunque en la residencia me han asegurado que no ha recibido la visita de ninguno de sus hombres en el tiempo que allí lleva. Y tampoco ha recibido ninguna llamada telefónica. Y no tiene móvil.

—Pues entonces difícil que sea él.

—Pero sí ha recibido la visita de una mujer. Morena, delgada, unos cuarenta años. Le he preguntado y me ha dicho que era una amiga de su nieta, pero no lo creo. Además, la descripción coincide con la de la mujer que, unos días después, visitó a Nepomuceno.

—Un nuevo enlace.

—Eso parece. Pero la descripción ha sido muy vaga. Y don Celso no nos va a ayudar, de eso estoy segura.

—En fin —Xabier jugueteó con el bolígrafo que tenía en la mano—, casi podemos decir que has resuelto el caso. Sabemos quién los ha matado, nuestro asesino profesional favorito, que estará ya por lo menos en Francia, y al que no vamos a pillar, sabemos que don Celso ha participado, y también quién ha encargado el asesinato y por qué. Sólo nos falta saber quién es la mujer.

Itziar se tranquilizó con el comentario de su jefe. No parecía pensar que la mujer que visitó a don Celso pudiera ser Arantza. Decidió no comunicarle sus sospechas, ya que podía estar equivocada.

—Visto así, Xabier, caso cerrado. Pero cerrado de forma bastante chapucera.

—Sinceramente —Xabier se levantó y se acercó a Itziar—. ¿Estás animada a seguir con este caso? Desde que has vuelto te veo apagada, creo que trabajas de forma mecánica, sin ilusión.

—Hombre —Itziar se encogió de hombros—, como tú mismo dijiste hace poco, estas muertes entre bandas no nos deben quitar el sueño.

—Ya, pero hay algo más. ¿Echas de menos a Arantza?

—No sé jefe ¿y tú?

—Tampoco lo sé. Me ha dado por pensar en la jubilación. Lo de Iñigo y Jon no se puede superar. Estamos marcados. Deberían jubilarnos a todos y meter sangre nueva ¿no te parece?

—Xabier, sólo tengo 43 años.

—Ya, pero te han caído veinte años encima. Y no lo vas a superar

—Me niego a eso ¡joder! —Itziar levantó la voz. De repente se sintió ofendida—. ¡Esto no puede acabar así!

—Bueno —Xabier sonrió— así me gusta. ¡Reacciona!

—Entonces lo entendió.

—No hablabas en serio.

—Claro que no. Quiero que despiertes. Y te he llamado no por ese caso de mierda. Las cosas como son: entre un golpe y otro hay al menos seis indeseables menos en Bizkaia. Y sólo se nos escapa el profesional, que después de este golpe igual se retira.

—¿Por qué me has llamado entonces?

—Tengo que proponerte algo. Habrás oído hablar del asesinato en el Goierri.

—El líder de una secta ¿no? Hace tres días. Supongo que se estarán ocupando nuestros compañeros de Gipuzkoa.

—Sí, pero no basta. He pensado en ti.

—¿Tú crees que debemos meternos? Habrá suspicacias.

—Tú lo has dicho. Debemos meternos. He recibido una llamada de lo alto.

—¿Del intendente?

—No, más arriba. Quieren allí a los mejores. Así me lo han repetido. A los mejores.

—Gracias por el piropo, ¿pero no es un poco raro?

—La víctima se llama Ernesto Compson.

—¿Extranjero?

—No, madrileño. Ha vivido siempre en Madrid, hasta hace tres años, cuando fundó la Comunidad de la Tierra, una especie de secta ecologista, primitivista y no sé qué cosas más. El que no era de aquí era su padre, Jason Compson, un americano que llevaba en España desde los años 40. Vino de niño, con su familia.

—¿Era? ¿Está muerto?

—Sí, el padre sí, pero la madre no. Y está dando la paliza a todos los niveles. Parece que es amiga de todos los jerifaltes de Madrid.

—Ya, y quiere la mejor investigación para su hijo.

—Sí, quiere a la Guardia Civil. Y al ejército, y lo que haga falta. El consejero se ha puesto nervioso y ha prometido que la Ertzaintza proporcionará los mejores

efectivos.

—¿Tanta fuerza tiene esa familia?

—Jason Compson fue un alto cargo de inteligencia en la época franquista, según creo. Y con el PP siempre ha estado en puestos importantes. Le deben mucho.

—¿Y quieres que me involucre? ¿Sin Arantza?

—Creo que te vendrá bien un cambio de aires. Y para mí eres la mejor. De Arantza olvídate. Esto igual te ayuda a recuperar el ánimo. Parece un trabajo bonito.

—Ya.

Itziar calló. Xabier tenía razón. Y tenía más razón de la que pensaba. Se vio recorriendo lo que para ella era un territorio mítico: la tierra de origen de Arantza. Recordó cuando Mikel y ella bromearon sobre la posibilidad de abrir una investigación en serio sobre su amiga, allí, en el Goierri. Recorrer su historia, saber quiénes fueron sus padres, conocer al menos el pueblo en el que su amiga había nacido, pero nunca se habían atrevido. En parte por pudor, porque respetaban la voluntad de ocultamiento de Arantza, el deseo de presentarse como alguien sin pasado, y en parte por miedo, porque temían lo que allí pudieran encontrar. Pero ahora, después de los últimos sucesos, después de todo lo que ya sabían que Arantza era capaz de realizar, Itziar creía que su amiga les debía una explicación, y si ella no estaba dispuesta a darla, ellos la arrancarían de su pasado.

—Acepto.

—Gracias. Me libras de un buen marrón.

Xabier le informó de todo lo que sabía. Primeramente pensaron que la investigación la podía realizar una pareja de la comisaría de Oiartzun de la que Itziar había oído hablar, ya que habían resuelto varios complicados casos de asesinatos en Gipuzkoa, como el célebre caso del Harakin. Pero en aquel momento estaban inmersos en una investigación delicada, que incluía sospechas de corrupción, y los jefes opinaron que no debían dejarla de lado. De todas formas, Jon Ander Macua se había trasladado por un par de días al Goierri y era el agente que iba a poner al día a Itziar en el caso y le iba a presentar a los *ertzainas* de la zona. Por supuesto, la oficial podía contar con toda la colaboración de la Central, pues este asesinato se había convertido en prioritario, pero de momento sólo ella se iba a trasladar a Gipuzkoa. Había un hotel en Beasain que podía servirle como centro de operaciones y ya estaba Begoña reservando la mejor habitación.

Itziar se sintió revivida con este cambio. Se despidió de sus compañeros y lo primero que hizo fue poner al día a Mikel, para lo que se acercó a la tienda del informático. Este la escuchó con sumo interés, ya que todo lo que tuviera que ver con Arantza le afectaba especialmente.

—Y cuento contigo —finalizó Itziar la exposición—. Espero que desde aquí me ayudes en lo que puedas, me refiero a la investigación sobre el origen de Arantza, claro.

—Cuenta con ello. Pero ya verás, Arantza se va a enfadar.

—Yo también estoy enfadada. Además, no tiene por qué enterarse. Y si se entera, me da igual. Mikel, a estas alturas tenemos derecho a saber. Y luego, quizás, podamos ayudarla.

—Hombre, visto así...

Mikel no parecía muy convencido. Itziar tampoco, a pesar de lo que decía para convencerse a sí misma. Lo que tenía claro es que esa actividad era buena para ella y para su amigo, sería una manera de sacarlo de la atonía. Se fijó en su aspecto. No se había afeitado en los últimos días, la camiseta negra estaba llena de lamparones y en el suelo se extendía como una alfombra una serie de bolsas de plástico que habían contenido ganchitos, cortezas de cerdo y patatas fritas. Antes de irse le ayudó a recoger las bolsas del suelo y le obligó a ducharse y a cambiarse de ropa.

Se levantó a las ocho de la mañana y desayunó un zumo de naranja con un café y un par de galletas, no le entraba nada más. Se duchó lentamente y preparó el neceser con todo lo que consideró que podía requerir para una larga temporada. La noche anterior, tras hablar con Paco y contarle las novedades, se demoró en preparar una maleta grande, con ropa para diez días.

Se había citado a las once de la mañana con Jon Ander Macua en el hotel Dolarea de Beasain, por lo que bajó con la maleta hasta el *parking* de la Alhóndiga, y condujo por Zabalburu en dirección hacia la autopista para Donostia. Le aconsejaron la salida hacia Bergara y desde allí, treinta minutos más tarde, hacía su entrada en Beasain.

No le costó encontrar el hotel. Estaba junto al río, al final de la avenida de Nafarroa, en una zona despejada de viviendas, ya que se conservaban una serie de edificios antiguos en ambas orillas, que se veía habían sido recientemente restaurados. No tuvo tiempo de mirar más detenidamente el edificio que ocupaba el hotel, pues en la entrada le esperaba un hombretón con cara sonriente, que se dirigió hacia ella sin ninguna vacilación.

—La oficial Itziar Elcoro, supongo.

—El suboficial Jon Ander Macua.

Macua le estrujó la mano con entusiasmo, era un hombre fuerte que no era casi consciente de su enorme vigor. Cargó con la maleta de Itziar y la acompañó al mostrador de recepción.

—¿Has estado antes en Beasain? —Le preguntó afablemente.

—La verdad es que no, y eso que soy guipuzcoana.

—No me extraña. Para mí también es la primera vez. Hace años visité el mercado de Ordizia y me gustó mucho la zona, pero no paré por aquí. A Beasain sólo se viene a trabajar ¿no crees?

—A eso vengo yo desde luego. Aunque esta zona parece bonita.

—Y te han buscado un buen hotel.

—¿Cuál es el plan para hoy?

—Primero tomarás posesión de tu magnífica habitación y luego yo te llevo. Tengo el coche fuera. La idea es pasar por la comisaría para que te presente al comisario y a los agentes con los que vas a trabajar. Luego ya te explico lo que sé.

Itziar decidió seguirle la corriente y no hablar del caso hasta que él lo considerara oportuno. Le pareció un hombre afable, con unos modales un tanto bruscos. Sabía que Eider Chassereau y él formaban una pareja de investigadores excepcional. Este pensamiento le trajo a la mente la ausencia de Arantza. Se sentía rara. Era la primera investigación importante en la que debía actuar sola.

La habitación tenía una cama de matrimonio y era espaciosa y limpia. Disponía además de una mesa con una silla y una butaca, desde la que se podía ver cómodamente la televisión; el baño se encontraba a la entrada. No deshizo la maleta pues no quería hacer esperar a Macua.

Este la esperaba en el coche, un Nissan Qashqai casi nuevo, de color negro. A esa hora, casi las doce del mediodía, había bastante tráfico, pero en diez minutos estaban en la comisaría, que se encontraba a la salida del pueblo. Jon Ander le puso en antecedentes.

—El comisario no va a ser ningún problema; ya verás, es un pedazo de pan. Otra cosa es el suboficial que estaba a cargo de la investigación hasta ahora. Es un poco gilipollas y además está molesto por la intromisión.

—Eso lo entiendo, pero yo no tengo la culpa, que hable con los jefes, o con los políticos ¿quién más está en el caso?

—Hay una agente, Idoia Lozano, es maja y competente. Yo que tú me apoyaría en ella.

—¿Y qué hay de los de la Científica?

—Vienen de Donostia y ya han vuelto para allí. Enviarán el informe. También esperamos el de la autopsia, aunque la causa de la muerte parece clara. El asesino apuñaló repetidas veces a la víctima. Tiene puñaladas por todo el tronco superior, por delante y también en la espalda. Tuvo que ser una orgía de sangre. Veo mucha furia en el asesino. Queda por determinar si lo apuñaló primero por la espalda y luego se ensañó, o empezó apuñalándolo en el pecho. Lo primero parece más probable.

—¿Y nadie se enteró?, ¿dónde ocurrió?

—De momento no tenemos ningún testigo, y tampoco se ha encontrado el arma homicida. El cadáver fue hallado en una cabaña que se usa como refugio de pastores. No sabemos qué hacía allí la víctima, pues la cabaña está a bastantes kilómetros de donde se ha instalado la secta.

—¿Qué sabes de ellos?

—Casi nada. No he tenido tiempo de hacerles una visita y mañana me vuelvo para Oiartzun. Pero ya verás, tienen pinta de raritos. Seguro que el tal Ernesto era un hijo de la gran puta y uno de sus seguidores se lo ha cargado. Un clásico.

Itziar pensó que eso era lo más probable. Estas comunidades cerradas parecen idílicas vistas desde fuera, pero casi siempre hay rencillas entre sus miembros, celos y

luchas de poder que se van enconando por lo limitado del horizonte en el que se mueven, y que a menudo acaban en un estallido de violencia.

Como le había anticipado Jon Ander Macua, el comisario Marcelo Lecumberri era un hombre amable y con pinta de buena persona. Le recordó a su amigo Mikel Arruebarrena. Era un gigante de casi dos metros de estatura con una voz retumbante, al que le temblaban como flanes la prominente barriga y los michelines, cada vez que se reía a carcajadas. Le presentó a todos los compañeros de la comisaría y le puso en manos de la agente Idoia Lozano, una joven morena, de ojos oscuros y risueños, que le sonreía tímidamente.

—Encantada, Itziar. Aquí todos hemos oído hablar de ti y de nuestra paisana Arantza Rentería. Es un honor para mí sustituir a tu compañera. Te advierto que es la primera vez que voy a investigar un asesinato y estoy algo nerviosa.

—Tranquila, Idoia —Itziar le sonrió—. La primera vez suele ser la más emocionante. Y estoy segura de que vamos a pillar al asesino. Por cierto, no he visto todavía a tu compañero.

—El suboficial Trueba —a Idoia se le escapó un gesto de fastidio—. El suboficial está de baja; algo repentino, creo que tiene que ver con tu llegada. No te preocupes —Idoia bajó la voz—, creo que podremos arreglarnos sin él.

A Itziar le alegró la noticia. No tenía por qué enfrentarse a un colega celoso y, por lo que estaba oyendo, de trato difícil.

Decidió que esa tarde debería ponerse al día. Trabajó durante unas horas en la comisaría con Idoia y Jon Ander, repasando los detalles.

Ernesto Compson, líder de la Comunidad de la Tierra, se acercó a Zaldibia el martes, conduciendo la Harley Davidson que manejaba habitualmente. Fue visto en el bar Berria a las diez de la mañana. Desayunó un café con leche y un *croissant*, saludó a los dueños y abandonó el local a las diez y veinte. Desde esa hora nadie volvió a encontrarse con él, ni en Zaldibia ni en los pueblos cercanos.

En la Comunidad le echaron de menos al mediodía, ya que la comida siempre se iniciaba con unas palabras del líder bendiciendo a la Tierra. Parece que no avisó a nadie de que bajaba a Zaldibia. A pesar de ello, los miembros de la secta no se preocuparon. Estaban acostumbrados a las ausencias del líder. Normalmente la vida en el poblado estaba marcada por la rutina impuesta por él, que obligaba a todos sus miembros, salvo a él mismo. Como era él quien imponía las reglas, estaba por encima de ellas, según les informó Aureliano Mestre, el lugarteniente de Ernesto. Cuando éste faltaba, correspondía a Aureliano pronunciar las palabras rituales con las que se abrían las comidas. Normalmente Ernesto solía avisar a su segundo en las ocasiones en que se ausentaba, pero aquella vez no lo hizo. Y no tenía por qué, insistía Aureliano, que llegó a incomodarse ante la insistencia de Trueba.

—Trueba no hizo buena entrada en la Comunidad. Realmente no era su estilo — comentó Idoia.

Itziar comenzaba a hacerse una idea sobre el suboficial. Autoritario, pagado de sí mismo, de los que acababan estropeando todas las investigaciones al poner a los testigos en su contra.

Cuando llegó la noche sin que Ernesto regresara, empezaron a extrañarse, pero no se preocuparon, pues no era la primera vez que desaparecía unos días. Pero lo más extraño era que al día siguiente era miércoles y nunca hasta ahora había faltado un miércoles

—¿Qué pasa ese día?

Idoia le explicó que era el día en que se celebraba la feria en Ordizia. Y desde que la Comunidad se había instalado allí, cerca de la frontera con Navarra, todos los miércoles bajaban a vender sus productos al mercado. Y hasta ese día siempre habían acudido bajo la dirección de Ernesto Compson, que entraba en el pueblo a caballo, en su Harley Davidson.

—Forman parte ya de nuestro folklore, como veréis enseguida.

Ese miércoles, los miembros de la Comunidad también bajaron a Ordizia, pero por el pueblo había corrido ya que se desconocía el paradero de Ernesto y su Harley.

Desde la mañana, de forma discreta, sus seguidores anduvieron buscándolo por el monte, por si había sufrido un accidente pero no había rastro alguno hasta que, por la tarde, un pastor de Zaldibia, que bajaba al pueblo con sus ovejas, divisó la Harley Davidson apoyada en el muro de piedra de una cabaña.

—Gritó para avisar de su llegada, pero, al no recibir respuesta, entró y se encontró con un cadáver tendido en el suelo, el de Ernesto Compson. Retrocedió y desde la entrada llamó al uno uno dos. Enseguida nos presentamos nosotros. Hasta el momento, no hemos encontrado ningún testigo que pueda aportar algún dato que arroje luz sobre esta muerte. La forense, en un reconocimiento preliminar, nos ha adelantado que la muerte se produjo, sin duda alguna, la víspera. Por lo que podemos saber hasta ahora, Ernesto Compson llegó el martes en su Harley a esa cabaña, a una hora todavía indeterminada, pero posterior a las diez y media de la mañana. Hay que entender que lo hizo voluntariamente. Y allí encontró su muerte.

—De momento no sabemos —añadió Idoia— si llegó solo a la cabaña y allí le esperaba el agresor, si este lo acompañó y aprovechó un descuido para apuñalarlo o si el asesino llegó después de la víctima. Tendemos a pensar que lo estaba esperando o que iba con él, ya que si hubiera llegado con posterioridad habría sido difícil la eventualidad del factor sorpresa.

Idoia finalizó señalando que no parecía que hubiera huellas de otro vehículo, pero que debían esperar el informe de la Científica.

Esa noche Itziar cenó con sus compañeros. Idoia aprovechó para preguntar por los casos más famosos de ambos investigadores. En la conversación salió el nombre de Arantza. Idoia comentó que no la había llegado a conocer personalmente, pero sí sabía algunas cosas sobre ella.

—No se la ha visto por aquí desde hace muchos años, creo que desde que murió su aita. Que yo sepa no tiene parientes, aunque conserva el piso donde vivió con sus padres, en el pueblo.

El pueblo era Ordizia. Itziar ya había puesto a trabajar a Mikel en ello y el informático había rastreado en el Registro Civil y por la red, y había conseguido alguna información.

Arantza Rentería Zerain constaba como nacida en Ordizia, de padres desconocidos. En 1.978, cuando contaba ocho años de edad, había sido adoptada por el matrimonio formado por Juan Luis Rentería y por Dolores Zerain. La pareja no tenía hijos y cuando adoptaron a la niña ambos cónyuges superaban los cuarenta años de edad. Dolores murió de forma repentina en 1.982, cuando su hija tenía tan sólo doce años. Arantza perdió a su padre cuando tenía diecinueve años y estudiaba en Bilbao. No parecía contar con parientes cercanos, ni tíos ni abuelos, por lo que resultaba natural que Arantza no hubiese vuelto por el pueblo.

Mikel no encontró muchos más datos que fueran de interés. Arantza se licenció en Ciencias Económicas en 1.993 en la Universidad del País Vasco y tres años más tarde ya había ingresado en la Ertzaintza, como bien sabía Itziar, pues eran de la misma promoción. De sus padres adoptivos había heredado dos inmuebles: un piso de 80 metros en Ordizia, en la calle Andra Mari, y un terreno rural en el término municipal de Zaldibia.

—Pero ¿dónde vivió sus primeros ocho años de vida?, ¿cómo se sabe que nació en Ordizia?

—No te puedo contestar a eso, Itzi. No encuentro más información en la red, aparte de lo que ya conocemos: que vive de alquiler en Sestao, que tiene un Golf negro y mucha mala hostia, que está adscrita a la Central de la Ertzaintza en Erandio y trabaja en investigación criminal y que es más rara que un perro verde. Lo demás, si te atreves, se lo preguntas a ella.

La conversación que mantuvieron en aquella cena resultó providencial, pues Idoia tenía un nombre nuevo: el padre Muniategi.

—Es el antiguo párroco de Ordizia, aunque está ya jubilado, rondará los ochenta años. No sé dónde vive, pero sigue por aquí. Seguro que en la parroquia os dicen algo más.

Muniategi había sido párroco de la Iglesia de la Asunción, la parroquia de Ordizia, desde los años sesenta.

—Creo que fue muy amigo de sus padres adoptivos y quien impulsó la adopción de la niña. Si hablas con él, seguro que te cuenta cosas de Arantza. Y de cualquiera que lleve en el Goierri más de veinte años.

P. MUNIATEGI

El padre Muniategi presidía la larga mesa de madera rústica, sin mantel, sobre la que reposaban unos vasos de sidra y una botella ya mediada, cortesía de Pello Arruebarrena, amigo del párroco y propietario de aquella casa a las afueras de Zaldibia.

Pello accedió a recibir a Itziar y adjudicándose el papel de anfitriones, sirvieron un plato de queso de Idiazabal presentado en triángulos de una delgadez traslúcida, así como un cestillo con pan de caserío cortado en cuadrados pequeños, mostrando una miga densa y blanca, acompañado todo de una excelente sidra.

“Todo lo hacen ellos —dijo Muniategi, refiriéndose a Pello y a Karmele. Pello se sentó a la derecha del anciano sacerdote y miraba con curiosidad a Itziar, a la que tenía justo enfrente. Karmele no paraba de dar vueltas por la casa, como si la existencia de aquellas figuras sentadas a la mesa dependiera de su actividad incesante y nerviosa—. Todo lo hacen ellos, el queso, la sidra, el pan, incluso la chaqueta de lana que llevo puesta y la camisa de lino que ella viste. En aquel telar que ves al fondo tejen lana y lino para luego poder fabricar sus propias prendas. Todo lo hacen ellos y nosotros tenemos la suerte de aprovecharnos de su generosidad. Nos vemos todos los miércoles, siguiendo siempre la misma rutina. Bajamos a Ordizia, a la feria, y allí nos encontramos, siempre a la misma hora. Ellos son de los que compran alguna cosa, lo mínimo, pues casi todo lo hacen ellos, sin ayuda, sin maestros, como si no existiera el resto del mundo y vivieran en una isla desierta y no pudieran más que alimentarse de lo que ellos mismos cultivan y no quisieran cubrir su desnudez más que con la ropa que ellos mismos se fabrican. Sólo les faltó hacerse esta casa, pero no fue necesario. Ni siquiera fue uno de sus ancestros quien la construyó, no fue un Arruebarrena. Posiblemente lo hiciera un albañil anónimo que trabajara para los Iztueta, familia de las poderosas del pueblo, o eso debemos de pensar, pues sólo los que tenían poder y riqueza en aquellos siglos, hablamos del XVII o XVIII, podían dedicarse a las letras sin pisar antes el seminario. Quizás no te hayas percatado de la placa conmemorativa que colocó el ayuntamiento en el exterior para indicar que aquí nació y vivió Juan Ignacio Iztueta, salvo las temporadas que dormía en la cárcel o estaba de viaje. Karmele, acércame el libro; gracias. Mira, aquí lo encontramos, en esta historia de nuestra literatura, en la que el profesor Aldekoa afirma que Iztueta fue el primer autor que relacionó los fueros y el euskera. Por lo que se cuenta de él, era todo un personaje: *dantzari*, *bertsolari*, historiador, gran amante, pero también bandolero y reo de la Inquisición e incluso le tacharon de colaboracionista con las tropas napoleónicas. No perdió el tiempo Iztueta. Tuvo una vida, quizás no ejemplar,

pero sí fascinante, podrían contarse cientos de historias con su biografía, aunque ya sé que tú no has venido para eso y yo tampoco soy el que debe narrarlas, yo sólo tengo que hablarte de Arantza, en eso hemos quedado. Todo un personaje también ella ¿no crees? Quizás no ingrese nunca en la historia de la literatura, pero sí merece la pena perder un par de días para conocer su historia, lo poco que sabemos de su historia. Puedo empezar diciendo que nació en Ordizia en 1.970, o eso al menos es lo que nos cuenta el Registro Civil. Tuvo que nacer en algún sitio, en eso estaremos todos de acuerdo ¿por qué no en ese pueblo? Antes de que se me mostrara como una aparición a la entrada de la parroquia, nunca habíamos visto a esa niña. Por lo tanto, me dirás, pudo no nacer en Ordizia, y posiblemente haya que darte la razón, pero déjame que te diga una cosa. Nunca, a pesar del cariño que me ha tenido y a pesar de lo que quiso a sus padres adoptivos, contó una palabra de su vida en los años anteriores a su aparición delante de mi iglesia. Podríamos incluso pensar que ni siquiera ella sabe realmente dónde y cuándo nació. Lo único que podemos afirmar es que proviene de alguno de estos pueblos de alrededor, pues habla nuestro euskera y su castellano también tiene el acento de la comarca, por lo tanto, qué más da el pueblo, Zaldibia o Segura, Ataun o Beasain. Nació en Ordizia y nació, a nuestros efectos, con ocho años cumplidos. O eso fue al menos lo que me dijo cuando se presentó: “Me llamo Arantza y tengo ya ocho años”. Y no volvió a pronunciar palabra en los días que se sucedieron a nuestro primer encuentro. Apareció a una hora muy temprana, antes de que llegara ninguna de las mujeres que acudían diariamente a la misa mañanera que yo celebraba cada día. Serían, por tanto, las ocho o las ocho y media. Aunque era ya de día, no creas que se veía mucho más allá del pórtico de la iglesia, pues una espesa niebla se posó sobre el valle y tardaría todavía unas horas en disiparse. Han pasado treinta y cinco años desde aquel día, pero todavía me acuerdo de todos los detalles.

Yo estaba cerca del altar cuando oí que alguien golpeaba suavemente la puerta de la iglesia. Me acerqué, abrí la puerta y allí estaba ella: una niña menuda y preciosa con un pelo negro larguísimo, que le caía por la espalda y que llevaba sucio y enmarañado, pero no era eso lo primero en lo que te fijabas. La vista se me fue directamente hacia sus ojos, grandes, sombríos y tristes, casi negros, que me miraban como esperando algo. No supe qué decir, ni siquiera la saludé. También yo permanecí en silencio, hasta que al fin reaccioné y le pregunté en euskera a quién buscaba. No me contestó y siguió mirándome, como esperando a que hiciera la pregunta correcta para dignarse a responder. Probé otra vez, y le pregunté lo mismo en castellano. Tampoco me contestó. Miré hacia afuera, hacia la calle, aunque ya te he dicho que casi no podía verse nada, aparte de negras figuras flotando entre aquel blanco mar de niebla. Desde luego, estaba sola. Lo intenté por última vez y di por fin con la pregunta adecuada. Entonces fue cuando sonrió, bueno digo yo que sonrió, aunque más me pareció una mueca forzada por alguien que no sonreía nunca, y que estaba intentando agradar como si le fuera la vida en ello. Sentí una pena inmensa, no me preguntes por qué, pues ignoraba todo sobre ella. Era una niña preciosa, con aspecto

salvaje, como recién llegada de algún bosque de los alrededores, y no existía ninguna razón para sentir tanta pena por ella. Fue la sonrisa, ese patético intento de simular alegría, lo que creo que me transmitió todo el horror que tenía que haber sido su vida en los años anteriores. Abandonó la muela y por fin pudo contestar: “Me llamo Arantza y tengo ya ocho años”. Supongo que quiso presentarse como una niña madura, necesitada de ayuda, pero independiente, no quería asustarme con responsabilidades. Yo seguí preguntando, pero ya no volvió a hablar. En ese momento llegaron los primeros feligreses, me saludaron y alguna de las *etxekoandres* acarició la cabeza de Arantza, pero ella se retrajo como un perrillo asustado. Le hice entrar en la sacristía, le expliqué que empezaba la misa y que quería que ella no se moviera del banco donde la iba a colocar, cerca de mi vista y que, cuando la ceremonia terminase, buscaríamos a sus padres. No habló, pero movió la cabeza de izquierda a derecha y ya lo tuve claro desde ese momento: no había padres.

Celebré la misa sin enterarme de lo que hacía. Por suerte, los actos rutinarios no delataron mi preocupación. No quería crear demasiada alarma, pues sabía que, una vez que todas aquellas mujeres, que en apariencia rezaban con fervor, pero que realmente estaban ese día tan alejadas del rito como yo, en cuanto abandonaran la iglesia extenderían el rumor por todos los barrios de Ordizia. Y vaya a saber qué rumor de los que aquellas cabezas enfebrecidas por la novedad estaban ideando triunfaría. Más tarde escucharía algunos de ellos. Uno decía que Arantza había sido criada por los lobos, como si todavía quedaran lobos en nuestros montes. Me dolió sobre todo el más extendido, que hablaba de una mujer desechada que abandonó a la puerta de la iglesia el fruto de sus amores sacrílegos con el párroco de la Iglesia de la Asunción. Nadie se atrevió a decírmelo a la cara, salvo mis amigos, y estos lo hicieron de buena fe, para evitar que alguna arpía, que también las hay incluso entre las que comulgan, me lo soltara y fuera incapaz de contenerme. El rumor pasó, pero el cariño que siempre he tenido a tu amiga a veces me delata, según algunas que todavía mantienen esa hipótesis. No hace falta que me lo preguntes, no soy su padre. Tengo que añadir, además, que no me habría importado. Ahora que soy mayor puedo decirlo sin escandalizar a ninguna beata, siempre me han gustado las mujeres, y más de una vez he lamentado este oficio que me hizo renunciar a ellas. Pero nunca lamenté tanto las renunciadas a que me obligaba mi ministerio como durante aquellos días. Cuando me convencí de que aquella pobre criatura, surgida de la niebla, no tenía ni padres ni ningún pariente que pudiera hacerse cargo de ella, la amé desesperadamente. Cómo me habría gustado encontrarme en la situación de mi amigo Juan Luis Rentería, casado, sin hijos y con una mujer que se comía a la niña con la mirada. Lo tuve claro desde el primer momento, Arantza les estaba destinada y yo era el vehículo que Dios, el destino, o quien fuera el que hubiera ideado la trama en la que estábamos envueltos, había escogido para que ella les fuera entregada. En aquellos años, aunque ya estábamos en el 78 y Franco, gracias a Dios, reposaba bajo tierra, la Iglesia seguía teniendo más fuerza que la Administración y que los jueces.

Gracias a ese poder pude hacer lo que hice. Yo era un humilde cura de pueblo que sabía que la Santa Madre Iglesia era poderosa, así nos lo habían inculcado a todos los soldados de ese formidable ejército que se acercaba ya a los dos mil años de historia. Pero hasta ese momento nunca había experimentado realmente ese poder. Y me di cuenta, durante aquellos días, que tal poder, ahora ya declinante, era inmenso y podía ser ejercido, bajo ciertas condiciones, por cualquiera de sus miembros, hasta por el más humilde. Esos días mi voluntad señoreó la tierra. Y mi voluntad consiguió que todos los estamentos implicados afirmaran que Arantza había nacido en Ordizia y que sus padres, adoptivos, fueran Juan Luis Rentería y Dolores Zerain”.

ITZIAR

Jon Ander se asomó por el hotel para despedirse de Itziar con un fuerte abrazo. Llegó acompañado por Idoia Lozano, ya que el día anterior las dos mujeres quedaron para hacer una visita a los miembros de la Comunidad de la Tierra.

Eran las once de la mañana cuando el Suzuki Vitara de la agente Lozano empezó a escalar la carretera que conducía a Navarra. Tras dejar a la izquierda la desviación hacia el último barrio de Ataun, Aia, la carretera se estrecha y aumenta la pendiente hasta llegar a un paraje en el que se divisa un restaurante y algunas instalaciones turísticas. Idoia le informó de que habían llegado al puerto de Lizarrusti.

Abandonaron la carretera, que continua hasta Etxarri Aranaz, ya en Nafarroa, y se internaron por un camino sin asfaltar, por el que ya sólo podían conducirse vehículos todoterreno, como el Suzuki en el que viajaban.

Llegaron a una encrucijada e Idoia se internó por el camino de la izquierda.

—Por ese otro sendero se llega a un pantano —comentó.

Tras conducir con cuidado, ya que la vía estaba sembrada de baches, Idoia se detuvo ante una cerca mal cerrada, detrás de la cual se observaban unas cabañas rudimentarias.

—Ahí la tienes, La comunidad de la Tierra —dijo la agente mientras aparcaba en un extremo de la cerca y hacía sonar la bocina.

Itziar observó que una persona salía de la primera cabaña, en la que, sobre la puerta, se mostraba un cartel que decía “Recepción”. Cuando se acercó, vieron que se trataba de un hombre de unos cuarenta años, alto y fuerte, Itziar le calculó una estatura de uno noventa. Vestía unos vaqueros y una cazadora que parecía de auténtico cuero. Llevaba una melena canosa recogida en una coleta por una cinta blanca. Sonrió a las *ertzainas*, a la vez que adelantaba la mano para estrechar las de ellas y se presentó. Su voz era grave y tenía un cierto deje madrileño.

—Soy Aureliano Mestre. Bienvenidas a la Comunidad de la Tierra. Creo que usted ya estuvo el otro día por aquí.

—Así es —Idoia estrechó la mano de Aureliano— le presento a la oficial Itziar Elcoro, quien, desde hoy, dirigirá las investigaciones.

—Creo que hemos ganado con el cambio —contestó Aureliano mientras sonreía a Itziar.

—No he llegado a conocer al suboficial Trueba; no puedo saber cómo llevaba la investigación. Por eso prefiero empezar como si hoy fuera el primer día.

—Encantado de que así sea. Tampoco he tenido tiempo de conocer a su compañero con profundidad, pero él dejó claro desde el primer momento que el

asesino de nuestro líder estaba escondido en esta Comunidad, aunque no trajo ninguna prueba ni nombre concreto.

—Obviamente los primeros sospechosos en un caso de asesinato suelen ser las personas cercanas a la víctima. Y es normal que se indague entre los próximos.

—Y yo no voy a poner ninguna pega —contestó Aureliano.

Itziar no sabía qué era, pero había algo raro en la forma de comportarse de Aureliano. Ella esperaba encontrarse con una persona joven, con aspecto de fanático o, si no era ese el caso, con la típica víctima de la personalidad ego-maníaca de un líder sectario. Aureliano no era ni lo uno ni lo otro. Se le veía seguro de sí mismo, casi podía decirse que estaba acostumbrado a los protocolos policiales, como si, antes de ser miembro de la Comunidad, hubiera pertenecido a las fuerzas del orden o al ejército. Decidió investigar en el pasado de Mestre. De todos modos, Ernesto Compson tenía que haber tenido una personalidad excepcional, un carácter fuerte o un carisma impresionante, para que una persona como Aureliano Mestre aceptara de buen grado su liderazgo. ¿O quizás su liderazgo estaba en discusión y existía una lucha de poder soterrada dentro de la secta? Itziar sabía que no era habitual la existencia de más de una persona con carisma en este tipo de comunidades. Generalmente, el que dirigía lo solía hacer sin tapujos, confiado en su capacidad de subyugar a todos los que se habían convertido en sus seguidores.

Aureliano les hizo pasar a la cabaña de recepción. Las condujo a una estancia que tenía una mesa redonda con cuatro sillas alrededor. En la pared del fondo podía verse una estantería de madera sin barnizar, llena de libros y carpetas con documentos. No había más mobiliario en aquella austera sala de reuniones. La luz, a esas horas del día, entraba con fuerza por una ventana situada a la derecha.

Una vez se sentaron, Aureliano les ofreció café, té o agua, que las *ertzainas* rechazaron, y comenzó con su exposición.

—Supongo que querrán conocer, primeramente, el origen y el funcionamiento de nuestra comunidad. Estamos acostumbrados a que se nos trate con recelo, e incluso con hostilidad, pero podrán convencerse de que esta comunidad no tiene nada que ver con esas sectas destructivas, que por otro lado no sé si realmente existen o son producto de la paranoia popular.

—Exacto —le interrumpió Itziar— creo que antes de centrarnos en las circunstancias de los últimos días, debería usted contarnos con detalle las características de su organización. Ya sabemos que es legal y también que hasta ahora no han tenido ustedes problemas con la Justicia o la Administración.

—Salvo los típicos problemas de permisos e impuestos que ya conocerán.

—Efectivamente. Salvo esos problemas que, como comprenderá, a los investigadores de casos criminales no nos suelen llamar la atención.

Aureliano Mestre se sirvió un café negro sin azúcar.

—Como les he dicho, la Comunidad de la Tierra no tiene nada que ver con esas sectas que tienen un líder carismático, esas en que un profeta, tras haber tenido una

visión, empieza a predicar y arrastra a decenas de tarados tras su estela. La Comunidad es un proyecto común, un proyecto que nace, además, en un lugar y una época concretos: la facultad de Ciencias Políticas de la Complutense de Madrid a comienzos de la crisis actual del capitalismo. Y Ernesto Compson no era un iluminado, sino un profesor joven, becado para la realización de un doctorado que versaba sobre el pensamiento anarquista en el siglo XIX. Todo el mundo conoce más o menos cómo se gestó el 15-M y cómo, a partir de ese movimiento popular contra la casta, que surgió en toda España, se encumbró a políticos como Iglesias o Errejón. Todos estaban allí, pero no fueron la única alternativa al Poder que pudo plantearse. Junto a este movimiento de masas hubo otro, más discreto y minoritario, pero también, en mi opinión, mucho más radical, que cuestionaba a la Sociedad en su conjunto. Una serie de estudiantes empezaron a reunirse, ya desde 2006, para debatir sobre comunismo y anarquismo y sobre la posibilidad de construir una sociedad más justa, democrática y feliz desde la base, negando todo, o casi todo, lo que había construido el capitalismo del siglo XX.

—Por lo que cuenta, Ernesto se convirtió en el líder de una serie de estudiantes idealistas, a los que sedujo con sus teorías anarquistas de una sociedad más justa. Pero usted ¿qué papel juega en todo esto?, ¿era también profesor?

—No, la verdad es que yo me incorporé más tardíamente al proyecto. Creo que les costará entender cómo pude yo cambiar mi vida totalmente para sumarme a esta utopía, pero el caso es que lo hice. Soy economista; tenía una empresa de informes financieros que trabajaba sobre todo para grandes empresas y bancos. Cuando empecé con ello la verdad es que me gustaba, pero un divorcio desagradable, algunas muertes en la familia y la contemplación diaria de la mierda del sistema me transformaron. A mis cuarenta años todo lo que había sustentado mi vida se estaba hundiendo. Un proceso biográfico similar y paralelo a lo que entonces nos parecía la crisis definitiva del capitalismo. Yo conocía, por mi trabajo, a la familia de Ernesto, los Compson, y había seguido con interés su trayectoria. Los padres de Ernesto formaban parte de la alta burguesía de Madrid: barrio de Salamanca, chalet en la sierra y casa de veraneo en Santander. La madre es una Abascal y Suárez de Colmenar. El padre de ella se enriqueció construyendo casas baratas durante el franquismo. Llegó desde un pueblo de Segovia, se vistió la camisa azul y, en unos pocos años, ya trataba con todos los prebostes del régimen, a los que seguramente untaba con generosidad. Y de la camisa azul y el tercio de la familia pasó por UCD para terminar en el PP. Sus hijos han seguido esa tradición.

Alejandra Abascal tiene un hermano algo mayor que ella, que es el actual presidente del complejo de empresas constructoras que ahora se extienden por toda España.

—Y del padre ¿qué puede decirnos?

—El caso de Jason Compson, el padre de Ernesto, es algo más peculiar, aunque también podría considerarse una biografía canónica. Soy de los que piensan que

existe una especie de internacional oculta, una sociedad secreta formada por muchos de los ricos y poderosos del mundo, una fraternidad que está por encima de cuestiones menores, como la distinción entre regímenes democráticos o dictaduras, capitalismo o socialismo, propiedad privada o estatal. Una especie de familia que tampoco entiende de razas o culturas, de creencias religiosas diferentes, una fraternidad que sólo entiende de dinero y de poder. No se trata de una sociedad organizada, con estatutos, burocracia y líderes. Más bien es una hermandad espontánea que se rige por los conceptos más básicos, en la que se te clasifica sólo por el lugar que ocupas en la sociedad en la que vives, en la que se distingue claramente entre esos cientos, o miles, de ricos y poderosos y todos los demás. Una hermandad que une y dota de un lenguaje común a un reyezuelo africano y a un dirigente wasp de una gran corporación. Sólo así pueden explicarse biografías como las de los Compson.

En la biografía de Jason Compson se entrelazan los destinos de las familias sureñas en decadencia de Mississippi con el nazismo de los años 30, para acabar entroncando primero con el falangismo más rancio y terminando, en un quiebro súbito, en una burguesía vamos a llamar más moderna, que triunfó en los años 60 en la España de Franco, y que ha desembocado en lo que es actualmente el Partido Popular.

Aureliano interrumpió su alegato para apurar la taza de café que se había servido. Itziar decidió no interrumpir su discurso por el momento, ya que la experiencia le había enseñado que a veces en las historias más triviales y alejadas de la investigación podía encontrar una de las claves para la resolución de un caso. Mestre, alentado por el silencio de las *ertzainas*, continuó.

—Se me objetará que toda la deriva de esta familia ha estado relacionada con ideologías reaccionarias, pero yo afirmo que eso sólo ha sido un accidente biográfico. Esta rama de los Compson estuvo, en cada lugar que visitó, con la élite del poder y del dinero. Si por un azar de la vida hubiesen terminado en la Rusia soviética no dudo de que uno de estos Compson habría ocupado un puesto relevante dentro del escalafón del Politburó.

Jason Compson, por lo que yo sé, nació en Alemania en los años treinta. Su padre era un Compson, de los Compson de Mississippi, una de las familias patricias del sur de Estados Unidos, venida a menos, pero en la que muchos de sus miembros seguían viviendo en un imaginario paraíso de plantaciones de algodón. La mayoría de ellos tuvo que conformarse con sobrevivir a duras penas soñando con glorias pasadas. Pero siempre, en esas familias decadentes, hay algún miembro que se destaca por su energía o, al menos, por la ferocidad de sus deseos. Así imagino al abuelo de Ernesto, un racista convencido, un resentido que oye hablar de que el paraíso se está gestando en Alemania, que él puede formar parte de esa raza superior y restablecer el honor de su apellido en otro país. Seguro que se convirtió en un nazi furibundo. El hecho es que en los años 30 y casi hasta el final, hasta el 43, vivió en Berlín, casó con una

alemana, tuvo un hijo, el que será el padre de Ernesto, y posiblemente cometió diversas atrocidades que le convencieron de que debía abandonar Alemania antes de que la ocuparan los aliados. Tuvo que ser duro para él ese desmoronamiento de su reino. Sus antepasados confederados perdieron su paraíso, derrotados por los unionistas. Y ahora los sucesores de esos bastardos volvían a desalojarle del poder y de la gloria soñada. Pero finalmente, cuando ya no lo esperaba, hizo realidad su sueño. En el año 43 recaló en un Madrid destruido por una guerra civil ganada por los suyos, por los que creen que el mundo necesariamente ha de articularse mediante la dialéctica del amo y del esclavo y ahí, al fin, pudo morir en paz, convencido de que los Compson habían recuperado, gracias a su empeño casi heroico, lo que nunca tenía que habérseles negado.

Su hijo, Jason Compson, fue educado para dominar, y es lo que hizo durante toda su vida.

—Entiendo que Jason, el padre de Ernesto, ya ha muerto.

—Sí, pero no hace muchos años. Y creo, además, que la muerte de Jason, una verdadera conmoción para su hijo tuvo mucho que ver con la realización de este proyecto.

—¿En qué sentido lo dice usted?

—He tenido largas conversaciones con Ernesto. De hecho, creo que he sido el único confidente que ha tenido en su vida. Sus primeras elecciones vitales, la de su carrera, la de su ideología, tuvo mucho que ver con la necesidad de matar al padre.

Ernesto era hijo único de una relevante familia franquista. Su padre fue educado como un Compson, y fue, durante toda su vida, un grandísimo hijo de puta. Y quiso educar a su hijo en los mismos principios.

Pero estamos ya en otra época. Ernesto, cuando era niño, tuvo una admiración sin límites por su padre. Jason Compson era frío y podía ser cruel, pero también era un seductor. Y fue siempre muy exigente con su hijo. Y cuando éste creció, casi por necesidad, se enfrentó a él. Si su padre había sido falangista y franquista y ahora era un nombre influyente en el PP, su hijo sería marxista y anarquista. Por eso, resistió la presión de su padre, en parte ayudado por su madre, y estudió Ciencias Políticas en vez de Ingeniería. Durante unos años, padre e hijo dejaron incluso de tratarse.

—Entiendo que esta situación cambió en algún momento.

—Efectivamente. Jason, cuando tenía unos setenta años, sobrevivió a un primer ictus que le dejó paralizado medio cuerpo y Ernesto regresó con su familia.

—¿Cuándo ocurrió eso?

—Sería en 2006, más o menos, cuando en la facultad empezó a gestarse el proyecto de la Comunidad. Y creo que en este proyecto, aunque parezca algo absurdo, influyó decisivamente Jason Compson.

—¿Un facha del régimen franquista influyó en un proyecto utópico de carácter anarquista?

—Absurdo ¿verdad? Obviamente Jason Compson no modificó la ideología de su hijo. No podía hacerlo. No había nada atractivo en una ideología racista de tipo supremacista, sustituida después por una ideología de derechas con líderes tan poco atractivos como José María Aznar. No, en eso no pudo influir. Pero sí lo hizo en la concreción del proyecto. Hasta la reconciliación con su padre, Ernesto era un teórico del anarquismo que buscaba la revolución. Podría haber acabado fundando un partido o un sindicato o cualquier tipo de organización urbana, violenta o democrática. Pero la idea de una comunidad de tipo rural, una especie de Arcadia, una vuelta a los orígenes como una posibilidad de concretar una ideología anarquista sí pudo sustentarse en los relatos de Jason.

—¿Los relatos de Jason? —interrumpió la agente Lozano—. ¿Qué es eso de los relatos de Jason?

Aureliano sonrió a Idoia y continuó.

—Sí. Como ya he dicho, Jason era un gran seductor. Y, según me ha confesado Ernesto, era asimismo un gran narrador. Y tenía una historia que contar. Una historia que tenía que ver con esta tierra, con el Goierri, y fue esa historia, narrada por un padre que al final de su vida revive los años de más felicidad, y añora un camino que en su momento sacrificó, la que determinó que Ernesto concibiera este proyecto, la Comunidad de la Tierra, y lo situara necesariamente en este territorio.

—Pero ¿qué tenía que ver Jason con esta tierra?

—Parece que cuando Ernesto todavía era un niño, su padre trabajó unos años aquí, en una empresa de Beasain. Durante varios años, Jason vivió aquí, y sólo ocasionalmente regresaba a Madrid. Hasta que un día abandonó esta tierra y no regresó jamás. Pero está claro que algo dejó aquí, y ese algo tuvo que ser sacrificado. Y ese sacrificio fue necesario para construir la vida que luego vivió, una vida de éxito social, pero que exigió antes esa pérdida dolorosa.

—Y Jason siempre añoró lo que aquí había dejado.

—No puedo decir con absoluta seguridad qué fue lo que Jason tuvo que sacrificar. Pero estoy convencido de que tuvo que ser una mujer.

—¿Jason no se lo contó a Ernesto?

—Sí, pero éste no quiso revelármelo. Sólo me dijo que había sido algo tan terrible que su padre le hizo prometer que jamás lo contaría. Ernesto creía que su madre sí conocía la historia, pero que jamás se refería a ella.

—Y sólo por eso Ernesto decidió venirse a vivir aquí.

—No, no fue así exactamente. Como he dicho, su padre era un gran narrador. Y en su añoranza por lo que aquí había perdido, le contó miles de historias, algunas posiblemente fueran pura leyenda. De hecho, a Ernesto esas historias le resultaban familiares. Y un día cayó en la cuenta de que su padre ya se las había contado. Eran los cuentos con los que le ayudaba a dormir por las noches cuando todavía era un niño.

—¿Le relató a usted alguna de esas historias?

—No, sólo las insinuó. Creo que a Ernesto le daba algo de pudor hablar de ello. Ni él mismo era capaz de diferenciar qué parte era realidad y qué parte no era más que meras leyendas. Incluso sospechaba que todo lo contado, todas esas historias narradas por su padre, y que habían motivado algo tan trascendental para su proyecto, como era su localización en esta tierra, podían ser pura superchería.

—Pero algo habrá intuido usted sobre su contenido.

—Sí, he procurado enterarme. En esta tierra hay leyendas sobre la existencia de comunidades primitivas, ancladas en un tiempo pasado, muy remoto, separado del nuestro por siglos. Y hay personas que creen que esas comunidades todavía existen

—Y Ernesto fue una de ellas.

—Creo que sí, aunque nunca lo comentó, pero muchas veces sus ausencias estaban relacionadas con excursiones que duraban varios días buscando las huellas de esas comunidades por las tierras altas, por la zona de Aitzgorri y por la sierra de Aralar.

—Hábleme de esas ausencias.

—Ya le he dicho que, a veces, eran para investigar la existencia de esas comunidades. Pero otras veces eran estancias en los pueblos de la zona. No sé qué buscaba por ahí abajo, por Beasain, Ordizia o Arrasate, Azpeitia o Azkoitia.

—Quizás anduviera buscando documentos en archivos o bibliotecas.

—Quizás. Y también hay que decir y no hemos de olvidarlo, que Ernesto era incluso más atractivo que su padre. Y creo que no le bastaba con las mujeres de la Comunidad.

—Entiendo.

Tras estas palabras Aureliano, les describió la vida de los miembros de la secta. Como ya les había anticipado eran anarquistas, creían en que era posible una vida sin Estado, organizada en pequeñas comunidades autosuficientes, en las que no existían jerarquías y todo era de todos.

—Los anarquistas prácticos somos los verdaderos comunistas.

—¿Pero no era Ernesto Compson el líder supremo?

—No, realmente nosotros no lo llamábamos así. Los miembros de la Comunidad nos tratamos como hermanos. Y él recibía el apelativo de hermano mayor. Pero esa diferenciación era sólo un reconocimiento de los miembros a su labor de guía hasta que la Comunidad empezó a funcionar. Ernesto no tenía ningún poder sobre el resto de los miembros de la organización.

—Ya ¿cómo es su vida diaria?

—Como les he dicho, somos los verdaderos comunistas. Entre nosotros se comparte todo, ni siquiera los hijos son de sus padres biológicos. Ese tipo de relaciones familiares, que tienen siempre características de relaciones de propiedad, aquí no las permitimos

—¿Y de qué viven?

—Somos una comunidad que intenta ser, dentro de nuestras posibilidades, autosuficiente. Criamos animales, como ovejas, vacas o gallinas, y también practicamos la agricultura y somos incluso recolectores, como los primeros humanos.

—Sabemos que bajan al mercado de Ordizia.

—Sí. Como he dicho, perseguimos la Utopía, queremos ser autosuficientes, pero sabemos que no tenemos el tamaño suficiente. Y al final, necesitamos dinero para comprar ciertos artículos que no podemos producir, como medicinas y herramientas.

—También he visto que lleváis vaqueros y conducís todoterrenos, incluso Ernesto tenía una Harley Davidson. ¿No es un poco extraño todo eso? ¿No contradice los ideales de vuestra organización?

Aureliano sonrió ante la observación de la agente Lozano.

—He dicho que nos guía una utopía, no que ya hayamos llegado a ella. De todas formas, la Harley era usada sobre todo por Ernesto.

—De hecho, está a su nombre.

—Hay que poner los vehículos a nombre de alguien. Pero no pensamos que sea una propiedad exclusiva suya. Yo la he conducido a menudo. Y Ernesto ha cedido su uso siempre con gusto.

Aureliano explicó que la comunidad se componía en ese momento, tras la muerte de Ernesto, de veinticuatro personas, cuatro hombres, quince mujeres y cinco niños. Pero llegaron a ser cuarenta miembros.

—¿Se ha ido desanimando la gente con el proyecto?

—Hubo un gran cisma, a partir del crecimiento del movimiento 15-M. Fue una época difícil. Muchos de los fundadores pensaron que había que incorporarse a la lucha y bajaron de nuevo a las ciudades. Se discutió mucho en asambleas, que llegaron a durar semanas enteras. Fue un momento duro pero enriquecedor para todos. Sirvió para que cada uno de nosotros se conociera mejor a sí mismo. Y nos comportamos cada uno de acuerdo con lo que descubrimos en nuestro interior. Fue realmente hermoso.

Aureliano les invitó a dar un paseo por la aldea que habían levantado.

—Todo esto lo hemos construido nosotros. Tuvimos que aprender albañilería, incluso algo de electricidad y fontanería, aunque no tenemos agua corriente ni instalación permanente de luz eléctrica. Usamos un pequeño generador para las emergencias y por la noche velas para alumbrarnos y fuego que encendemos en las cabañas. Pero sobre todo vivimos con el ritmo que nos marca la naturaleza. En invierno, cuando las noches son largas y frías, dormimos más horas. Es así de simple. Y esa comunión con la tierra, con sus ritmos, es realmente gratificante. Para mí ha sido una sorpresa, cómo esta adaptación a la naturaleza se ve recompensada en tu cuerpo y en tu ánimo.

Itziar contó siete construcciones de piedra y de madera, bastante rudimentarias, que le recordaban a las pallozas que había conocido hacía unos años en los Ancares leoneses. El suelo era de barro y en ese momento estaba seco, pues hacía unos días

que no llovía. Había también unas cercas bastante precarias. Supuso que allí encerrarían a los animales por la noche.

A la sombra de un árbol, una mujer de unos cuarenta años hablaba para cinco niños de diferentes edades.

Aureliano le explicó que los niños no estaban escolarizados, pero aprendían de sus mayores y todos los adultos tenían la obligación de educar en alguna materia a los niños.

—Como he dicho, los niños son de la Comunidad. Y todos tenemos las mismas obligaciones para con ellos.

Tras este paseo, las *ertzainas* se despidieron hasta el día siguiente, en que acordaron que estarían presentes todos los miembros para que pudieran realizar los interrogatorios. Después, Idoia condujo hacia la cabaña en la que se había encontrado el cadáver de la víctima.

LEIRE

—No eres más que una zorra ignorante y salvaje. ¡Mírate!

Los gritos de su padre asustaban a Martín, que comenzó a gimotear. Leire meció la cuna suavemente y cantó una nana para tranquilizarlo.

Ella nunca había oído a sus padres discutir a gritos con tanta violencia. Estaba aterrorizada y, si no lloraba, era porque no quería asustar a Martín, el pobre era tan pequeño. Leire ya no jugaba con muñecas, bastante tenía con cuidar de su hermanito. Era más madre para él que su verdadera madre. Recordaba el día en que nació. Su ama gritó toda la noche en solitario, Leire se escondía en la parte alta de la casa, pero de vez en cuando bajaba para mirar. No sabía dónde estaba su padre. No sabía qué hacer, su madre se moría, pero ella tenía mucho miedo a sus gritos. Casi al amanecer, estos cesaron repentinamente. Ese silencio asustó todavía más a Leire, que se acercó a la cama de su madre pensando que la encontraría muerta. Esta le sonrió, pero ella no podía tranquilizarse. ¿Qué era aquel pedazo de carne ensangrentada que su ama agitaba y palmeaba mientras le sonreía? Era un cuerpo que, de repente, tosió y lloró con fuerza: ¡Un bebé!

—Leire, acércame ese cuchillo.

Su madre cortó un cordón que le salía por abajo, por su agujerito, y acababa en la tripa del bebé. Leire no podía dejar de mirar, a pesar del asco que le subía por la garganta.

—Trae esa palangana con agua templada y una esponja.

La niña colocó un puchero con agua en la placa que estaba encima del fuego del hogar y, cuando le pareció que estaba tibio, pasó el líquido a la palangana y se acercó a su madre con temor pues no entendía nada de lo que estaba pasando. ¿Y su padre? ¿Dónde estaba?

—Te presento a Martín —le dijo su ama, una vez que hubo lavado y cubierto al niño con una toalla.

Le pareció un niño feo y desagradable, pero pasados dos días lo quería con locura, no concebía la vida sin él. Su padre volvió a media mañana, cantando y tambaleándose. Vio a la madre y al niño durmiendo tranquilamente y se echó a reír.

—Bueno, ya ha pasado todo ¿eh, Leire?

Ama se despertó y le mostró a Martín con una sonrisa. Leire no entendía por qué no estaba enfadada. Unas horas antes había gritado, “Jason, eres un cobarde y un cabrón” y ahora le sonreía como siempre. Ella sí estaba enfadada, con su padre y con su madre. No los entendía. Se pasaban el día abrazados y besándose y, cuando estaban así, se olvidaban de ella. Era feliz cuando su padre se iba a trabajar, porque

entonces su ama le decía palabras cariñosas, “Leire, maitia, Leire ederra” y cosas así, y reía con ella y le enseñaba a ordeñar a las vacas y a hacer mantequilla. Incluso le había mostrado cómo un corderito salió del cuerpo de Sesé, la oveja preferida de Leire. Aquel corderito enseguida echó a andar y se movía con soltura por el *baserri*, no como su hermano Martín, que parecía tonto, no sabía ni andar ni hablar, casi no sabía ni mirar. Pero no le importaba que Martín fuera tonto, porque ella le querría incluso más. No sabía lo que le pasaba, pero desde que Martín había nacido, ella no tenía voluntad más que para cuidarlo. Y menos mal que le había ocurrido eso, porque su madre, salvo cuando le daba de mamar, no le hacía nada de caso. Por eso creía que era más madre para Martín que su verdadera madre.

Fueron unos meses muy felices los primeros meses con Martín. A Leire le gustaba ver cómo su ama le daba el pecho. El niño, al principio, no hacía otra cosa que comer y dormir, y manchar las braguitas, que luego Leire tenía que limpiar. Pero no le importaba. Cuando se quedaban a solas los tres, ella era feliz, aunque no entendía por qué su madre no hacía más caso a su hermano. A ella siempre la había cuidado cuando no estaba su aita, y no le parecía justo que no quisiera igual a Martín. Por eso, ella todavía lo quería mucho más, lo hacía para compensar. Cuando volvía su aita era como siempre había sido. Su ama se olvidaba de los dos y sólo tenía ojos para su padre. Se besaban, se abrazaban y acababan cerrando la puerta del dormitorio, donde su madre no paraba de gritar el nombre de él. No entraba nunca, aunque sabía que no había peligro, pero no entendía por qué aquello les gustaba tanto como para olvidarse de ella y de Martín.

Pero todo cambió un día sin que entendiera nada de lo que estaba sucediendo. Ahora su padre no dormía por las noches en el *baserri*. Su ama pasaba toda la noche llorando, pero no se dejaba consolar. Ella cuidaba de Martín, porque tenía miedo de que le ocurriera algo, aunque no sabía qué, si no lo tenía todo el tiempo a la vista. Martín tenía ya seis meses y Leire se ocupaba de darle el biberón. Llevaban así unas dos semanas, justo desde que su padre dejó de volver por las noches. Su madre no tenía leche, así se lo dijo: deberían darle leche de vaca. Ordeñaba a Maika, hervía la leche, le quitaba la nata y enseguida aprendió a darle el biberón. Un día, a escondidas de su ama, le ofreció sus pezones, pero vio que no había nada que hacer, aunque no se arrepintió de haberlo intentado, porque se sentía más madre de Martín que su verdadera madre.

Durante esos días, cada mañana se repitió la misma historia: llegaba su padre, y él y su madre se gritaban con furia, pero acababan haciendo lo mismo que antes hacían por las noches. Cerraban la puerta del dormitorio, su madre gritaba con fuerza el nombre de su padre y luego éste se marchaba sin despedirse hasta el día siguiente y ella dormía por las tardes, como si se hubiera tranquilizado, pero luego pasaba las noches llorando.

Aquel día algo cambió, porque su padre no permitió que su madre lo arrastrara a la habitación. Habló con voz firme y sólo dijo:

—Petra, esto se acabó. Vete acostumbrándote.

Después se marchó sin despedirse de sus hijos, como tenía por costumbre.

Su ama se acostó y permaneció callada, mirando hacia el techo. Leire no se atrevía a acercarse para consolarla, pues sabía que algo muy malo había pasado. Por fin, se aproximó a la cama, y miró a su madre a la cara. Lo que vio no le gustó, aunque no sabía por qué. Le pareció que su madre no la veía o, si la veía, hacía un esfuerzo por ver más allá de ella. Eso la inquietó y decidió no separarse de Martín, ya que le pareció que corría peligro, y lo peor de todo era que no se veía capaz de imaginar qué clase de peligro corría. A pesar de su inquietud, acabó quedándose dormida.

ITZIAR

La visita a la cabaña sirvió para que comprendiera cómo habían sucedido los acontecimientos, a pesar de que allí, cinco días después del asesinato de Ernesto, no había nada relevante para la investigación, pues el escenario del crimen estaba ya frío.

Lo único que le llamó la atención a la *ertzaina* fueron unas manchas de color marrón que se extendían por el suelo de madera.

—Ahí estuvo tendido el cadáver, justo entre esas dos grandes manchas —comentó Idoia—, los de la Científica recogieron todas las muestras de sangre que pudieron y las introdujeron en recipientes diferentes. Ya sabes, por si diera la casualidad de que hubiera sangre de más de una persona.

—¿Tenemos los resultados del análisis?

—No, todavía no. Pero había que ver el cadáver de Ernesto. Tenía cuchilladas por todo el cuerpo. Hubo mucho odio en este asesinato.

—Lo cual nos lleva a la comunidad —reflexionó Itziar—. No sé, hoy hemos oído a un tipo que nos ha contado la historia oficial. Pero detrás de ese decorado estoy segura de que habrá de todo. Por eso es importante hablar con ellos.

—Tienes razón. Sería lógico que fuera alguno de ellos el culpable. Pero no descartes a alguien de los pueblos cercanos. Recuerda lo que nos ha dicho Aureliano, Ernesto era un gran seductor.

—¿Crees que pudo haber sido un marido celoso?

—Podría ser. Pero también un padre. La comunidad llegó a tener cuarenta miembros. Y muchos se fueron, ya los ha oído, poco después del 15-M. Lo que quizás no sabes es que casi todas las mujeres que quedan ahora son jóvenes de aquí, del Goierri.

—¿En serio?

—Sí. Y además los rumores vuelan. Se habla de Ernesto como de un señor medieval, como de alguien con derecho de pernada, que ha conseguido seducir a la mitad de las chavalas del Goierri. De hecho, hace dos años tuvimos que subir para rescatar a dos menores. No se presentó denuncia por secuestro por los pelos. Ernesto estuvo exquisito con nosotros, explicó que ellas habían subido voluntariamente esa misma mañana y que no se había planteado que fueran menores de edad. Ellas se presentaron como universitarias, o eso nos dijeron.

—¿Y les creísteis?

—En parte sí. Una de ellas tiene allí a su hermana. Y ésta presentó una denuncia contra sus padres, precisamente porque un día subió la familia a intentar llevársela.

Aquella vez no pudimos hacer nada, porque Ane era mayor de edad y no parecía drogada ni que estuviera bajo ningún tipo de sometimiento.

—No estarán entonces muy bien vistos en los pueblos.

—Estamos divididos. Los familiares de las chicas que viven en la comunidad están todos rabiosos, por eso te digo que no hay que descartarlos como sospechosos. Pero otra gente piensa que el proyecto está muy bien, ya sabes, la gente con ideas ecologistas, gente de izquierda, incluso de la izquierda abertzale, los mira con buenos ojos. Aunque algunos ya empiezan a dudar.

Esto complicaba las cosas. Itziar veía cómo se ampliaba el círculo de los sospechosos. Pensó con desánimo que, si el asesino era un padre o un marido celoso podría incluso ocurrir que ni siquiera pudieran relacionarlo con Ernesto. Podría darse el caso de que el asesino ni siquiera conociera a la víctima antes de matarlo. Estos crímenes solían ser los más difíciles de resolver.

Decidió que, al día siguiente, después de interrogar a los miembros de la comunidad, deberían intentar elaborar una lista de todas las familias afectadas por la llegada de la secta al Goierri, un trabajo complicado y tedioso, pensó con desánimo.

—¡No me lo puedo creer! —exclamó Idoia Lozano cuando llegó al alto y se encontró de súbito con una muchedumbre de hombres y mujeres en actitud de espera. Parecía una manifestación.

Itziar observó que prácticamente todas las mujeres vestían de negro, luto por el hermano mayor. También le llamó la atención la disposición del grupo. Delante les esperaba Aureliano Mestre y a su derecha se situaban los hombres. A su izquierda podía observarse a las mujeres y, detrás de ellas, aparecían y desaparecían las cabezas de los niños, curiosos y traviesos. Todos, salvo los más pequeños, observaban una rígida formación, por lo que parecían los componentes de una parada militar o de un equipo deportivo preparado para un desfile.

Aparcaron el Vitara a la izquierda del camino que terminaba en el poblado, ya que el grupo los esperaba a la derecha.

Aureliano saludó en nombre de todos. Itziar le dio la mano y le pidió una sala para poder empezar con los interrogatorios.

—Nosotros preferimos afrontar el interrogatorio en comunidad.

—No puede ser —Itziar se descubrió irritada, pues casi le gritó a Aureliano—, seguiremos el protocolo policial. Llamaremos por su nombre a cada persona, que deberá presentarse con el DNI y le tomaremos declaración.

—Pero...

—Y no proteste, que puede acabar con mi paciencia. Si ponen cualquier impedimento les citaremos formalmente para declarar en comisaría. Repito, les llamaremos de uno en uno. En cuanto a los niños, le informo que pueden declarar si

ustedes lo permiten, con la asistencia de dos adultos. Si no les gusta la idea, nos atendremos al reglamento.

—Bien —Aureliano mostró las palmas de las manos en ademán conciliatorio— ustedes dirán. Si les parece bien podemos utilizar la sala donde conversamos ayer.

—Perfecto.

Itziar e Idoia se encaminaron hacia la primera cabaña, detrás de Aureliano, quien les abrió la puerta y las invitó a pasar al interior.

Empezaron llamando primero a las mujeres y en segundo lugar a los niños. El resultado fue desalentador: cada niño se presentó acompañado por Aureliano y por la mujer que el día anterior estaba impartiendo la clase a la sombra del árbol. Esta mujer, Carmen Forte, era la persona de mayor edad del grupo. Había sido, al igual que Ernesto, profesora de Ciencias Políticas. Miró a las *ertzainas* y empezó previniéndolas.

—Aquí no van a encontrar nada ¿cómo pueden sospechar de uno de los nuestros? Todos y todas admirábamos al hermano mayor, lo queríamos y ahora nos sentimos casi huérfanos.

—¿De quién sospecha usted entonces?

—De quién va a ser. De las fuerzas reaccionarias. Supongo que sabrán quién era Ernesto.

—Sí, ya nos hemos informado.

—Pues entonces ¿qué hacen aquí? Vayan a Madrid, busquen en las cloacas, en el CNI o incluso cerca de su madre.

—¿Tiene alguna prueba de lo que afirma?

—¿Cómo voy a tener pruebas? Ni ustedes las tendrán ¿o creen que han enviado a un aficionado?

—No sé, le asestaron al menos quince puñaladas. No parece el crimen de un profesional.

—Vaya investigadoras ¿qué quieren?, ¿encontrarse a Ernesto asesinado de un tiro en la nuca? Y si quieren, también con un cartel indicativo: “Aquí ha actuado un asesino a sueldo”.

—¿En qué quedamos? ¿Ha sido un encargo? ¿O han actuado las cloacas? —Itziar estaba harta del tono impertinente de la profesora.

—Eso les corresponde dilucidarlo a ustedes. Si son capaces, claro. Y si quieren preguntarme sobre dónde he estado esos dos días en que Ernesto estuvo desaparecido, ya lo saben: aquí, cuidando de los niños, trabajando la tierra, construyendo un mundo más justo. Parece que eso incomoda a mucha gente. Y ahí tienen el resultado. Pero no nos vencerán. En fin, voy a buscar a los niños.

Estos miraban a las *ertzainas* con una mezcla de curiosidad y de temor. A saber lo que les habrían contado. Ninguno de ellos aportó dato alguno de interés. Tampoco lo hicieron las mujeres. Se encontraron con dos tipos muy diferentes entre ellas: las primeras eran como Carmen Forte, pasaban de los treinta, y miraban a las *ertzainas*

con cierto aire de superioridad, como irritadas por ser objeto de alguna sospecha en relación con la muerte de su líder. Porque estaba claro que Ernesto era su líder. Itziar se preguntaba cómo sería para haber conseguido que todas aquellas mujeres con preparación universitaria, con carácter suficiente como para enfrentarse a unas policías que les desagradaban, podían defender a su líder como si se tratara del Dios creador. Menos mal que Arantza no se encontraba allí; no creía que hubiera podido soportar las respuestas de aquellas mujeres sin mostrarse sarcástica. ¿Dónde estaría su compañera? El padre Muniategi se había demorado contando con pelos y señales la infancia de su amiga, pero en cuanto le preguntaba por su actual paradero, el viejo sacerdote enmudecía. No se atrevía a mentir, pero le decía que la verdad era tan fantástica que no podía mencionarla porque entonces le tacharía de embustero. Itziar estaba, poco a poco, impregnándose de aquella sensación de magia y fantasía que desde que había llegado al Goierri le parecía que formaba parte de las vivencias de aquella gente. Una gente capaz de levantar empresas lo suficientemente competitivas y modernas como para exportar sus productos a cualquier lugar del mundo, con individuos de una valentía casi temeraria, pues con un castellano precario y con su amado euskera, eran capaces de recorrer la tierra, para luego regresar y no moverse nunca más de su hogar, una vez cumplido su ciclo de aventuras, como aldeanos temerosos, creyentes en espíritus y lamias, sintiéndose inseguros fuera de sus valles sombríos y encajados. El mismo Muniategi parecía creer en aquellas comunidades extrañas, ancladas en el tiempo, que observaban a los lugareños desde las tierras altas y que, de alguna manera, marcaban las pautas de su comportamiento. E incluso ella empezaba a creer en todo aquello, a creer que su amiga Arantza se había criado en una de esas comunidades, hasta que una mañana se presentó en la puerta de la parroquia ante un cura joven, que desde entonces la había protegido desde la distancia.

¿Dónde estaría ahora? ¿En las montañas? ¿En las tierras altas, observándolos a todos ellos? Itziar no quería pensar en ello, pero tenía la sensación de que su amiga la observaba; de alguna manera la espiaba. Más de una vez, durante estos días, en Beasain o en Ordizia, se había vuelto de repente con la sensación de que alguien la seguía. ¿Podría ser su compañera? Itziar desechara estas quimeras y las atribuía a la añoranza que sentía. Era imposible. Quizás nunca llegara a enterarse por qué su amiga era capaz de hablar con soltura el euskera del siglo XVI, pero se negaba a creer que aún existiera una comunidad aislada que lo hablara. Recordó entonces a los Baskardo, aquellos míticos vascones de la novela de Pinilla “Verdes valles, colinas rojas”, que observaban con despego, escepticismo y distancia la vida actual de los vascos de Getxo. Se preguntó si aquella hermosa ficción, creada por el novelista, pudiera ser una realidad en las tierras altas de Gipuzkoa.

Tras las universitarias se sucedió un ejército de jovencitas, todas ellas preciosas, enamoradas de su líder, que provenían de los pueblos de los alrededores. Estaba Ane, una rubia de 24 años, hermana de la menor a la que Idoia se había referido. Estaban

Karmele, Oiane, Nerea y Osane, todas jóvenes, que habían abandonado sus trabajos de cajeras en Eroski, de obreras en la CAF, o de camareras en algún bar de Beasain, y que repetían las consignas aprendidas en aquellos meses, o años, de convivencia en aquella Arcadia que cada vez le parecía más una prisión sin barrotes, tanto más terrible cuanto que era voluntariamente elegida por aquellas jóvenes. Itziar había leído obras sobre sectas destructivas, pero hasta ahora no había tenido que trabajar con ninguna de ellas. Lo tenía claro. Aquello no era una comunidad libre de adultos formados que, de manera voluntaria y consciente, decidían apartarse de la civilización occidental. Aquello era una secta. Se preguntaba qué aportarían aquellas jóvenes a los intereses de los organizadores, a los intereses de ese Ernesto ya asesinado o de ese Aureliano que parecía el sucesor en la jefatura. Sólo se le ocurría el sexo como mercancía.

Cuando acabaron con las mujeres, quedó el interrogatorio de los hombres. Sólo tenían que hablar con tres, pues el cuarto, Aureliano, ya había declarado el día anterior. Los dos primeros, Jesús Ortega y Carlos Smith, no aportaron nada a la investigación. Contestaban con monosílabos y repetían la historia oficial preparada por Aureliano. Procedían también de la Universidad, aunque no podía decirse que pudieran hacer sombra a Ernesto o a Aureliano. Los dos eran altos y fuertes, los típicos soldados que siempre son necesarios en las organizaciones jerárquicas. Itziar ya había observado que, así como entre las mujeres había muchas procedentes del Goierri, ni un solo hombre había sido reclutado por la comunidad en aquellas tierras.

El tercero de ellos, el más joven de los hombres, entró a continuación. Saúl Ruiz se incorporó a la Comunidad de la Tierra cuando todavía era un estudiante de políticas al que sedujo con sus enseñanzas el joven y carismático profesor Compson.

—Y desde entonces formo parte de esta comunidad.

Saúl Ruiz era más bien esmirriado y tenía pinta de intelectual, posiblemente porque usaba unas gafas de culo de vaso que de vez en cuando se arrancaba para frotarse con energía ambos ojos. Itziar, de repente, lo vio. Aquel joven quería hablar, quería disentir, contar una historia alternativa a la versión oficial que llevaba soportando toda la mañana. Decidió ayudarlo.

—Señor Ruiz, supongo que conocerá que todo lo que aquí manifieste será secreto, ninguno de sus compañeros tendrá acceso a esta información.

—Sí, lo imagino. Pero no sé si merece la pena. Ahora que él ha muerto sólo quiero largarme. Largarme y dejar a esta panda de imbéciles aquí, en sus doradas montañas, con su utopía descerebrada y ridícula. No creo que duren juntos, sin él, ni dos meses.

—Le advierto que, hasta que acabe esta investigación, debe estar usted localizable.

—Sí, ya conozco mis deberes. Ustedes dirán.

—Creo que si nos cuenta su verdad puede ayudarnos en la investigación.

—¿Eso creen?

—Sí, lo decimos en serio. Hasta ahora no hemos oído más que la versión oficial. Nos ha parecido que oíamos a una serie de autómatas a los que les han dado cuerda y una serie de consignas para repetir, dictadas por el camarada Aureliano.

—Vaya, la policía no parece tan tonta.

—Esto que he dicho es algo evidente, detectarlo no es difícil, no tiene mucho mérito. Pero lo que sí me sorprende es encontrarle a usted aquí. Porque esto no se parece a esa comunidad anarquista utópica que nos ha puesto ante los ojos su camarada, y usted no pinta mucho en una secta. ¿Me equivoco?

—No, tiene usted razón. Pero creo que tampoco acaba de entender de forma cabal lo que aquí ha ocurrido.

—Explíquemelo usted.

—Tenemos que remontarnos al año 2006, me temo.

—No se preocupe, tenemos tiempo. Intuyo, además, que la primera parte de su historia quizás coincida con lo que ayer nos contó Aureliano.

—Espero que sí. Aunque ese sujeto es un manipulador y un mentiroso compulsivo. Puede que les haya mentido en todo sólo por divertirse.

A pesar de la sospecha de Saúl, la primera parte de la historia de la secta coincidía con la información que les había adelantado Aureliano. En sus inicios se trató de un grupo universitario, de carácter revolucionario y utópico, sustentado en las teorías clásicas del anarquismo. En aquella universidad había dos grandes grupos: los anarquistas, por un lado, y los seguidores, con matices, de la visión marxista de la política. De este segundo grupo habría surgido, con posterioridad, el núcleo duro que habría acabado dirigiendo el movimiento 15-M.

—Los anarquistas estábamos aparte. No nos fiábamos de los modelos que proponía esa gente. Es más, no teníamos claro cuáles eran sus modelos. Apostaban por el Estado, por un Estado fuerte que en un momento dado pudiera romper con la lógica capitalista y avanzar hacia una sociedad más justa. Ahora se habla mucho de que su modelo era Venezuela, pero yo no lo tengo tan claro. Era gente lo suficientemente inteligente como para no proponer ningún modelo histórico concreto, pues sabían que todos los proyectos socialistas o comunistas habían fracasado. Y ellos querían el poder. Eso es lo que nos diferenció de ellos desde el principio: ellos querían tomar el cielo por asalto. Nosotros despreciábamos ese cielo que ellos querían conquistar. Por eso nos fuimos apartando claramente de sus propuestas.

—Pero todavía no tenían ustedes una utopía concreta.

—No, lo de la Comunidad surgió después. Yo siempre he tenido mis reservas. Este tipo de utopías naturales, primitivistas, siempre me parecen que acaban derivando en una especie de comunidad fascista, como la que Platón proponía en su República.

—Entonces ¿por qué acabó adhiriéndose al proyecto?

—Miren, ustedes no se hacen idea de cómo era Ernesto. Si lo hubieran conocido también lo habrían seguido. Y habrían creído todo lo que proponía, aunque luego, una

vez pasado el momento de la fascinación, pudieran pensar que les había embarcado en una majadería.

—¿Cuándo se dio cuenta de que esta utopía era falsa, que lo que se organizó fue una secta en vez de una utopía?

—No, tampoco fue así. Ustedes parecen pensar que Ernesto ha sido un líder sectario clásico, de esos que acaban fundando una organización para aprovecharse de los débiles. Y no fue así. Piensen que él era más rico que todos nosotros juntos. Y que eso que dicen en el pueblo de que montó todo esto para follarse a un grupo de tías buenas no es más que una gilipollez sin sentido. Él ya se follaba antes a todas las tías buenas que quería. Y a los tíos, cuando eso le apetecía.

—Ya. Usted sigue creyendo en su buena fe. ¿Por qué se torció la cosa entonces?

—No sé, hay muchas razones. La primera y fundamental ha sido que el proyecto en su conjunto era una gilipollez. Y sólo podía degenerar en esta especie de granja de mujeres que ustedes han visto. Y luego están Aureliano Mestre y Carmen Forte, ya conocen a esos fanáticos.

—Sí.

—No me lo han preguntado, pero aprovecho para contárselo. Aureliano y Carmen son pareja. Y entre los dos han dirigido esto con mano férrea, y lo han convertido en la cloaca que es. Ernesto era el líder, el idealista, aunque le perdían las mujeres, era incapaz de parar. Todas las otras mujeres eran su cuadra. Y luego están los dos sicarios, que aprovechaban las sobras.

—¿Y usted?

Saúl sonrió con una especie de mueca triste.

—Yo, para mi desgracia, no follaba con nadie. Estaba sólo por él, ya me entienden.

—Ya. ¿Y ve alguna razón más para esta degeneración de la comunidad?

—El 15-M. Ya les he contado cómo entonces desaparecieron de aquí los mejores cerebros, hombres y mujeres, que estuvieron al principio de todo. Sólo me quedé yo.

—¿Por qué no se fue usted?

—Qué quieren que les diga. Como afirmó el clásico: “Hay razones del corazón que la razón no conoce” pero hasta eso se ha terminado. Espero que descubran pronto al asesino, para que pueda largarme. Esto se me está haciendo sofocante.

—¿Alguna idea?

—Sí, lo que pasa es que pensarán que no soy imparcial. No me extrañaría que la idea de la muerte fuera de la parejita, de Carmen y Aureliano. Últimamente había muchas discusiones entre ellos y Ernesto.

—¿Y el ejecutor?

—Uno de esos dos brutos que les acompañan. Si no les importa, me retiro, pues creo que ya lo he contado todo.

—Gracias por su colaboración, de verdad. Ha sido usted de gran ayuda.

LEIRE

El humo le entró por la garganta y la despertó. Se incorporó rápidamente y tosió con fuerza. Se sintió agobiada, pues le costaba respirar. Lo primero en lo que pensó fue en Martín. Abandonó la cama y se asomó a la cuna donde el niño no paraba de llorar. Vio el rostro enrojecido del bebé, y eso le despertó completamente. Cogió a su hermano y miró hacia la puerta. Estaba cerrada, pero el humo se colaba por las grietas de la madera y por la ranura que dejaba la hoja con el suelo de piedra. La casa estaba ardiendo. No se atrevió a acercarse a la puerta. Por suerte, la ventana de la pared que quedaba a la derecha de su cama era grande y se situaba a poca altura. Dejó al niño en la cuna y abrió la ventana de par en par. El aire frío de la mañana entró y la alivió de inmediato. Cogió algo de ropa para ella y para Martín y no esperó más. No llamó a su madre, porque lo primero que pensó es que podía ser peligroso. Recordaba su mirada la noche anterior y tuvo miedo. Acercó la cama a la ventana, tiró la ropa fuera y volvió a la cuna para coger a Martín, que se había callado y parecía tranquilo. Se sentó con cuidado en el alféizar de la ventana y miró para afuera. Vio que estaba a poca altura de la tierra. Agarró con fuerza a su hermanito, cerró los ojos y saltó. Cayó de pie, pero acabó apoyando las rodillas, aunque consiguió evitar que el niño se golpeara contra el suelo. A pesar de que hacía frío, pensó que no podía demorarse vistiendo a Martín. Cogió como pudo la ropa y se alejó hacia el bosque cercano. No quería mirar atrás. No lo dudó. Sabía que la casa estaba en llamas y que aquel fuego lo había provocado su madre.

Le costó subir por el bosque, pero no se atrevía a descender por la ladera. Estaba segura de que ella contemplaba su obra. De repente oyó una risa. Lo malo era que Martín se puso a llorar. La madre los oyó y empezó a llamarlos por su nombre.

—*Leire, Martín. ¿Non zarete?*

Su voz sonaba amistosa, casi cariñosa, pero Leire sabía que no era de fiar. Algo malo le había pasado a su madre y sabía que se había vuelto peligrosa, que se había convertido en una bruja y ella ya sabía que las brujas devoran a los niños. No dejaría que su ama se comiera a Martín. Siguió avanzando penosamente ladera arriba por el camino embarrado que terminaba en la cima. Se preguntó si su madre, ahora que era una bruja, podría volar y estaría aguardándola arriba. Esperaba que no fuera así, por lo que continuó subiendo hasta que, ya en la cima, divisó la montaña de enfrente, cubierta por un frondoso bosque, y decidió que debería ir hacia allá, para esconderse en la espesura, hasta que el espíritu de la bruja abandonase el cuerpo de su madre. Descendió hacia el río, que hacía de frontera entre las dos laderas y lo cruzó, procurando vadear por donde menos cubriera. Entonces se dio cuenta de que había

perdido por el camino casi toda la ropa con la que pensaba combatir el frío. Sólo conservaba una chaqueta de lana de borrego y con ella abrigó el cuerpo de Martín. Su hermano estaba callado. Mejor, así podrían esquivar a la bruja. Agarró con fuerza a su hermanito y caminó por una pradera de hierba alta y húmeda. Sólo entonces se percató de que iba descalza y sintió frío por primera vez. Siguió caminando, ya que debían alejarse de la bruja cuanto antes, e inició la subida a la montaña, sin saber muy bien a dónde se dirigía. Al final del bosque se abría un claro enorme y al fondo de ese claro, justo antes de que el bosque se volviera a cerrar hasta hacerse casi impenetrable, divisó una enorme roca oscura, que le recordó al portón de un caserío. Era negra y estaba cubierta de verdín. Se quedó mirándola un buen rato, como hipnotizada. De repente le sobrevino la certeza de que algo muy malo acababa de ocurrir. Había notado cómo el cuerpo de su hermanito, que tenía pegado al suyo en un intento de mantener su calor, sufrió un espasmo y luego se relajó. Examinó con temor la cara de Martín y vio que su rostro estaba amoratado y sucio y tuvo la certeza de que acababa de morir. Apretó su cuerpo con fuerza y comenzó a llorar.

ITZIAR

Aquella mañana llegaron al fin los informes de la Científica y el de la autopsia. Este último no presentaba ninguna novedad: Ernesto Compson había fallecido desangrado tras haber sufrido múltiples puñaladas. El arma homicida era un arma blanca de hoja ancha y de más de veinte centímetros de largo, posiblemente un cuchillo de monte, de los usados por los cazadores para despellejar las piezas cobradas. Casi todas las puñaladas habían sido asestadas en el vientre, pero había una, especialmente profunda, en la espalda que, posiblemente, fuera la primera, por lo que podía suponerse que el ataque había sido realizado por sorpresa, sin haber dado a Ernesto la posibilidad de defenderse.

En la cabaña se encontraron múltiples huellas dactilares, pero ninguna correspondía a miembros de la secta, salvo las del propio Ernesto Compson. Posiblemente el asesino habría actuado con guantes, por lo que Itziar pensó que la primera hipótesis, la de que el asesino esperaba en la cabaña y atacó sin previo aviso a su víctima, cobraba más fuerza.

Según el informe, ninguna de las huellas dactilares aparecía en los registros de delincuentes. Se trataría, probablemente, de huellas de personas del valle, pastores y cazadores, ya que la cabaña era muy frecuentada. Incluso, según le informaron a Itziar, se usaba por parte de parejas que buscaban intimidad. Lo más significativo del informe era que los restos de sangre encontrados no correspondían únicamente a la víctima, que era del grupo A positivo. Había también sangre del grupo · negativo. Posiblemente el agresor sufrió alguna herida. Todavía no se había incorporado al informe el análisis de ADN, pero la *ertzaina* estaba segura de que ya había sido solicitado. Telefonó a la agente de la Científica firmante del informe, Olatz Arratia, y ésta le confirmó que estaban en ello, pero que todavía tardaría unos días en llegar a sus manos. Llevaba ya una semana en Beasain, y tenía que agradecer a Idoia Lozano que las tardes y las noches no se le hicieran cuesta arriba, pues la agente la animaba muchos días a darse una vuelta por el Rita's, donde Itziar iba probando todos los cócteles que el barman, un leonés con acento gallego, eficiente y amable, les proponía. Su preferido era la piña colada. Se le hacía extraño que en Beasain pudiera haber un experto en cócteles caribeños, pero Idoia le informó de que Pedro, antes de instalarse en Beasain, había trabajado en Miami. Y allí conoció a una vasca, y vino para el valle. La inauguración del Rita's, cinco años antes, había sido un acontecimiento para el pueblo.

—Ya sabes, aquí los viejos salen todos los días, a la mañana y a la tarde, y se forran a *txikitos*. Y los fines de semana sidrería. Los jóvenes tienen alguna disco por

los alrededores, pero este *pub* nos ha cambiado a todos.

El local era oscuro y espacioso, con cómodos sofás y mesas bajas, y una barra muy larga, que estaba llena de gente que bebía de pie mientras charlaba. También habían instalado unos barriles fuera para que los fumadores apoyasen la bebida. A Itziar le llamó la atención lo variado de la clientela.

—Ya ves —le explicó Idoia— aquí venimos los jóvenes, pero también a los viejos les gusta. Total, que Pedro nos coloca de todo: vino, cerveza y sidra y, cuando venimos con ganas, tomamos una piña colada o un mojito. Hasta que se abrió el Rita's no pasábamos del *gin- tonic* o el vodka con naranja. Como ves la globalización ha llegado incluso al Goierri.

Una de las noches se les acercó un cuarentón con el pelo cano, todavía atractivo, aunque con algo de papada. Parecía simpático. Saludó a Idoia mientras miraba con algo de descaro a Itziar.

—Hola, autoridad, creo que deberías presentarme a tu amiga. Aunque ya sé cómo se llama: Itziar Elcoro ¿verdad? Soy Iñigo.

—Sí —Itziar se sorprendió—, ¿cómo te has enterado?

—Esto es un pueblo y aquí no se puede ocultar nada. Mira, mi cuadrilla también quiere saludarte.

Un grupo de hombres, entre los cuarenta y los sesenta años, saludaron con la cabeza hacia las *ertzainas*. Estaban junto a la barra, todos de pie. Algunos de ellos tenían un botellín de cerveza en la mano, pero los más viejos sujetaban el típico *txikito* en vaso de cristal grueso.

—Hoy es *pintxo-pote*, ¿qué queréis tomar?

—Ya estamos servidas, gracias.

—Más barato me sale. Por cierto, Itziar, los de la cuadrilla hemos hablado de ello. Cuando éramos críos Arantza anduvo con nosotros.

—Ah ¿sí? —Itziar observó con detenimiento a aquellos hombres. No podía imaginar a su amiga con aquellos *txikiteros*.

—Pero eso fue hace muchos, muchos años. La cabrona de ella, en cuanto pisó Bilbao se olvidó de nosotros. Y no la hemos vuelto a ver.

—Ella está bien, por si os interesa. Ya sabréis, entiendo, que trabajamos juntas habitualmente.

—¿Cómo no vamos a saberlo? Mira —Iñigo extrajo una tarjeta de su cartera—. Yo vivo aquí: es una casa que está a las afueras, entre Beasain y Ordizia. Si algún día te apetece, te puedo enseñar alguna foto donde aparece tu amiga.

—Perfecto. Encantada —Itziar guardó la tarjeta.

—Tus amigos se van —le avisó Idoia.

Iñigo les plantó dos besos de despedida a cada una. Estaba ya algo bebido. Salió despacio. Itziar imaginó que la ronda todavía no se había acabado.

—¿Lo conoces mucho?

—Algo. Es bastante mayor que yo, pero es del pueblo de toda la vida. Y claro que conoció a Arantza, él y los otros. Pero no sé qué pasó. Arantza se fue a Bilbao y, tras la muerte de su aita, no se la ha visto más por aquí. Este tío siempre viene con el mismo rollo. Como sabe que soy *ertzaina*, me pregunta a la mínima por Arantza. Puede que estuviera colado por ella, no me extrañaría.

—Arantza jamás me ha hablado de ellos.

—Era guapo Iñigo. Pero ya ves, el alcohol no le ha sentado muy bien.

—¿Trabaja aquí?

—Sí, es relaciones públicas de una empresa de la zona. Antes trabajó en prensa. Hace años estaba en la lucha, pero ahora me parece que pasa bastante. No me cae nada bien. Está casado, pero siempre te mira con esos ojos que ponen ciertos tíos, ya me entiendes. Un baboso.

—Ya.

Itziar pensó que igual era buena idea hablar algún día con él: conocer algo de Arantza, aparte de lo que Muniategi le había contado. Aunque eso no era lo prioritario. Lo importante era encontrar al asesino de Ernesto. Ella había venido con la intención de conocer todo lo que pudiera de su amiga. Pero en las conversaciones con el párroco poco a poco iban cobrando mucho más interés las historias sobre los Compson. ¿Qué conocería Arantza de todo aquello? Era una niña cuando Jason Compson vivió por la zona, pero seguro que habría oído la historia en boca de sus padres. De lo que estaba segura era de que a Ernesto no lo había conocido, ya que cada vez estaba más convencida de que Arantza, a pesar de lo que afirmaba cuando se iba de vacaciones, no había pisado el Goierri en los últimos veinte años ¿dónde estaría ahora?

Cuando finalizó la copa de piña colada se despidió de Idoia y, ya en la habitación, llamó a Paco.

Hablaban todas las noches. Le echaba de menos pero no quería presionarlo. Paco le contaba cómo se había desarrollado la jornada en la Academia y ella le ponía al día con los pormenores de la investigación. Los dos estaban de acuerdo en que era un caso difícil, pues ni siquiera estaba claro el móvil. Pero él intentaba animarla diciendo que en cualquier momento saltaría algo, una pista, un hilo del que tirar.

—Por ejemplo, lo de la sangre parece importante.

Tras finalizar la conversación estuvo animándose para llamar a su madre, no le apetecía nada, pero su cobardía la avergonzaba. El fin de semana había visitado a sus padres y lo que más le impresionó fue la mirada de su aita. Lo veía perdido, y en varios momentos tuvo que asistir a sus accesos de mal humor: cuando no se acordaba de algo, se irritaba. Su ama insistía en que no siempre era así, en que todavía tenía mucha vida. Pero ella imaginaba el futuro, la mirada cada vez más ausente de su padre, las ojeras y la angustia reprimida de su madre, los esfuerzos de su hermano y de ella misma para aparentar una normalidad que no podía ser más que fingida y precaria, ya que podía derrumbarse la fachada por cualquier nimiedad no prevista. Lo

que les esperaba resultaba pavoroso. Decidió tomar un orfidal para dormir y pospuso la llamada para el día siguiente.

P. MUNIATEGI

“Como ya te conté el otro día, los rumores sobre el origen de Arantza fueron muchos y variados. Pero en aquellos largos días en que la niña durmió en mi casa, al cuidado de Felisa, que la atiborró de leche y pastas de mantequilla, pues sostenía que una niña no podía estar tan delgada y que el hambre era el principal motivo de su tristeza, yo no me preocupé gran cosa por acallarlos. Cuantas más leyendas corrieran sobre su origen y cuanto más excéntricas resultaran las teorías, menos habría de preocuparme de contestar a las comadres. Llegaban todos los días a la misa de primera hora, preguntaban por la niña, y cada una exigía una solución drástica al problema de su existencia. La autoridad debería intervenir, mi buen nombre estaba en juego, podían incluso acusarme de secuestro. Pero como ya te dije, confiado en el poder de la Iglesia que en esos días me fue revelado de forma meridiana, todos esos cuidados de mis viejas beatas sólo conseguían arrancar de mí una sonrisa, que les resultaba a todas ellas muy decepcionante, pues lo único que buscaban al sacar el tema era indagar sobre el misterio principal de aquella aparición, que no era otro que conocer dónde y con quién había residido la pequeña en los ocho años anteriores. Yo también estaba intrigado y tengo sobre ello mis propias teorías, que algún día te contaré si estás interesada, pero que no dejaban de ser nada más que eso, teorías, y tan improbables y excéntricas como la de que Arantza fuera una niña criada por los lobos. Ella misma no desvelaba el misterio, pues, si no llega a ser por aquella frase de presentación donde me informó sobre su nombre y la edad que tenía, yo habría pensado que era sordomuda. No dijo una palabra durante los ocho días que vivió conmigo. Estuvo al cuidado, como te he dicho, de la señora que me hacía la casa, y durante ese tiempo puedo decir que aprendió a sonreír. Yo no podía dedicarle demasiado tiempo, ya que mi preocupación más urgente era legalizar su situación, tras haberme asegurado de que nadie iba a reclamarla. Quería evitar a toda costa que terminara en algún orfanato y moví todos los hilos de que disponía: viajes al obispado, entrevistas con policías y guardias civiles y hasta con jueces en Donostia. Ahora que se sabe tanto de los niños robados, estoy seguro de que mi actuación pudo parecer sospechosa. Incluso entiendo que alimentó los rumores sobre mi posible paternidad, ya que en mis gestiones parece que sólo buscaba tenerla cerca de mí. Pero siempre defenderé que hice lo correcto. Todo lo que hice, si bien irregular, ilegal incluso, sólo estaba guiado por su bienestar. Y puedo decir que no me equivoqué. Juan Luis Rentería fue el primer amigo que tuve cuando vine a ocupar el puesto de párroco de la Iglesia de la Asunción. Juan Luis era lo que se dice, y lo digo sin asomo de ironía, un hombre bueno. Era un gigante de casi dos metros de estatura, capaz de

derribar a una vaca de un puñetazo, y no estoy exagerando, porque una vez pude presenciarlo, y que podía dar miedo si sólo lo conocías superficialmente, pues era excesivo en la manifestación de sus sentimientos. No se enfadaba casi nunca, pero cuando lo hacía se le hinchaban las venas del cuello y su rostro enrojecía y en ese momento lo que te pedía el cuerpo era salir corriendo. Pero ya te he dicho que apenas se enfadaba y aquellos accesos de ira, que sólo los provocaba la contemplación de algo que él calificaba de injusticia, duraban sólo unos instantes y jamás he visto que se tradujeran en violencia física, a lo más en algún grito, que retumbaba como un trueno. Sólo una vez le he visto realizar un acto violento, del que se arrepintió nada más realizarlo, el puñetazo que dio al animal y lo hizo para evitarse problemas. Era en los días en que apareció por estas tierras Jason Compson y despidió en una sola mañana a la mitad de la plantilla de la Papelera. Uno de los despedidos fue Juan Luis, y creo que fue el único que no se rebajó, que no se presentó ante aquella especie de ángel malvado venido desde Madrid, sino que se emborrachó cuando se enteró de lo que estaban haciendo sus compañeros y, por no matar de un puñetazo a Jason, prefirió golpear a aquella pobre vaca. Acabó en el calabozo por una noche, sin mayores consecuencias, ya que a pesar de su carácter indómito y de su independencia, como en el fondo era un pedazo de pan, ni siquiera la guardia civil le tenía en su punto de mira. Se disculpó ante el dueño de la vaca, y hasta se habría disculpado ante ésta si no hubiera muerto, pagó la indemnización y se construyó un futuro. Las pocas veces que hablaba del tema, casi agradecía a Jason que le hubiera despedido, pues le obligó a buscarse la vida y, dada su fortaleza, enseguida inició un negocio de tala de árboles que le funcionó de maravilla hasta su muerte. Algún día, si quieres, aunque no tenga nada que ver con la historia de tu amiga, porque cuando ella apareció, Jason ya había abandonado el valle unos años atrás, te cuento la historia de Jason y el valle y la historia de Jason y de Petra Arama. Si no te la cuento yo, alguien te la contará, porque lo que sucedió aquellos años, desde la llegada de Jason a finales de los 60, hasta su partida, más o menos coincidente con la muerte de Franco, forma parte esencial de las historias del Goierri y, en más de un sentido, ha marcado la historia y el carácter de sus gentes. Y está, además, en el origen de lo que te ha traído a nuestros valles, porque ya sé que no has venido tan sólo para conocer la historia de tu amiga, sino para encontrar al asesino de Ernesto Compson, hijo de Jason, el cual creo que acabó en esta tierra por ser hijo de quien era y yo no estaría del todo seguro de que su fin no tenga algo que ver con cuentas pendientes que dejara su padre cuando partió en 1.975 para nunca más volver. Pero hablar de Jason me llevaría demasiado tiempo, pues no puedo mencionar a Jason sin pensar en el Mal y en sus manifestaciones, y para contarte todo eso necesito mi tiempo”.

El anciano calló durante unos instantes y acercó sus manos temblorosas a la botella de sidra que ese día, al igual que el queso y el pan, volvía a ser el menú que los anfitriones ofrecieron a sus huéspedes. Se le adelantó Pello, que escanció la sidra en los vasos de los tres contertulios, quienes bebieron en silencio. La escena era casi

idéntica a la de unos días antes, ya que Pello Arruebarrena volvía a estar sentado a la derecha del anciano sacerdote y miraba en silencio hacia Itziar, que escuchaba sin interrupciones el largo monólogo de Muniategi. El único ruido que les acompañaba, aparte del de la conversación, provenía del telar en el que Karmele, incapaz de parar un momento, estaba trabajando.

“Hoy no vamos a hablar del Mal, sino casi de su antagonista. Estábamos hablando de Juan Luis Rentería, mi primer amigo en esta tierra, al que todavía echo de menos, y eso que desapareció de nuestras vidas, de la de Arantza y de la mía, hace más de veinte años. No sé qué habría sido de Arantza si no hubiera contado con la influencia benéfica de Juan Luis y de su mujer Dolores. Aunque antes de entrar en esa historia, la de la infancia de tu amiga, tengo que decir que tampoco sé lo que hubiera sido de mi vida si no llego a contar con esa amistad cuando me vine a esta tierra. Yo venía de Bizkaia y es, por tanto, difícil de explicar a quien no lo haya experimentado que, cuando llegué a este pueblo, la sensación de extrañeza fue tan pronunciada que, a punto, estuve de pedir otro destino, incluso fuera de Euskadi, ya que me sentí como si acabara de llegar de Murcia. Soy *euskadun*, hablo castellano, italiano e incluso latín, pero al principio no conseguía hacerme entender. Mi euskera les sonaba raro, eso me dijeron cuando ya me cogieron confianza, y yo no me atrevía a hablar en castellano fuera de los ambientes oficiales, pues observé que, cuando no estaban cerca de ningún funcionario, policía o autoridad, sólo eran capaces de expresarse en su lengua. En la confesión, las mujeres pasaban sin darse cuenta del castellano inicial al euskera, pues esa era su lengua y necesitaban hablarla para intentar describir los pecados y escrúpulos que las atormentaban, para mí muchas veces inexplicables por lo intrincado de los argumentos, incluso explicados en castellano, no digo ya en aquel euskera cerrado que hablaban entre ellos. Como te digo, la sensación de extrañeza era tan omnipresente en mi trato con estas gentes, que estuve a punto de tirar la toalla. Y no la tiré gracias a Juan Luis Rentería. Cuando llegué a principios de los 60, yo era un cura joven que, aunque nacido en Mungia, había vivido desde niño en el seminario de Derio. Venía, por tanto, de otro mundo. Te preguntarás cómo, tan joven y con la cantidad de curas guipuzcoanos que se ordenaban cada año, tuvo que ser un *bizkaino*, casi un urbanita, el que viniera a esta tierra. Eso es otra historia, que nos demoraría en exceso si la quieres conocer en detalle. Sólo te diré que vine a petición propia. Tras una experiencia negativa en Madrid, donde conocí los aspectos más sórdidos de mi Iglesia, decidí romper con aquella carrera que me habían prometido, pues comprobé que estaba plagada de obstáculos, trampas y dobleces, y vine aquí como quien busca una isla desierta para meditar y decidir, con tranquilidad, hacia dónde dirigir mi vida. El choque, como creo que ya empiezas a adivinar, fue brutal. Me sentí como si formara parte de las fuerzas de ocupación. Porque supongo que, siendo guipuzcoana, no te costará entender que en estos valles, aquellos años, sólo vivían los que aquí habían residido desde, si me apuras, la Edad Media y que los pocos que venían de fuera, eran en todos los casos integrantes de las fuerzas de ocupación: guardias civiles

chulescos, cuando no aficionados a la tortura, fascistas disfrazados de capitanes de empresa, políticos o sindicalistas, maestros nacionales con la consigna de arrancar de los cerebros de los niños, a los que martirizaban, el maldito vascuence, esa lengua que sólo hablaban los traidores, y jueces que se cuidaban de que esa legalidad extraña a esta tierra fuera respetada y temida, empleando a conciencia estrategias de tierra quemada. Y encima, el cura que les tocaba ni siquiera era del país y decía que hablaba vascuence, pero nadie le entendía. No me extraña, por tanto, que me consideraran un soldado más de los ejércitos de Franco.

Pero de todo ello me salvó Juan Luis. Un día se presentó en la parroquia, donde yo solía pasar la tarde, porque no me atrevía a moverme por el pueblo, ya que casi todas las miradas, al menos las de los hombres, eran hostiles. Juan Luis fue el primer varón que entró en la sacristía desde que yo estaba allí. Me impresionó su tamaño y su cordialidad. Habló en un castellano parco en palabras, para decirme que lo que estaban haciendo conmigo en el pueblo era indecente. Me obligó a vestir de calle y a salir por los bares, donde la conversación se desvanecía en cuanto entrábamos, como si se estuviera colando en sus casas un espía fascista. Pero Juan Luis obligaba a los parroquianos a aceptar mi dinero, pues se empeñó en que debía invitar a todos a una ronda. No me atreví a decirle que era pobre, y no como otros curas, que recibían de sus fieles múltiples donaciones. Pero mereció la pena aquella inmersión en el ambiente del pueblo. Pasaron de considerarme un espía a pensar que no era muy listo, pues mi euskera era feo y para ellos sonaba casi a castellano. Humildemente acepté sus lecciones y me los gané a todos. La misa de primera hora se me llenó de mujeres, no vayas a pensar que ellos iban a misa a diario, pero empezaron a permitir a sus esposas y hermanas que acudieran donde este pobre cura. Y todo este amor se lo debo a Juan Luis. ¿Se te ocurre, después de lo que te he contado, que pudiera haber un solo hombre en la tierra más digno de la misión que yo le quise encomendar y que él y su esposa anhelaban, es decir, el cuidado de un pequeño animal salvaje, delicado y hermoso, que tenía un temor reverencial, casi sagrado, hacia los hombres? Porque eso era Arantza, cuando a los ocho años se desprendió de su pasado, como si se desprendiera de la niebla que dejaba atrás, para confiar plenamente en un ser humano al que no conocía de nada pero al que alguien, para mí un ser misterioso, unos minutos antes había señalado delante de la niña como un hombre en el que se podía confiar. Como comprenderás, abrumado por esa responsabilidad, en esos días no pude casi dormir e hice más kilómetros para visitar oficinas y templos que en todo el resto de mi vida. Y estoy todavía orgulloso de lo que conseguí. Todo lo bueno, que creo que es mucho, que cualquiera pueda encontrar en Arantza, quizás no existiría si no fuera por los padres que yo le escogí. Y esas otras peculiaridades de su carácter, que estoy seguro de que a ti tampoco te gustan, o estaban ya grabadas en sus genes y eran por tanto casi imposibles de modificar, o alguien, un ser maligno del que quizás nunca oigamos hablar, se las imprimió de forma indeleble en esos ocho años que para nosotros siempre tendrán el carácter de “terra incognita”.

Cualquiera que me oiga hablar en estos términos y no conozca a Arantza pensará que estamos narrando los preparativos para la vida de una infanta real. Perdona mi entusiasmo, pero no puedo hablar de tales cosas sin este fervor. Aunque no vayas a pensar que, desde el día en que Dolores y Juan Luis se convirtieron en los padres de la niña, todo fue sobre ruedas y Arantza pasó, en unos pocos años, de ser un animal salvaje a convertirse en un modelo de perfección. No te llates a engaño, no he pretendido que llegues a esa conclusión falaz. Te he dicho, y lo mantendré ante cualquiera que me lo discuta, que mi amigo Rentería era el mejor de los hombres. Pero eso no significa que fuera el más inteligente y el mejor padre del mundo. Yo lo único que intenté conseguir para Arantza fue un amor incondicional, como el que yo mismo sentía por ella, y eso sí me lo garantizaban mis amigos.

Dolores era muy distinta de Juan Luis: era pequeña y tímida, pero cuando sonreía, sabías que podías confiar plenamente en ella. No sé quién de los dos, si mi amigo o ella, era el que no podía tener hijos, pero no creo que eso tenga la menor importancia. Ella quería un hijo, lo necesitaba, y él, que la amaba con toda la ternura de que era capaz, se entristecía cada vez que observaba las miradas de deseo de su esposa cuando tenía a la vista a cualquier bebé del pueblo. Por eso, cuando vimos esa mirada la primera vez que Dolores vio a Arantza, ni Juan Luis ni yo lo dudamos. Mi amigo, una vez que instalamos a Arantza en su casa, antes incluso de que fueran legalmente sus padres, entró por segunda vez en la sacristía, pues no había vuelto a pisarla desde aquel día en que vino a arrastrarme fuera de la iglesia, y se sentó, y aguardó a que me despojara de todos los ornamentos con los que celebraba la misa que justo acababa de concluir. Cuando me vio libre ya de la vestimenta, se levantó de la silla y con un gran temblor en la voz, usando un castellano algo más fluido de lo que era en él habitual, me expuso lo que quería decirme y creo que lo hizo a la perfección, todavía me emociono al recordarlo. Comenzó afirmando que no le cabía ninguna duda de que hasta ahora yo había considerado que estaba en deuda con él, aunque a él siempre le había parecido una tontería lo que había hecho para que el pueblo me aceptara. Por si era así, por si era como él se lo imaginaba, había venido a decirme que, después de lo que había hecho por ellos esos días, no había acción en el mundo, ni siquiera el sacrificio de la propia vida, que sirviera para pagar la deuda que habían contraído conmigo. Querían, él y su mujer, que lo supiera “y no se hable más”. Tras acabar con esas palabras salió de la sacristía como si se hubiera desatado un incendio, pero yo sabía que no soportaba que otro hombre le viera llorar”.

El padre Muniategi carraspeó. Pello escanció la sidra y los tres bebieron. El sacerdote aprovechó para probar el queso. Cerró los ojos para concentrarse más en el sabor, como si la intensidad del estímulo se acrecentara si se concentraba en uno solo de los sentidos. Parecía agotado, pero era una impresión engañosa, porque segundos más tarde, sin que Itziar ni los dos viejos amigos, Karmele y Pello, abrieran la boca, el anciano continuó con la historia y su voz sonaba firme y entregada.

“Como creo que ya he comentado, a pesar de que la elección de los padres de Arantza fue, en mi opinión, una decisión acertada, eso no significó que la niña no tuviera que atravesar un difícil e ingrato camino para llegar a tener lo que solemos considerar una vida normal. Los ocho años anteriores pesaban, ya lo creo que pesaban, y la labor de sus padres y la mía tuvo que ser casi heroica. No te voy a aburrir con los detalles, pero creo que comprenderás que tu amiga, en aquellos primeros años, no tenía nada que ver con una niña normal. Lo primero que llamaba la atención era que casi no hablaba. Poco a poco, según se fue convenciendo de la bondad y del amor incondicional que revelaban los que se convertirían en sus padres adoptivos, empezó a hablar, aunque jamás, en ningún momento de su infancia, preguntó, ni a sus padres ni a nadie, por aquello que podía ser una novedad para ella. Los niños, en esas edades, lo preguntan todo hasta el agotamiento y nos martirizan con repetidas preguntas sobre todo lo que observan, incluso por las causas de aquello que, o no tiene causa, o no sabemos cuál es. Arantza jamás preguntó nada. Parecía una niña sabia, que ya lo había visto todo desde la infancia, que ya conocía lo que era la muerte, también lo que era el sexo, jamás preguntó de dónde venían los niños, ni ninguna de esas cuestiones que a veces tanto incomodan a los padres. Como he dicho, parecía que no preguntaba porque ya sabía las respuestas, pero pronto nos dimos cuenta de que no era así. Tenía experiencia sobre muchas cosas que les estaban vedadas a los niños de su edad. Pero luego, asuntos de la vida normal con la que todos los niños estaban familiarizados, a ella le resultaban nuevos y llenos de misterio. Cuando eso ocurría aparentaba desinterés, pero yo estaba seguro de que le invadía la curiosidad, aunque era incapaz de demostrarlo, como si considerara que la ignorancia fuera una de las especies más bajas de la indignidad. Y otras veces, cuando experimentaba algo que para ella era nuevo e inexplicable, sólo sentía terror y también lo ocultaba. Sólo en una ocasión le vi llorar de miedo esos años y fue la primera vez que entró a un bar donde tenían funcionando una televisión. Oyó las voces de los locutores, miró con alarma hacia arriba, pues la pantalla estaba situada en una posición preeminente para que todos los parroquianos pudieran seguir los partidos de fútbol y el parte, y se puso a llorar, a llorar de miedo. La llevé fuera y le expliqué qué era lo que había visto. No se interesó por conocer el mecanismo, sólo me escuchó para convencerse de que no se trataba de un fenómeno peligroso, y así poder aceptar su existencia. Cuando entramos, no volvió el rostro en ningún momento hacia el aparato, como si negara su existencia, aunque lanzaba miradas a hurtadillas. Con el tiempo se aficionó a la televisión, y más todavía a las sesiones de cine que programábamos para los niños en la parroquia. Pero jamás preguntó nada. Aceptaba la existencia de las cosas, y aparentaba no interesarse por ellas, como si la curiosidad fuera la segunda especie de indignidad que más despreciara. Con estos antecedentes que te he mostrado, no te sorprenderá que afirme que la educación formal de Arantza resultó un acto heroico, que asumí de forma prioritaria. Lo primero que comprobé es que no sabía leer, ni en euskera ni en castellano. Podía realmente

haberse criado en medio de una manada de lobos, aunque esto es inexacto, pues también comprobé que, aunque no sabía leer, sí conocía la función de la lectura y de la escritura y estos fenómenos no la perturbaron, como sí lo hizo la televisión. Por lo tanto, hay que suponer que en la comunidad en la que se crio había personas que sabían leer y escribir, aunque a ella no la educaran, quizás porque sus padres fueran analfabetos, aunque cuesta concebir que unos padres, por muy incultos que sean, dejen que su hija llegue a los ocho años sin rudimento alguno de lectura o escritura. Arantza no distinguía una letra de otra, y no era un problema de incapacidad, ya que, en poco tiempo, la niña leía de corrido y escribía con gran corrección en las dos lenguas que conocía, por lo que quedó demostrado que estábamos ante una niña muy inteligente, criada en un medio hostil, sin amor ni interés alguno por su existencia, ya que no sólo no había asimilado los rudimentos culturales más elementales, sino que tampoco parecía haber conocido el verdadero afecto, más bien lo contrario, pues recibía con desconfianza cualquier intento de contacto físico, como si éste sólo pudiera servir para causar daño.

Una vez que aprendió a leer y a manejar las operaciones aritméticas básicas pensamos, sus padres y yo, que era el momento de que aprendiera también a convivir con niñas de su edad. Existía un colegio de monjas en Beasain, que ya ha desaparecido, que tenía fama de ser algo más liberal y tolerante que otros. En un mes nos devolvieron a la niña como si fuera mercancía averiada. Al parecer, no hacía sino pelearse con todas sus compañeras, abusaba de ellas y había entrado en una espiral peligrosa. No sólo era que sus compañeras no le tuvieran simpatía alguna, sino que estaban aterrorizadas, pues no era normal que una simple niña como era ella, cuando se enfadaba, usara la violencia física con más virulencia que los niños varones de más edad. Las monjas nos contaron que no sólo abusaba de las niñas y les robaba las chucherías y cualquier pertenencia, libros, lápices, horquillas para el pelo, que llamara su atención, sino que las pegaba e incluso salió victoriosa de peleas con más de un chaval mayor que se enfrentó a ella con la intención de vengar a alguna hermana maltratada. Nos insistieron en la idea de que era imposible que continuara en el colegio y que lo más inteligente por nuestra parte sería buscar alguna institución, un correccional o un internado, para evitar que aquella niña acabara convirtiéndose en una joven delincuente. Obviamente, la posibilidad de que Arantza se educara en un internado o en cualquier institución represiva no entraba ni en mis planes ni en los de sus padres. Alguien podrá decir que nos cegaba el cariño y que lo que íbamos a conseguir con nuestra actitud blanda y tolerante era criar a una bestia. No estoy de acuerdo: Arantza era una bestia y el castigo sólo habría servido para apartarla aún más de la humanidad. Y estaba seguro de que aquella niña de mirada triste y sonrisa artificial sólo podía reformarse con ayuda del amor. Por ello, tomé bajo mi responsabilidad la labor de educarla. Como ya lo he indicado antes, yo había experimentado el poder inmenso de la Iglesia en la España de Franco. Los primeros años tras la muerte del dictador este país seguía siendo suyo. Los alcaldes,

gobernadores, policías, todos se había formado en la dictadura. Y, como sabes, se emprendió, de todos los posibles caminos que podían escogerse con posterioridad a la muerte del general, el camino más tortuoso para llegar a la democracia. No hubo, no digo ya guillotina, ni siquiera una pequeña rendición de cuentas de todos aquellos prebostes que habían medrado a la sombra del dictador. Conservaron su poder, mantuvieron su riqueza y colonizaron los partidos que nacieron a la derecha de los socialistas con la anuencia de éstos. Por eso la Iglesia, sin necesidad de cambiar demasiado, con un simple maquillaje, todavía conservó por unos años su autoridad universal sobre estas tierras, que ahora por fin parece que empieza a declinar. No me vino mal ese poder para ayudar a Arantza, que pudo nacer donde le convenía, pudo crecer con unos padres que la amaban sin pisar un orfanato y pudo, también, tener una educación reglada y conseguir que le reconocieran el título de graduado escolar, sin prácticamente visitar una institución de enseñanza: sólo tuvo que examinarse por libre, y gracias a mi esfuerzo y a su inteligencia, no tuvo problemas para acceder al BUP, así se llamaba el bachillerato de la época, a la edad a la que llegaban todos los jóvenes.

Creo que el aislamiento fue necesario, precisamente para evitar que se apartara aún más de los hombres. Estoy seguro de que tú y todos sus amigos pensáis que Arantza es especial, y cuando utilizáis esa palabra no siempre la empleáis en sentido positivo. Pero, mal o bien, cuando tú la conociste, era una persona integrada en la sociedad y, estoy seguro, atractiva para muchos de sus conocidos. Podría decir que estoy orgulloso de ello, como si fuera mérito mío, pero, como verás, la suerte de Arantza estuvo más de una vez a punto de torcerse y fue el destino o Dios, si quieres creer en él, quien dispuso los sucesos o accidentes necesarios para que acabara convirtiéndose en la mujer que tú conoces y aprecias. En definitiva, de los ocho a los doce años Arantza vivió dentro de una burbuja. Procuramos que fuera una burbuja totalmente transparente, para que pudiera conocer, con el mayor detalle posible, el mundo que la circundaba. Pero también procuramos, ya que hasta entonces su vida no se había desarrollado por los carriles habituales, que primero conociera el mundo desde fuera, antes de lanzarla a él. Sí, sé lo que dirás, que la condenamos al aislamiento, le impedimos tener amigos y amigas de su edad, y eso es cierto. Pero el primer camino que escogimos, el de exponerla al mundo sin pertrecharla antes con un conocimiento suficiente de él, resultó un fracaso. Cuando la aislamos de los niños y niñas de su edad no pretendíamos que careciera de relaciones amistosas. Lo que hicimos fue prepararla para que entendiera lo que significaba la amistad y el amor, pues hasta ese momento, puedes creerme, lo único que había conocido de las relaciones entre los hombres, eran el ejercicio del poder y, por ello, cuando se enfrentó a los primeros problemas personales que tuvo que afrontar en la escuela con sus semejantes, sólo fue capaz de responder con violencia y con ira y, como resultado de su forma de comportamiento, no sólo no iba a cultivar amistad alguna, sino que la única relación que hubiera consolidado con sus coetáneos habría sido la de odio y

lucha por el poder, con la utilización de cualquier arma conocida, incluso aquellas que tachamos de ilegales. En una palabra, tal como era en aquel momento, Arantza no era más que carne de cañón. Y, dada su determinación e inteligencia, la única duda era saber cuál habría sido el camino transitado, si el que conducía a la soledad de un poder incontestable o el que la arrastrara a la cárcel o a una temprana muerte. Como comprenderás, nosotros, que tanto la queríamos, no nos íbamos a rendir.

En esos cuatro años conseguimos que se pusiera al día en todos los conocimientos que se suponía que tenían los niños de su edad. Creo que incluso estaba más preparada que la mayoría y eso lo había conseguido, como te he dicho antes, sin realizar ninguna pregunta y aparentando desinterés y apatía. Conseguimos también que experimentara el amor y en esa materia competimos los tres padres que tenía para ella sola, Juan Luis, Dolores y yo, tan distintos en la forma de manifestar nuestro cariño. También logramos que perdiera el temor hacia la gente, la desconfianza hacia el que quisiera tocarla o hablarla. Incluso tenía cierta simpatía por la mayoría de las *etxekoandres* que acudían a mi iglesia y miraba con interés a los amigos de su padre, por el que profesaba una admiración sin límites. No conozco nada de su vida sentimental adulta, pero apuesto a que su modelo de hombre han sido los gigantes cordiales pero testarudos, incapaces de actuar con doblez, tal como yo siempre he retratado a su padre. Creo también que conseguí que se interesara mínimamente por el mundo exterior a estos valles y creo que ha escogido la carrera adecuada para ella, pues siempre me ha parecido que era no sólo inteligente y aficionada a los misterios, sino provista de una idea casi veterotestamentaria de la justicia. Por cierto, ahora que menciono su sentido de la justicia, cercano al código del “ojo por ojo”, sin fisuras, creo que debo decirte que, en el tiempo en que la eduqué, observé algunos fenómenos extraños. Hablaba euskera y castellano con soltura, aunque ya te he dicho que hablaba poco y jamás preguntaba ni frecuentaba el placer de conversar por conversar. Como normalmente, cuando hablaba, lo hacía sumamente concentrada, no solía cometer deslices. Pero las pocas veces que se mostraba relajada, sobre todo al poco tiempo de entrar en nuestras vidas, se le llegó a escapar más de un vocablo extraño. Ninguna niña de su edad conocía la palabra “shalom”, el saludo judío. Y, alguna vez, cuando se atascaba con algún término en castellano, se le escapaba algún vocablo que parecía provenir del medievo, como si en algún momento hubiera coincidido con judíos sefardíes. Y también, aunque eso ocurrió menos, oí giros inexplicables en euskera, que transmitían también un sabor de antigüedad, como si le hubieran leído alguna prosa de Axular o Leizarraga. Esto te lo cuento así, incidentalmente, para anticiparte la teoría alocada, que tengo yo, sobre el período de la vida de Arantza anterior a aquel día en que surgió entre la niebla del invierno. Pero volvamos a su educación para el mundo. Todo iba bien. Creo que con un par de años más, habríamos conseguido una transfiguración completa del carácter y la naturaleza de nuestra protegida. Pero no pudo ser. Una noche, cuando Arantza contaba tan sólo doce años, volvió a quedarse huérfana de madre. Dolores murió sin avisar, parece que

tenía una malformación en una de las venas o arterias, no sé mucho de eso, un aneurisma lo llaman. Una noche ese aneurisma estalló y murió sin enterarse. Y la vida de los dos seres que más quería esa mujer buena y cariñosa, sufrió una revolución dolorosa y amarga, que pudo acabar mal. Pero esta etapa, la que va de los doce a los diecinueve años de Arantza, la dejo para otro día, porque soy incapaz de narrar en un solo acto la muerte de los dos seres que más he querido aparte de Arantza. Ahora mismo ya no sé ni qué decir, pues la pena por la muerte de Dolores me ha sacudido como si el suceso me lo acabaran de comunicar. Cada vez que cuento la muerte de mis amigos parece como si volvieran a morir ante mis ojos”.

ITZIAR

Alejandra Abascal y Suárez de Colmenar la esperaba en el bar del hotel, con una taza de café con leche. Se levantó en cuanto Itziar apareció por la puerta.

—Querida, encantada de conocerla. Le agradezco la deferencia que tiene conmigo —le dijo a modo de saludo, y le dio dos besos.

A la *ertzaina* le pareció estar hablando con una copia de Esperanza Aguirre, la misma combinación de orgullo de clase alta y trato llano y natural con los subordinados. La señora Compson aparentaba los años que tenía, cerca ya de los setenta, pero podía decirse que los llevaba con elegancia, perfectamente maquillada y como si hubiera abandonado la peluquería diez minutos antes. Itziar se preguntó si el hotel tendría ese servicio en las habitaciones.

—Señora —comenzó Itziar, tras el intercambio de besos y sonrisas, una vez que se sentaron alrededor de la mesa de desayuno— lamento terriblemente su pérdida. No puedo imaginar lo que debe de ser perder a un hijo de esta forma tan horrible.

—No se lo puede imaginar, ciertamente. Desde que me comunicaron la noticia tengo la sensación de que en este mundo estoy de más. Sólo espero que encuentren al culpable, que lo pague bien, aunque no me sirva para nada. Rezo todos los días porque eso ocurra cuanto antes. Pero, dígame ¿cómo avanza la investigación? ¿Tienen ustedes medios suficientes? Cuando me dijeron que lo llevaban ustedes y no la Guardia Civil, me ofrecí a ayudar económicamente en lo que hiciera falta y mi oferta sigue en pie. El dinero ha perdido todo valor para mí y quizás a ustedes les pueda venir bien.

—Gracias señora, pero no somos tan pobres.

—No he querido ofenderla.

—No se preocupe, usted bastante tiene con su pérdida. Pero esté tranquila. No pararemos hasta dar con el culpable.

—Tengo que reconocer que desde que lleva usted el caso estoy más tranquila. Tengo unos informes magníficos sobre su trayectoria profesional.

—¿Ah sí?

—Sí, tengo amistad con amigos de amigos de don Juan Manuel Olarizu. La resolución del caso de su nieto Jacobo fue modélica, según me han asegurado. Una pena lo de esa familia. No me extraña que el abuelo se muriera de pena. Un día te acuestas pensando que eres una familia respetada y al siguiente te despiertas con la noticia de que la mitad de tus parientes son unos degenerados. ¿Patético, no cree usted?

Itziar no se dignó contestar. Empezaba a divertirle la forma de enfocar los asuntos que tenía esa señorona. Menos mal que no estaba Arantza para mostrarle uno a uno los defectillos de su marido y de su hijo. Decidió no hacer ningún comentario. En el fondo la compadecía. En unos pocos años había perdido a los dos. Y, por lo que sabía ella, Ernesto era hijo único. Aguardó a que Alejandra continuara hablando. No tenía muy claro para qué había pedido aquel encuentro, aunque imaginaba que tan sólo era para imponerle su presencia, recordarle quién era y el interés que tenía en que la investigación discurriera con el empleo del máximo número de recursos posibles. Después de unos cuantos lugares comunes sobre la tierra y sobre el clima, tan húmedo en estos valles, Itziar decidió aprovechar el encuentro para sacar alguna información, aunque era consciente de que aquella señora sólo le mostraría la cara amable y brillante de su familia.

—Señora...

—Lámeme Alejandra, por favor.

—Alejandra, creo que sería útil para mi investigación conocer su versión de los hechos. Por lo que he averiguado, su marido trabajó uno años en Beasain, a finales de los 60, si no me equivoco.

—Está usted en lo cierto, Jason era ingeniero, un gran ingeniero. Mi padre tenía aquí una empresa, Papelera del Goierri, que estaba dándole muchos problemas. Y decidió que Jason era la persona idónea para resolverlos. Problemas de costos, creo que eran.

—¿Qué tipo de costos?

—De tipo humano, creo. No conozco los detalles, pero en la empresa habían medrado algunos indeseables que pretendían subidas de sueldo absolutamente desproporcionadas, que ponían en riesgo la continuidad de la empresa y mi padre necesitaba una persona que fuera capaz de lidiar con los problemas de tipo técnico, pero también humano, que se habían planteado. Y creo que mi marido resolvió todas las dificultades a la perfección.

—Usted no le acompañó esos años.

—No, por favor, no se puede imaginar cómo era esto en los años 60. No parecía el sitio adecuado para mí, sobre todo cuando decidimos ampliar la familia y quedé esperando a Ernesto. No, definitivamente, no había colegios aquí como para mi hijo.

—Pero su marido estuvo aquí unos cuantos años.

—Bueno, el problema de los costos lo solucionó en un tiempo relativamente breve. Pero luego convenció a mi padre de que la empresa podía modernizarse y abrirse al mercado exterior y éste decidió que Jason era la persona idónea para gestionar el plan. Mi marido estaba entusiasmado, pero que conste que lo de aquí solo era trabajo. Jason estaba encantado viviendo en Madrid y estaba con nosotros todo el tiempo que la marcha de los negocios le permitía. Como decía, “es una pena que no pueda trasladar toda la empresa, en bloque, al Manzanares o al Jarama”. Pero tuvo que ser así, y no quedaba otro remedio que resignarse.

—¿Y qué ocurrió en 1.975? ¿Por qué Jason abandonó el Goierri en esa fecha?

—Mi padre decidió vender la empresa. Creo que fue un gran negocio. Jason había conseguido convertir a la papelería en una empresa puntera, pero tenía ganas de volver con nosotros. Y mi padre pensó que era mejor vender, aprovechar todo el valor que se había generado. Y desde entonces, mi marido jamás volvió por esta tierra.

—¿Cómo se explica entonces lo de su hijo, el hecho que decidiera fundar su comunidad en esta tierra?

—Ya.

Alejandra cambió el gesto. Se le notó contrariada por la pregunta. Hasta ahora no había soltado más que una sarta de falsedades embellecedoras sobre su marido y su estancia aquí. No tendría idea de todo lo que Itziar sabía por Aureliano. Pero ahora no sabía justificar lo de su hijo.

—Mire usted. Mi marido era una persona maravillosa, pero fue siempre muy duro y exigente en cuanto a la educación de Ernesto se refiere. Y éste tuvo una reacción, quizás desproporcionada, pero lógica, o así lo entiendo yo. Jason quería que su hijo estudiara alguna especialidad de ingeniería y Ernesto se fue al otro extremo y decidió estudiar políticas. Y encima se convirtió en un revolucionario, por una especie de idealismo mal planteado. Porque usted ya sabrá que somos gente de dinero.

—Sí, ya lo imagino.

—Y yo siempre le decía: “Si quieres ayudar a los pobres me parece muy loable. Para eso tienes a la Iglesia. Colabora con Cáritas o con las parroquias”. Y él me decía: “Mamá, eso es el chocolate del loro. Hay que cambiar el sistema”. Esto le hizo chocar con su padre. Y se distanciaron. Menos mal que por lo menos no acabó en uno de esos partidos ateos, marxistas o comunistas. Después de todo, la idea de una Comunidad de la Tierra se parece a lo que imagino yo que serían los primeros cristianos ¿no?

—Sí, puede verse así. Pero eso no explica por qué eligió esta tierra.

—Mire, ya le he dicho que hubo un momento en que padre e hijo se distanciaron. Pero entonces Jason sufrió un ictus que casi lo mata. Lo único positivo fue que Ernesto volvió y se portó como un hijo.

—¿Y Jason le habló de esta tierra? ¿Tenía añoranza por ella, quizás?

—Añoranza; tanto como eso no diría. Pero sí le quedó buen recuerdo. Siempre decía, y perdóneme por la expresión, que aquí había conocido gente muy primitiva, cercana al origen, a la creación. Supongo que esto inspiraría a mi hijo, no sé; yo no asistí a esas conversaciones. Pero me alegró el acercamiento. Por lo menos me queda eso: el recuerdo de un padre y un hijo unidos, proyectando algo juntos. De alguna manera, eso me consuela.

Decidió dar por terminada la reunión. Alejandra le comunicó que iba a estar por el pueblo unos días y que debían quedar para despedirse.

—Y confío en usted, hija. No falle a una madre, por favor.

Itziar pensó que esta última frase era una de las pocas afirmaciones sinceras de toda la conversación.

ARANTZA

Muesca le había conseguido buen material, lo notó en cuanto la sustancia entró en ella. Paz, relajación, olvido, bienestar. No se engañaba, ella sabía que no controlaba. Ya sólo vivía para la sustancia. También sabía que no podía durar. Primero dejó la universidad, luego dejó el piso, luego la comida. Todo lo que su aita le enviaba era para la sustancia. Iba donde las monjas y tomaba una sopa, a veces algo de leche y era suficiente. Para dormir no había problemas. Cuidaba de guardar alguna moneda para telefonar a casa. A veces le costaba concentrarse: debía recordar el nombre de sus compañeras de piso, las asignaturas de primero. Debía recordar que era feliz. Pobre aita ¡qué coño!, ¡pobre Arantza! ¿Por qué no podía olvidar? ¿Por qué aquella humillación se le presentaba todas las noches como si fuera un reptil silencioso, una serpiente de piel fría y viscosa, que le recorría la espalda y los glúteos hasta que la náusea le invadía la garganta y tenía que reprimirse para no gritar?, ¿cómo iba a estudiar así? El caso es que durante un tiempo vivió en el pueblo como si aquello no hubiera tenido lugar, como si la voz oscura, llena de deseo, no hubiese pronunciado las palabras malditas: “¡Calla, zorra, y ábrete de una puta vez!”. ¿Por qué se había abierto? ¿Por qué apoyó las palmas de las manos y las rodillas en el suelo y luego separó éstas todo lo que pudo para que él entrara? “¡A lo perro, zorra, a lo perro!”. Su cuerpo temblaba al recordar, la serpiente fría y viscosa le recorría los glúteos y el sexo y la espalda y la voz ansiosa, susurrante, maligna, no le dejaba dormir, no le dejaba escuchar, no podía hacer nada para que la voz cesara, porque no estaba fuera, provenía de su interior, parecía venir de su vientre: “¡Calla, zorra, y ábrete de una puta vez!”.

Hasta que descubrió la sustancia. Era como un clic. Se pinchaba y el interruptor funcionaba. Se sentía flotar en un líquido denso y acogedor, donde la voz se apagaba y llegaba la paz. Y el efecto de la sustancia, el placer que experimentaba, iba decreciendo, como sabía que les pasaba a todos los adictos, pero lo importante no era el placer, era el silencio en el que flotaba como si el silencio fuera un líquido espeso que impidiera viajar a la voz. Aprendió a administrar la sustancia y, gracias a su experiencia, la voz, la humillación, el miedo y el dolor no volvían más que muy amortiguados y entonces resultaban soportables. Porque lo que la volvía loca de rabia y de dolor era la voz, el placer a costa de su ignominia que aquella voz sabía reflejar: “¡Calla, zorra, y ábrete de una puta vez!”.

La primera vez que la voz la interpeló, en el pueblo, a los pocos meses de que las palabras malditas fueran pronunciadas, no sabía lo que era la sustancia, pero por entonces tenía a mano la venganza. Benjamín se presentó en cuanto ella colocó las

señales en el *baserri*. La escuchó con atención y le habló de justicia, no de venganza. A ella no le importaban las palabras, sólo quería acallar la voz, olvidar la ignominia. Benjamín no le dijo cómo podía acallar la voz, pero la ayudó. Puso límites a sus intenciones y quizás por ello la voz sólo calló mientras ella habitó en el valle. Si la hubiera dejado continuar hasta el final la voz no habría vuelto. Pero ahora no importaba. Mientras existiera la sustancia, y por lo que ella sabía la sustancia existiría siempre, no tendría problemas para hacer callar a la voz.

Se quedó adormilada, como un niño feliz. Unos golpes en la cara la sacaron bruscamente del sueño y la voz volvió. No se atrevía a abrir los ojos, pues, al contrario que las otras veces, la voz parecía provenir del exterior.

—¡Arantza! ¡Despierta!

La voz era del padre. ¿Cómo era posible?

—Arantza, tienes que volver —la voz del padre sonaba encolerizada, pero Arantza la recibió con alegría, aunque no acababa de entender cómo el sacerdote estaba allí, con ella. Intentó concentrarse, porque en ese momento se dio cuenta de que algo muy grave tenía que estar sucediendo.

—¡Dios! Así no te puedes presentar donde tu aita. No podemos perder más tiempo. Tu aita se está muriendo y no puede verte así.

ITZIAR

La familia de Ane Bengoetxea vivía en la calle Elkano de Ordizia. Itziar e Idoia habían llamado el día anterior y habían concertado una cita para las once de la mañana. La madre de Ane les dijo que estarían ella y su marido, pero que la hija tenía que asistir al instituto. Decidieron acercarse, a pesar de todo. Les abrió la puerta una mujer, no muy mayor, pero con signos claros de envejecimiento. El marido les esperaba sentado en un sillón orejero al fondo del salón y saludó sin una sonrisa y no hizo ademán alguno de levantarse a recibirlas.

—*Egun on, gizon eta andrea.*

—*Egun on*, agentes, ustedes dirán.

Idoia inició la conversación recordando que dos días antes habían presentado una denuncia contra Tasio, el padre de Ane, por haber destrozado el parabrisas de una de las furgonetas de la Comunidad de la Tierra.

—Ya dije que lo pagaría. Más me han destrozado ellos, cabrones —empezó a gritar.

—Cálmese Tasio, puede contarnos lo que quiera, pero cálmese ¿qué fue a hacer usted allí?

—A recuperar a mi hija, ¡ondia! ¿Qué esperan que haga un padre? ¡Me cago en diez! Pero está como tonta, la han hipnotizado o algo así.

—Mire, Tasio, entendemos que para usted no es plato de gusto, pero su hija es mayor de edad y ha decidido que quiere vivir en la comunidad. Tienen los permisos en regla y nadie va a intentar desalojarlos de allí —le contestó Idoia.

—Ya, y ¿tengo que esperar a que maten a mi hija? ¿No ve que están locos? Han matado al jefe. Y se acabarán matando entre ellos.

—Oiga, no sabemos quién ha matado a Ernesto. Ni siquiera lo mataron cerca de la Comunidad sino a bastantes kilómetros de allí.

—Ya, en su picadero.

—¿Piensa usted que estaba allí citado con una mujer?

—¿Qué iba a hacer allí si no? Era un follador loco. Lo tiene bien empleado. No he sido yo, pero no me extrañaría que hubiera sido el padre de alguna otra niña. Le gustaban muy jóvenes al hijo puta y siempre buscaba fuera de casa.

—Entonces ¿no piensa que han sido los de la comunidad?

—Y yo que sé. Por falta de ganas no será. Pudo haber sido más de uno del pueblo. Pregunte por ahí. Iba todo elegante con esa cojo-moto americana. Y a las tontas de nuestras hijas se les caían la baba y las bragas.

—¡Tasio, por favor! —intervino la mujer.

—Ni Tasio ni pollas. Yo no he sido, pero sepan que me alegro mucho de lo que ha pasado. Y espero que esos indeseables se vayan de aquí cuanto antes.

Itziar vio que de allí no podrían sacar nada más. Tasio no tenía coartada para aquellos dos días. Es más, era uno de los sospechosos principales, porque Idoia ya sabía por los viejos del pueblo que estaba como obsesionado y subía muchas veces a merodear por las cercanías de la Comunidad, para ver a su hija, imaginaban. Pero Itziar, a pesar de ello, no acababa de convencerse de que Tasio pudiera ser el asesino.

Idoia también le había informado de que tenía permiso de armas, porque era cazador. Seguro que tenía algún cuchillo de monte. Se lo pidieron y la mujer trajo uno del fondo del pasillo y lo entregó voluntariamente a las *ertzainas*.

Tasio se rio.

—Miren a la mujer. Se diría que tiene una confianza ciega en mí. O que quiere librarse de este viejo, cualquiera sabe.

—¡Tasio! —la mujer le rio la gracia.

Se despidieron de la pareja. Itziar salió con la certeza de que allí no se encontraba el asesino. Pero no deberían descartarlo. Más de una vez en su carrera, se había llevado una sorpresa. Sopesó si merecía la pena citar a la hija para que declarara. Pero como era menor y no veía claro que tuviera nada que aportar, lo desechó por el momento.

P. MUNIATEGI

Habían pasado ya unos días desde que el sacerdote contó que viera morir ante sus ojos a su querida Dolores y, superado el duelo que necesitó experimentar, como él mismo decía, mandó recado para que Itziar se acercara por la casa natal de Iztueta a escuchar el final de la historia de su amiga.

“Porque nos estamos acercando al final de mi historia, porque, aunque no he vuelto a ver a mi pequeña desde hace ya casi 25 años y eso me duele, no quiere decir que no sepa de ella. A veces me llama y dice que me quiere y siempre me espera un buen regalo el día de Reyes, unas veces ha sido una pluma, otras un libro lujoso que no sé nunca dónde ha podido encontrarlo y lo hace sólo porque sabe que esos detalles me gustan, cuando a ella le aburren. No me atrevo a decirle que nada valen esos regalos comparados con la alegría que me daría con su sola presencia, pero no quiero obligarla. Y, como ya te anticipé, mi amor por ella, al igual que lo era el de mis amigos, sus padres, es incondicional y nunca flaqueará. Sé que nunca pisa esta tierra. Una vez, sin que yo se lo pidiera, se disculpó y me dijo que jamás, desde que su padre muriera, había vuelto por el pueblo, como intentando explicarme por qué nunca ha venido a verme. No sé qué hay dentro de su cabeza, tuve que reprimirme para no decirle, fue hace unos años cuando me lo planteó, que yo no era tan viejo, que había autobuses que te llevaban hasta el centro del mismísimo Bilbao. Seguro que tú misma estás pensando ahora por qué yo, sin avisar, no he cogido uno de esos autobuses y me he plantado en su casa de Sestao para una visita sorpresa. Pero ya sabes la respuesta, pues tú y tus amigos habéis pasado por la misma experiencia. No lo hago porque temo la reacción de Arantza, un temor irracional pero que tú entiendes perfectamente, ya que seguro también lo has sentido. El día que nos conocimos lo dijiste. Has necesitado todos estos años para atreverte a indagar en el pasado de tu amiga y nunca lo habrías hecho si no fuera por ese enfado, ese cabreo monumental que sientes hacia ella y que te permite, por una vez, desobedecer esa regla, nunca explicitada, pero no por ello menos clara, que Arantza nos impone: “Jamás, pero jamás te digo, preguntes por mi pasado, por mi origen, por lo que he dejado atrás”.

En definitiva, lo que espero hoy de ti es un intercambio. Una vez que te cuente lo que fue la vida de Arantza hasta la muerte de mi amigo Juan Luis, espero que me informes de cómo es Arantza en la actualidad, qué amigos tiene aparte de ti. Sobre tu existencia algo sabía, porque cuando hablamos, por hablar de algo, me cuenta los casos en que está embarcada y ahí siempre apareces tú. Y también surgieron Iñigo y Jon, Antxe y Amaia y algunos otros nombres de compañeros vuestros. Pero no he llegado a enterarme, hasta que tú viniste, de la muerte de vuestros amigos, a pesar de

que he hablado al menos una vez con ella desde entonces. Tuvo que ser terrible. Ayuda a Arantza todo lo que puedas, por favor, esas muertes, estoy seguro, van a tener consecuencias, y no me atrevo a imaginar qué tipo de consecuencias”.

Itizar asintió con la cabeza y los tres contertulios mantuvieron un silencio respetuoso, en recuerdo de los muertos recientes. Pasados unos minutos, en los que el único sonido en la casa provenía del telar en el que trabajaba Karmele de forma incansable, Muniategi decidió continuar con el relato que culminaría en la muerte de su amigo Juan Luis Rentería.

“Como ya te conté el último día, Arantza volvió a quedarse sin madre. No sé cómo fue la primera, no sé si lloró por ella cuando desapareció de su vida, pero sí puedo decirte que la muerte de Dolores fue para Arantza como un terremoto interior, complicado de controlar, que coincidió con esa edad en que las niñas pasan a convertirse en mujeres. Creo, supongo, porque nunca lo supe a ciencia cierta, como tampoco lo supo su padre, que Arantza tuvo, por esa época, su primera menstruación. Normalmente, a esta edad, la experiencia de una madre es fundamental y, como comprenderás, ni su padre ni yo éramos las personas idóneas para tratar el tema. De hecho, no lo tratamos en absoluto. Si tuviéramos que juzgar por el conocimiento o las conversaciones que pudimos tener tanto su padre como yo sobre el tema con ella debería afirmar que Arantza todavía no ha sufrido la experiencia de su primera sangre. Jamás, puedo asegurarlo, se dirigió Arantza a su padre ni, posiblemente, a nadie, para que le ayudara o le explicara lo que le estaba ocurriendo. Tengo que pensar que, en algún momento, se dirigió a alguna mujer para que le orientara al menos sobre lo que tenía que utilizar cuando le sobrevenían las hemorragias mensuales. Una sola vez, ahora lo recuerdo, hablamos su padre y yo entre nosotros, los dos nerviosos y molestos, como si estuviéramos refiriéndonos a fenómenos degradantes e incluso malolientes, de los que jamás se habla y no llegamos a tomar ninguna determinación que pudiera ayudar a la niña. Lo único que sé es que su padre dejaba en un cajón, sin mencionarlo en absoluto, un dinero todos los meses, que Arantza gastaba, y del que suponemos que tiraría para comprar las compresas o lo que ella consideraba que debía usar para ello. Como puedes ver, en esa casa el tabú era algo habitual y afectaba en más de un sentido a las relaciones entre padre e hija. Tabú fue y sigue siendo el pasado y el origen de la niña, tabú fue el hacerse mujer, incluso tabú fue el amor que se tenían padre e hija, el cual parecía haberse esfumado tras la muerte de Dolores, si hemos de juzgar por las manifestaciones de su padre durante los años siguientes, aunque yo fui testigo de que eso no era verdad, de que ese amor violento y callado entre ellos, que a veces los envenenaba, estalló como una bomba de gran potencia, en toda su intensidad, en los días finales. Pero no quiero anticiparme, ya te contaré cómo fueron los días finales a su debido tiempo. Ahora me centraré en los meses, tan difíciles, que sucedieron a la muerte de la madre, de la esposa, de mi amiga Dolores. ¡Cuánto sufrimos los tres por aquellos días! Pero ese sufrimiento no nos unió, al contrario, más bien levantó una barrera entre nosotros,

que yo juzgo que tuvo su causa en la enormidad del dolor, que provocó que también la muerte del ser querido se convirtiera en tabú, otro más, en aquella familia. La muerte de Dolores nos sobrevino sin preparación alguna, sin ningún signo premonitorio que quizás nos habría permitido una adaptación al sufrimiento. Y cada uno lo tomamos de forma diferente. Arantza volvió a su mutismo inquietante, del que su padre intentaba alguna vez arrancarla a gritos sin resultado alguno. Aunque, según me confiaba Juan Luis, los gritos resultaban beneficiosos en el fondo, ya que se continuaban en el llanto y en abrazos entre padre e hija, de tal forma que volvían a unirse y a recordarse, uno a otro, cuánto se querían. Juan Luis venía por aquella época todas las tardes a la sacristía, él, quien jamás pisaba la iglesia, ni siquiera en los funerales, y se demoraba en sus visitas, hablando casi siempre en euskera, lengua en la que era algo más elocuente, recordando con minucia cada gesto de las rutinas de Dolores durante los años que vivieron juntos, como si ese narrar la vida de su compañera paso a paso fuera la única vía que había encontrado para resucitarla. A menudo hablábamos de Arantza y lo hacíamos con temor, y los dos conveníamos en que la muerte de la madre había sobrevenido con excesivo adelanto, nunca es pronto para la muerte de una madre, pero Juan Luis reprochaba a Dios y casi lo insultaba, allí, en la casa del Señor, por no haber esperado al menos un par de años más, porque entonces creía, y yo también lo pensaba, que todo nuestro esfuerzo iba a ser vano y Arantza terminaría convirtiéndose en una delincuente desgraciada y feroz. ¿Cómo podíamos impedir aquello? Aquel tema, al que nuestras conversaciones imprimían un tono casi filosófico, llenaba las horas de sus visitas y servía para apartarnos del recuerdo constante de la amada Dolores, de tal forma que el dolor que sentíamos por un hecho ya sucedido y, por tanto, irremediable, se sustituía por otro sufrimiento, quizás todavía más dañoso, causado por un evento futuro que temíamos fuera imposible de evitar. Todas las mañanas me ocupaba de la educación de Arantza. Al menos en este apartado no hubo retrocesos. La niña atendía impávida a mis enseñanzas, pero era claro que lo absorbía todo, pues no falló en ninguno de los exámenes de final de curso que debía superar para conseguir el título de graduado escolar. Durante ese período, hasta que hubo que llevarla a estudiar Bachillerato al Instituto de Beasain, siguió aislada y no parecía echar de menos el contacto con otros niños, algo que ya empezaba a preocuparnos. Durante esos años tenía algún trato superficial con otros alumnos cuando acudía a una academia de inglés. Ya no se enfrentaba a los demás, pero no hacía amigos. Aunque a mí lo que más me preocupaba era la aparente falta de duelo que parecía darse en su interior. Jamás hablaba de Dolores, que se convirtió en otro tabú más en nuestras conversaciones. Pero yo no me atrevía a hablar de ello, y su padre menos, pues temíamos un estallido irrefrenable por su parte. Y así somos los hombres, seguro que vosotras las mujeres pensáis que nos ponemos una venda y tiramos para adelante, hasta que todo explote, confiando en que esto último no ocurra.

Hay que decir que tuvimos mucha suerte. Arantza empezó en el Instituto y, poco a poco, conoció a chavales y chavalas de su edad y empezó a salir, lo que provocó las primeras grescas con su padre. Yo no me inquieté, pues esto era lo natural, lo que tocaba a su edad, pero a Juan Luis le costaba un triunfo mantenerse sereno y necesitaba a su mujer, no sólo por todo lo que la quería, sino porque estaba seguro de que ella habría sabido cómo actuar con la hija, o al menos eso es lo que repetía mi amigo todas las tardes en la sacristía. Cuando ya nos aburríamos de hablar de lo mismo y de lamentarnos, salíamos a la noche de Ordizia a tomar unos *txikitos*. Entonces empecé a entender yo por qué tantos hombres tienen esa costumbre. Cuando están con los amigos tomando unos vinos están en una burbuja protectora que los aísla de mujeres, hijos, trabajo o cualquier otra responsabilidad, se sienten como niños y son felices. Así me sentía yo, al menos aquellos años, eran los únicos momentos del día en que me olvidaba de Arantza y sus problemas. Parece que, en el fondo, todos los hombres tenemos algo de Peter Pan, de ese deseo de volver a una infancia donde no hemos de resolver esos problemas sentimentales que tan mal manejamos, a diferencia de las mujeres, y por eso existe el mus y los *txikitos* y el fútbol, para que tengamos durante unas horas algo que nos recuerde al paraíso perdido de la infancia, el reino de la irresponsabilidad ignorante y feliz.

Como he dicho, Arantza parecía por fin integrarse en la vida normal de una adolescente, que tenía la suerte de poder dedicarse a estudiar en el Instituto y con el horizonte de una carrera universitaria por delante. Pero no debes olvidar de qué años hablamos y dónde nos encontramos. En los ochenta, al fin, las fuerzas de represión parecían replegarse. Hubo elecciones, los partidos se legalizaron y parecía que quedaba atrás la dictadura de Franco. Pero en este país, como ya sabes, mucha gente no estuvo de acuerdo con esta visión idílica de la Transición, y en parte hay que decir que tenían razón. En estos pueblos triunfó la tesis de que nada había cambiado, que todo era un puro maquillaje, y que Euskal Herria seguía igual de esclavizada. Recuerda las consecuencias de esa percepción existente entre nuestras gentes. Fueron años de cientos de muertos, la mayoría militares, policías y guardias civiles. Y la reacción de las fuerzas del Estado a la agresión de ETA parecía darles la razón. Creo que nunca se torturó más que en esos años. Y hasta un partido democrático y antifascista como era el PSOE se dejó envolver en la espiral acción-reacción-acción, así la llamaban, y hasta se involucró en el terrorismo de Estado. ¿Qué cabía esperar en ese ambiente? Todos los jóvenes de estos valles, al menos los más idealistas y los más valientes, entraron en la organización. Arantza también. Por suerte, era muy joven, tendría unos 16 años cuando sufrió ese sarampión revolucionario. Y no pasó de repartir pasquines, participar en manifestaciones y reunirse con otros chavales para estudiar la historia de su pueblo, de esa colonia que debería liberarse de inmediato de la opresión española. Arantza empezó a mirarnos a su padre y a mí como a dos burgueses cómplices del colonialismo.

Tengo que decir que Arantza actuaba como cualquier adolescente de su época y, además, en muchas cuestiones, estos jóvenes revolucionarios tenían razón. El problema fue que la elección vital que acabaron haciendo muchos de ellos de buena fe, por la guerrilla, no podía tener final feliz. Intento recordar quiénes formaban parte de aquel grupo de jóvenes entre los que militaba Arantza. Los que más suerte han tenido están ahora alcoholizados, formando parte de ese ejército de *txikiteros* que se mueven como rebaños de bar en bar en Beasain. Un par de ellos entró en prisión en los 90 y creo que siguen allí, ya que tienen varias muertes en su historial. Y los que recuerdo más puros, más valientes, más atractivos, habitan hace mucho en los panteones familiares de los cementerios del valle. ¿Por qué Arantza no acabó como ellos, sino que se convirtió en policía, integrante de lo que ellos en esa etapa de su vida denominaron cipayos? No sé contestarte, pues Arantza era valiente y extrema y lo lógico era que hubiese terminado en el frente, convertida en jefa de algún comando. Pero no ocurrió así porque, poco antes de que acabara sus estudios en Beasain, se apartó de forma definitiva de toda la cuadrilla que he mencionado. No supimos la causa. Lo único que pudo ver Juan Luis es que un día volvió a casa con la camiseta rota y un fuerte golpe en la mejilla. Mi amigo pensó que habrían tenido una trifulca con la policía o con los guardias, pues acudía constantemente a todas las manifestaciones. Por aquella época se celebraron elecciones y estuvo especialmente activa. No quiso contar nada. Aceptó el castigo que le impuso su padre sin ningún comentario, algo que nos extrañó a los dos y no salió de casa en las siguientes dos semanas. Y lo más sorprendente fue que tampoco salió mucho desde aquel día. Iba al instituto, estudiaba y volvió a sumergirse en un lúgubre mutismo. La política desapareció de su vida. Pensamos entonces que quizás la pelea no la tuvo con las fuerzas del orden sino con sus compañeros, pero jamás nos contó nada. Se dedicó a estudiar, a veces daba una vuelta sin indicar si se acercaba a Beasain o se quedaba en Ordizia y aprobó la Selectividad con notas brillantes. Comunicó a su padre que quería estudiar Economía en Bilbao. Mi amigo estaba orgullísimo, no sabía que estaba en ese momento perdiendo a su hija. Creemos que se matriculó en Sarriko y quizás empezara a ir a clase. Supimos que vivía en un piso por Iturribide, en el Casco Viejo, pero no supimos mucho más. Volvió por Navidades. La vi muy desmejorada, pálida, ojerosa y muy delgada, encerrada en un mutismo casi desdeñoso, creo que fueron las peores Navidades de mi amigo. Después de Reyes, volvió para Bilbao y ni Juan Luis ni yo nos atrevimos a decir nada. Sé que a veces telefoneaba a su padre y hablaban un minuto o dos. Sospecho que no pisaba la Facultad. Su padre tuvo que enfermar gravemente para que Arantza diera señales de vida. Eso ocurrió en mayo. Desde enero, con la excusa de que los estudios le ocupaban todo su tiempo, no vino al pueblo ni una sola vez. Mi amigo estaba desesperado, pero no sabía qué hacer. Sólo repetía que la estaba perdiendo y no conocía la razón. Tuvo que enfermar para recuperarla. Y nunca una enfermedad mortal como la que le descubrieron tuvo unas consecuencias tan positivas, y proporcionó paradójicamente tanta felicidad. En abril

el padre de Arantza comenzó a sentirse mal. Vomitaba con frecuencia, soportaba un dolor sordo en el costado que no conseguía eliminar en forma alguna. Al principio pensamos que podían ser consecuencias del sufrimiento y la pena que le producía la actitud de su hija. Pero el médico solicitó una prueba, por si acaso, dijo, para descartar ciertas dolencias. La prueba confirmó los temores del doctor. Era cáncer de páncreas y no le podían garantizar más allá de tres meses de vida.

En cuanto se confirmó el diagnóstico no esperé a que Arantza telefonara a su padre, una de esas llamadas que cada vez se distanciaban más en el tiempo, pues Juan Luis era capaz de no decirle nada. Sabía su dirección de Iturribide, cogí un autobús por la mañana y para el mediodía ya sabía que hacía meses que no vivía con las amigas de las que hablaba a su padre. Me costó sacarles la verdad, tuve que asegurarles que su padre agonizaba para que me lo confesaran y les arranqué una dirección en Bilbao la Vieja. No sé si sabes hasta donde había caído Arantza para entonces. ¿Te lo ha contado? Me ahorro entonces los detalles, porque todavía tiemblo de miedo cada vez que recuerdo dónde la encontré y en qué estado, sólo decirte que le arreé unos sopapos y prácticamente la secuestre. Tuvo que pasar el mono, ya para entonces decidió colaborar con todas sus fuerzas, pues yo le exageré el asunto y le dije que a su padre no le quedaba ni un mes de vida. Necesité algo más de una semana para conseguir que Arantza se presentara con un aspecto aceptable. En realidad, la enfermedad fue milagrosa. Salvó a Arantza y la convirtió en la mujer que tú has conocido cuando, en aquel momento, era candidata a ocupar en pocos meses alguna tumba sin nombre.

No me voy a alargar con la agonía de Juan Luis, porque, como ya te dije, cuando hablo de su muerte, es como si volviera a morir ante mis ojos. También he de decir que, así como su muerte siempre ha significado para mi memoria una tragedia que me acompaña todas las noches, su larga agonía, los tres meses que pude presenciar, fueron, tanto para él como para mí, y creo que incluso para Arantza, un período de paz, incluso de felicidad. Como me confesó en algún momento mi amigo, no le habría importado que aquella agonía, a pesar de los terribles dolores que no siempre la morfina conseguía eliminar y a pesar de los momentos de náuseas y vómitos que cada vez eran más frecuentes, hubiera durado varios años, porque en aquellos meses su hija querida no se apartó un momento de su presencia. Habíamos conseguido una habitación doble en el hospital y Arantza, desde el primer momento, impuso sus condiciones: ella viviría allí, porque, como me dijo en un aparte, no quería malgastar un minuto de su vida en dedicarse a cosas en las que su padre no pudiera estar presente. Parece exagerado lo que estoy diciendo, pero te confirmo que tu amiga cumplió con lo que se había propuesto. Y no sólo estuvo siempre, en todo momento, a escasos metros de su padre, de tal manera que los médicos y yo temimos que pudiera enfermar, sino que habló y habló sin parar para un padre embobado, que la miraba con una sonrisa beatífica, orgulloso como creo que ningún otro padre haya podido estar de su hija y, además, en mi opinión, con toda la razón de su parte.

Aquellos dos charlaron de todo lo habido y por haber durante horas y horas. Cuando el padre no podía hablar, postrado en la cama, la conversación se convertía en un monólogo de tu amiga; estoy seguro de que en aquellos tres meses escasos pronunció más palabras que en todo el resto de su vida. Yo iba todos los días a contemplar el prodigio, pero por pudor, no me atrevía a alargar mis visitas, sólo quería contemplar por un momento aquel milagro. Porque para mí aquello era y sigue siendo un milagro, un milagro que nos muestra que, en contadas ocasiones, el amor puede ser tan poderoso que logra prevalecer sobre la muerte.

No sé qué le contaría Arantza a su padre en aquellos largos monólogos. Tres meses de un continuo fluir forman un río de palabras que creo que da para contar, con detalle, toda la historia del mundo, cómo no iba a ser suficiente para que Arantza le narrara a su padre los hitos de su biografía. Estoy seguro de que le contó, sin saltarse nada, aquellos ocho años que para nosotros siguen siendo una “terra incognita”. Y no sólo eso, seguro que le detalló todos sus sentimientos, y que le habló del amor que le tenía de todas las formas posibles, pues nunca he visto a Juan Luis tan feliz como en aquellos días de su larga agonía. Mi amigo no me confesó el contenido de aquellos monólogos, porque seguro que consideró que era traicionar la confianza de su hija. Pero sí me tranquilizó sobre el futuro de Arantza. Me dijo que estaba orgulloso, esa fue la palabra que utilizó, orgulloso de su enfermedad, porque con el poder que su dolencia le confería había conseguido al fin aquello para lo que se consideraba incapaz: educar a Arantza para convertirla en una mujer de la que los tres, se refería a Dolores a él y a mí, siempre íbamos a poder estar orgullosos. Creo que así se lo prometía Arantza cada poco rato, cuando descansaba de aquellos monólogos interminables. Y no sólo mi amigo le creyó, sino que yo también quedé convencido. La atmósfera que destilaba este encuentro ininterrumpido entre padre e hija no dejaba lugar a las dudas ni espacio para las preocupaciones.

Parece mentira, si lo analizas con la razón, pero, como he dicho antes, creo que ninguno de los tres hemos sido más felices que en aquel período, que parecía un tiempo en el paraíso. Y parece una locura considerar que el paraíso pudiera consistir en eso: una conversación interminable entre un padre, postrado por el dolor y las náuseas, que en tres meses perdió 60 kilos de su peso, y una hija que parecía alimentarse del aire y de las palabras, y en la que todavía eran visibles cual estigmas, en el rostro y en los brazos, los estragos causados por la heroína”.

ITZIAR

El día transcurrió sin muchas novedades y casi podía considerarlo otro día perdido. Desde la mañana continuaron con la rutina de interrogar a los padres de las chicas que formaban parte de la Comunidad, y las escenas se repetían. En todos ellos se revelaba la misma exasperación, el mismo rencor hacia la secta y el desamparo en la mirada por haber perdido a una hija y no saber explicarse la razón. Cualquiera de ellos podía ser el asesino de Ernesto. Ninguno lo ocultaba: estaban contentos de que “ese cabrón estuviese muerto”. Todos sin excepción poseían cuchillos de monte que entregaron de forma voluntaria a las *ertzainas*. Itziar era consciente de que no avanzaban. Los días se repartían entre los interrogatorios a las familias y el descanso en la soledad del hotel, por las tardes, cuando no se trasladaba a aquella casa de Zaldibia en la que el antiguo párroco de la iglesia de la Asunción le narraba las viejas historias. Acudió a la primera cita por saber algo de la vida de Arantza, pero luego le había cogido gusto a la conversación con el viejo. El padre Muniategi rondaba los 80 años y le costaba un triunfo levantarse de la silla cuando lo necesitaba. Pero cuando estaba sentado ante aquella mesa de madera sin desbistar, frente a la botella de sidra que él mismo servía con manos temblorosas, no parecía ya un anciano al final de su vida, pues hablaba con la voz firme y la memoria intacta, e Itziar se dejaba envolver por aquella viejas historias, sin saber distinguir, como por otro lado parece que les ocurría a todos los habitantes de aquellos valles, entre lo que era historia verdadera, hechos ciertos y documentados, y lo que eran meras leyendas o cuentos de viejas, como sentenciaba el propio párroco al finalizar la narración de sus inacabables y laberínticas anécdotas.

Aquella tarde, a última hora, volvió a citarse con Idoia y sus amigas en el Rita's. Le había cogido gusto a aquel *pub* y sentía que esos momentos de relajación ante una copa bien puesta le ayudaban a resistir aquellas semanas en las que el caso no avanzaba, y a paliar la nostalgia que comenzaba a sentir por su piso de Bilbao y por la compañía de Paco. Se habían visto el fin de semana y Paco le había acompañado a Donostia a visitar a sus padres. Le agradeció el detalle, aunque tenía que confesar que su presencia le hacía sentirse incómoda. Desde que su padre fue diagnosticado de Alzheimer, Itziar sufría cuando le visitaba. Adoraba a su padre y le resultaba insoportable la visión de su rápido desmoronamiento. A menudo recordaba todos aquellos libros, más de tres mil, que ahora descansaban sin significado en las estanterías que ocupaban las paredes de la casa familiar, sin ser hojeados por nadie, muertos definitivamente, pues un libro sólo vive cuando un lector lo abre y se introduce en sus páginas. Su padre siempre había alardeado de que sólo necesitaba un

minuto para localizar cualquier libro de su biblioteca, tal era la familiaridad que tenía con ellos. Y ahora el contenido de todos reposaba sin sentido dentro de aquellas páginas y ese contenido se había borrado definitivamente de la conciencia de su dueño. Éste todavía reconocía a su mujer y a sus hijos, pero cada vez más a menudo permanecía con la mirada fija, como intentando ver más allá de ellos, como si los considerara simples figuras fantasmales, espectros a los que no acababa de ponerles nombre. Nunca se dirigía a las estanterías para, aunque fuera sólo por la fuerza de la rutina de décadas haciéndolo, sostener un libro entre las manos. Itziar tampoco intentaba que se interesara por ellos. En presencia de su padre se sentía como un muñeco parlante que hablaba de forma mecánica, casi sin sentido, porque era consciente de que esa era la sensación que se comunicaba al interior del cerebro de su padre.

Por ello, el fin de semana había tenido un carácter agri dulce: estuvo, sí, con sus seres queridos, pero ya no sabía disfrutar con ellos como antes, a pesar de intentarlo.

Cuando llegó al Rita's, Idoia estaba con sus amigas Nerea y Edurne. Edurne era profesora de primaria en una *ikastola* de Beasain y Nerea trabajaba en una inmobiliaria. El Rita's estaba como siempre, lleno a rebosar en las proximidades de la barra, pero con espacio y mesas libres, si lo que querías era tomar una copa tranquila. Como sus amigas ya se habían servido, se acercó a la barra y pidió una piña colada.

—Tardaré un poquito, Itzi, ya ves cómo está la barra.

—Sirve primero a la *neska*, so *mokordo*. Ya no hay caballeros.

El de la broma era uno de los solterones de la cuadrilla de Iñigo. Éste, en cuanto vio a Itziar, se acercó y la saludó.

—A ti quería verte, Itziar. Tengo algo relacionado con la investigación.

—Y las fotos de Arantza ¿para cuándo? —bromeó la *ertzaina*.

—Están por casa. Ya te dije que si quieres verlas, no tienes más que visitarme.

A Itziar no le gustaba la manera que tenía de decirlo. Tenía razón Idoia, Iñigo parecía algo baboso. Sabía que estaba casado. Si al final se decidía por ver las fotos, se aseguraría de que la mujer estuviera con él en casa.

—¿Y no me preguntas por lo que tengo para tu investigación?

—Perdona, creí que era una broma.

—No, no es una broma, aunque igual ya lo sabes. Trabajo en una empresa de Beasain.

—Sí, eso me han dicho: llevas comunicación y relaciones públicas, o algo así.

—Correcto ¿pero sabes qué empresa es?

—No.

—Papelera del Goierri ¿no te suena?

—Sí. Perteneció al abuelo de Ernesto y su padre trabajó en ella.

—Correcto. Yo llegué a conocer a su padre, el gran Jason Compson. Todavía se habla de él por esta tierra. Fue un hijo de puta redomado.

—Pero qué años tenías tú cuando él estuvo aquí?

—Nada, era un chaval. Pero nunca he oído más veces las palabras cabrón e hijo de la gran puta en boca de mi padre que en aquellos años. Y siempre se refería a Jason.

—¿Trabajó tu padre en la papelera?

—Sí, mi padre las pasó putas en la papelera. Un sueldo de mierda y cuando consiguen organizarse un poco, dentro de aquellos famosos sindicatos verticales y piden lo que es justo, vino ese cabrón y, sin temblarle el pulso, despidió a más de la mitad de la plantilla. Y lo hizo nada más llegar.

—¿Cómo fue eso?

—Por lo que me contó mi padre, se las prometían muy felices. Hicieron algo parecido a una huelga encubierta, ayudados por alguno de los del sindicato vertical, de los que luego acabaron en Comisiones Obreras, y la empresa estaba a punto de ceder. Era una subida justa, siempre dice eso mi padre. Casi no habla de otra cosa ahora que está gagá. El caso es que la empresa les anunció que el dueño enviaba un interlocutor para pactar, un ingeniero de Madrid. Luego resultó que era el yerno.

—Sí, lo sé.

—Bueno, pues el tal Jason se presentó un buen día en la empresa y dijo que quería hablar con el comité. Fueron cinco de los compañeros de mi padre con la idea de negociar. Entraron en la oficina y allí les esperaba Jason, vestido con un traje azul marino elegantísimo, alto y muy atractivo, siempre fue un sujeto muy atractivo. Sonrió a los cinco, les dio la mano y abrió la puerta que comunicaba aquella sala con otra sala de reuniones. Irrumpieron cuatro números de la Guardia Civil con el fusil y todo, y Jason les ordenó.

—Aquí tienen a los cinco sediciosos. Llévenselos, por favor.

Aquellos cinco sufrieron la pena de Murcia. Se los llevaron a Intxaurreondo, y se les acusó de estar detrás de una pequeña explosión que había tenido lugar dos días antes. Nada, una bomba minúscula, que no causó más que daños leves a una máquina. Se supone que encontraron las huellas de los cinco. Mi padre siempre ha sostenido que esa bomba casera la fabricó el propio Jason, y puede que tuviera razón. Aquellos pobres tardaron en salir de la cárcel una buena temporada. Si no fuera por lo viejos que son los que todavía no han muerto, podría sospecharse que fue alguno de ellos quien se haya vengado en el hijo del viejo. Lo digo en broma, no vayas a detener a esos panolis.

—Y con los demás obreros ¿qué pasó?

—Tuvo su gracia también la cosa. Congregó a todos en el patio de la empresa: más de cien hombres. Los miró un largo rato sin hacer ningún ademán de saludarlos. Se colocó en medio de los que formaban la primera fila y obligó a dejar un pasillo, apartando unos metros a todos los de la derecha. Yo no lo vi, pero lo conozco como si hubiera estado allí. La de veces que lo ha contado mi padre. Cuando ya tenía a los hombres organizados en dos rectángulos de las mismas dimensiones, separados por el pasillo que había creado, se dirigió a los de la derecha y dijo: “Vosotros, rápido, a

trabajar”. A continuación, se dirigió a los de la izquierda y les gritó: “Los de la izquierda, a la puta calle, estáis despedidos”. Mi padre era de los de la izquierda.

—Así, por las buenas.

—No, el cabrón lo traía todo bien atado. Fuera ya de los muros de la papelera esperaba una patrulla de guardias. Todo lo había ideado con la connivencia del gobernador civil, que era un antiguo amigo suyo, de los que desfilaban juntos con la camisa azul, ya sabes.

—Falangistas.

—Eso, falangistas. Aunque pronto el tal Jason se volvió más moderno y tenía sobre todo amistades entre los del Opus.

—Y la empresa podía funcionar con la mitad de los empleados.

—Ni de coña. Fue una bravata del tío. Hicieron luego correr la voz de que los despedidos podían solicitar el reingreso, pero que antes se les sometería a alguna prueba concreta de fidelidad.

—Y todos se sometieron.

—Sí, todos bajaron la cabeza y se humillaron. Mi viejo recuerda ese día como el más amargo de su vida. Por eso, cuando se enteró de que el tal Ernesto era hijo de Jason, se alegró infinito. Sólo le jodió un poco enterarse de que Jason ya era fiambre y no podía sufrir con la noticia. “Una pena —dice— me habría gustado imaginar su sufrimiento”. Ya te digo, últimamente no habla de otra cosa.

—Y todo este tiempo ¿se sabía que Ernesto era hijo de Jason?

—¡Qué va! Quizás alguno lo supiera. Pero yo no, y mi viejo tampoco, no vayas a considerarlo sospechoso.

—Tengo entendido que la empresa se vendió con grandes beneficios a una familia de aquí.

—¿Eso te han contado? Mentira y gorda. Como la de que se vendió a cuatro perras por la amenaza del impuesto revolucionario. Pero qué sabe la gente. Entonces no se cobraba el impuesto. Lo que sí es verdad es que el abuelo de Ernesto la vendió barata. Y no se me ocurre por qué; la empresa pitaba de cojones, según me han contado. Y parte del mérito era de Jason. Era un hijo de puta, pero era un hijo de puta muy listo. Mucho más que mi viejo.

—Y de Ernesto ¿qué se cuenta?

—Lo que ya habrás oído: que era un picha floja que, sobre todo, le gustaban las niñas. No como su padre, que anduvo con una mujer de bandera, según me han contado; pero eso es otra historia.

El barman tenía ya la piña colada preparada e Itziar se despidió de Iñigo. No sabía por qué, pero siempre le parecía que éste iba muy cargado. Posiblemente se metiera algo, aparte de los vinos.

P. MUNIATEGI

El padre escanci6 la sidra con manos temblorosas. Karnele tambi6n bebi6, ya que habia estado sentada al otro extremo de la mesa para escuchar la narraci6n de Itziar, quien les relat6 todo lo que pudo recordar de su compa6era Arantza y de los amigos de 6sta. Les habl6 de Gorka, el guipuzcoano fundador del club sadomaso “El sirimiri dorado”, tambi6n de Mikel, el inform6tico torpe y genial, el mejor amigo de Arantza. Tambi6n les habl6 del Muesca y de lo que Arantza le cont6 de su etapa oscura y de c6mo la enfermedad de su padre la redimi6. Muniategi asinti6 satisfecho, pues lo que Itziar estaba diciendo confirmaba lo que 6l habia contado unos d6as antes. Tambi6n relat6 por encima los casos policiales m6s importantes, en los que el car6cter y la inteligencia de Arantza habian sobresalido, y en c6mo se habia convertido en el azote de los pijos de Neguri. Tuvo que demorarse en la caracterizaci6n de los habitantes de Neguri, ya que Pello y Karnele no entend6an nada y Pello de vez en cuando preguntaba con aire inocente si esa gente era tambi6n vasca como ellos. Cuando lleg6 el momento de referirles el 6ltimo caso, el del Dios ciego, Itziar tuvo que disculparse, pues la congoja que experimentaba casi le imped6a hablar de forma coherente. “Me pasa como a usted, padre, cuando lo cuento vuelvo a revivir la muerte de mis amigos y no puedo con ello, lo siento”. Acabada la narraci6n y tras haber bebido la sidra que habia escanciado, el sacerdote se levant6 con esfuerzo y fue al ba6o. Cuando volvi6, se sent6 y, mirando a los tres contertulios, decidi6 continuar con la narraci6n que ten6a entre manos y que unos d6as antes tuvo que interrumpir, pues la emoci6n no le permiti6 llegar m6s all6 de la muerte de Juan Luis Renter6a.

“Lo que nos has contado me preocupa. Nada me ha comentado Arantza de la muerte de sus compa6eros, pero imagino que se siente responsable de su muerte y estoy seguro de que el sentimiento de culpa que la invade es tan grande que no creo que pueda volver a trabajar con vosotros. Debemos ayudarla, debes olvidar cualquier tipo de reproche, porque Arantza ya se lo ha reprochado todo ella sola y lo 6nico que podemos hacer sus amigos es ayudarla. Aunque para eso debe dejarse ayudar. Espero que la localices pronto, creo que es absolutamente necesario. Por lo dem6s, poco m6s puedo contarte de la vida de Arantza. Juan Luis solicit6 que su cuerpo fuera incinerado y que se le entregara la urna a su hija. Eso me sorprendi6, pues pens6 que quer6a que sus restos reposaran junto a su querida Dolores. Pero algo habian hablado padre e hija, pues Arantza se llev6 la urna y no me atrev6 a preguntar qu6 quer6a hacer con ella. A6os m6s tarde alguien profan6 la tumba de Dolores. Muchas veces he meditado sobre ello y en algunos momentos he sospechado de Arantza, pero quiero convencerme de que no fue ella, aunque tambi6n he pensado que quiz6s lo hiciera,

saltándose todas las reglas del respeto humano hacia los muertos, con el permiso de su padre, para reunir a los dos seres que más había querido en un lugar secreto, se me escapa dónde y por qué, pero del que quizás Juan Luis oyó hablar en aquellas largas conversaciones que acompañaron a su feliz agonía. No quiero seguir hablando de ello, me incomoda mucho, pero los aquí presentes sabemos que Arantza no puede medirse con la regla habitual que utilizamos para medir las acciones de los seres humanos”.

Muniategi calló y nadie se atrevió a romper su silencio. A continuación, el sacerdote sonrió mirando hacia Itziar y reanudó el monólogo apenas iniciado.

“He necesitado un paréntesis para meditar sobre lo que te voy a contar ahora, también referente a Arantza, pero sobre lo que no puedo decir que tenga el carácter de crónica, como sí lo ha tenido el relato de su biografía, ya que, a partir de ahora vamos a entrar en el reino de las leyendas y lo que oigas de mi boca debes considerarlo como una tentativa, más bien excéntrica y con un punto de locura, de dar una explicación al hecho prodigioso de su aparición, como surgida de la niebla, a los ocho años, sin que nadie haya podido saber quiénes eran sus padres y dónde había estado viviendo hasta ese día. Lo que te voy a contar tiene la misma categoría, si lo medimos desde la ciencia y el pensamiento racional, que la teoría de que Arantza fuera abandonada al nacer y que una manada de lobos la cuidara como si fuera uno de ellos. Eso sí, dentro de lo posible, voy a basarme en algún hecho auténtico, datado y cierto, que puede servir de armazón explicativo a la leyenda de la que quizás ya hayas oído hablar por el valle: la de la existencia de un pueblo nómada, anclado en un pasado remoto, que se mueve sigilosamente por las montañas del país y que raras veces interfiere en la vida normal de los vascos de estos valles.

Son conocidos por el sobrenombre de pastores negros, o *artzai beltzak*, ya que sostienen, los que dicen haber sorprendido a uno de ellos por las estribaciones de la sierra de Aralar, e incluso más lejos, cerca del Aitzgorri, que visten de riguroso luto, son altos y se cubren con grandes capuchas, también negras; portan largas *makilas*, que casi parecen lanzas. Unas veces los han visto moverse con rapidez a pie, pero también parecen conducir caballerías, algunos potros pequeños y de largos pelos, adaptados al frío de las montañas. Nadie sabe decir dónde viven, si tienen cabañas escondidas, o cuevas en los montes, preparadas para las estancias invernales, o llevan con ellos tiendas de pieles al modo de los indios americanos. Unos afirman que tienen ganado propio, cabras y ovejas y quizás alguna vaca, además de las caballerías. Otros sostienen que su sustento depende del robo discreto de ganado ajeno, es decir, los tachan de cuatreros, y cada vez que desaparece una vaca u oveja, al no existir lobos por las inmediaciones, atribuyen esas desapariciones a los nómadas negros. En lo único que se ponen de acuerdo los que postulan su existencia es que son pocos en número, ya que si fueran muchos serían fácilmente detectables y los guardias de Franco los habrían perseguido; hay que decir que las autoridades niegan su existencia y no hacen esfuerzo alguno por localizarlos. Tampoco está claro su radio de acción:

algunos los sitúan en las dos sierras a que me he referido antes; otros piensan que llegan hasta Urbasa y quizás hasta las estribaciones pirenaicas. Todos coinciden en que su lengua es el euskera, y que quizás no sepan castellano; su lengua además tiene que ser un dialecto antiguo ya perdido. Hay testimonios de su presencia en las montañas desde el siglo XVII. A veces se les ha confundido con simples bandoleros. Y cada vez que sucede algún episodio extraño en las Tierras Altas, la desaparición de un niño o de unas cabezas de ganado, o alguna muerte misteriosa, las gentes del valle les atribuyen la autoría. Como puedes ver, cumplen la misma función en el folklore que brujos o lamias, o que dioses antiguos, anteriores al Dios cristiano. Los que creen en su existencia los mitifican todavía más, atribuyéndoles una antigüedad tan venerable como la de esos dioses, es decir, se trataría de comunidades de origen precristiano, anteriores a la romanización, para muchos serían los vascos primigenios. Yo, como te expondré a continuación, sostengo otra hipótesis. También hay que decir que cada vez que algún héroe o bandido local ha conseguido huir de la justicia, o de las fuerzas de ocupación franquistas, o de cualquier autoridad, se ha pensado que la clave de su éxito ha estribado en la búsqueda de refugio entre estas gentes, que los habrían hospedado y escondido, porque en lo que todos coinciden con unanimidad es en que estos nómadas no aceptan autoridad alguna fuera de la de los jefes que ellos mismos se hayan elegido, es decir, se trata de un mito de rebeldía. Por ello hay muchos relatos protagonizados por carlistas o por maquis e incluso por algún luchador reciente, en los que se narra la fuga del héroe a las montañas, donde los pastores negros se le aparecen de improviso y le ofrecen hospitalidad y refugio para huir de los perseguidores, con la única condición de guardar el secreto sobre su existencia cuando decidan reintegrarse a la civilización.

Podrás decirme, y no te negaré la pertinencia de tus afirmaciones, que lo que hasta aquí te he contado no te sorprende, como yo mismo acabo de decir se tratarían de leyendas o mitos de rebeldía, pero sin ninguna base real. ¿Cómo podrían vivir estos rebeldes al margen del sistema? ¿Cómo un régimen como el franquista iba a tolerar su existencia? Está bien, no te lo discuto, lo que dices es muy razonable. Pero en defensa de la hipótesis de su existencia real, aparte de los testimonios más o menos serios, tenemos la aparición prodigiosa de Arantza y el misterio de sus ocho primeros años de existencia. ¿No te das cuenta de que postulando que Arantza es descendiente de estos nómadas negros todo quedaría explicado? El desconocimiento sobre su pasado y sobre sus padres, su falta completa de educación, incluso la antigüedad de las palabras vascas que tú y yo le hemos oído y hasta los vocablos antiguos sefardíes. Porque yo tengo algo que añadir a esta leyenda de los pastores negros, y espero que no me taches de loco por introducir todavía elementos más esotéricos en las teorías sobre su existencia. No sé si has oído hablar alguna vez de los herejes de Durango. Pues a pesar de que casi nadie, entre los vascos, se acuerde de ellos, puedo decirte que es una de las herejías más importantes de la historia de la cristiandad. Muchos autores piensan que fue uno de esos movimientos que, basado en

la libre lectura de la Biblia, se enfrentó a las doctrinas oficiales de la Iglesia y que terminaría, unos años más tarde, cristalizando en el cisma de la Reforma Luterana. Desde luego los siglos XIV y XV estuvieron llenos de estos movimientos heréticos, algunos de ellos, como el de los alumbrados o el de los fatricelli, muy conocidos y tratados por los historiadores. Creo, por lo que he leído, que el movimiento de los herejes de Durango seguía un poco en la línea de esos que he mencionado. Su líder fue un fraile zamorano que tenía familia por el Duranguesado, de ahí que se focalizara en esa tierra el movimiento. La primera vez que oí hablar de esta herejía fue a Menéndez Pelayo, que la mencionaba en la historia de los heterodoxos españoles, que muchos curas con inquietudes históricas hemos leído. El monje se llamaba Fray Alfonso de Mella y se movió por el Duranguesado hacia la mitad del siglo XV, creo recordar. Predicó el libre examen de las escrituras y negó varios dogmas sobre la naturaleza de Cristo y la Santísima Trinidad. Pero lo que le hizo más popular fue su intento de volver a un cristianismo primitivo, sin jerarquías, con comunidad de bienes entre ricos y pobres. Estos movimientos fueron muy atractivos para mucha gente de actitud contemplativa en la Edad Media y, por lo que cuentan los historiadores, Fray Alfonso logró un éxito importante, sobre todo entre mujeres del Duranguesado que ya habían optado por órdenes religiosas. Se la consideró una herejía peligrosa y la Inquisición de Logroño parece que armó todo un ejército para combatirla. Se dice que, tras vencer con las armas a los herejes, que parece que en algún momento se plantearon tomar por las armas la villa de Durango, condenaron a la hoguera al menos a cien almas. Fray Alfonso y sus hombres de confianza huyeron al sur y se sabe que prendieron al fraile en Granada y también que fue condenado a muerte. Se habla de que los herejes pudieron ser más de 500, que para la zona de Durango es una barbaridad. Y no todos murieron. Se piensa que algunos se integrarían disimuladamente en la vida de otros pueblos donde no se les conocía y no serían por tanto denunciados, y que otros huyeron a las montañas, y se supone que, o acabarían muriendo, o integrándose en tierras más lejanas. O, puede ser, como yo postulo, que en ellos esté el origen de los pastores negros. Tú misma dijiste que Arantza parecía conocer el euskera del siglo XVI y yo le he oído palabras añejas que no puede haber aprendido en ningún pueblo del valle. Además, los historiadores afirman que el movimiento no desapareció del todo y pudo estar también en el origen de otro fenómeno conocido, el de las brujas de Amboto, de 1.500, que también fue sofocado mediante la hoguera. Por eso creo que estos nómadas negros existen, y se mueven por las montañas y las tierras altas de Euskal Herria, y añado que su origen puede que esté en los supervivientes del movimiento herético de Durango, ya que no es difícil entender que muchos de los que huyeron, acostumbrados a una vida libre, tanto en lo espiritual como en lo material, no se resignaran a volver a sus trabajos de artesanos o de siervos, ya que este movimiento tuvo una base popular, aunque en su origen fuera elitista y decidieran fundar unas comunidades alejadas de toda autoridad y en las que se volviera a una especie de cristianismo anterior a la Iglesia

institucionalizada, con comunidades de bienes y mujeres, como dijeron los testigos contrarios a la herejía, es decir que postularían algún tipo de propiedad común y en las costumbres algo parecido al amor libre. Este tipo de anhelos rebeldes y libertarios han existido siempre ¿no tenemos ahora mismo la Comunidad de la Tierra casi en la frontera entre los pueblos del Goierri y los bosques de la sierra, es decir, muy cerca de donde suponemos que viven los nómadas negros? Y ¿quién era el líder de esa comunidad sino Ernesto Compson, hijo de Jason Compson, del que habrás oído hablar, que vivió en concubinato, como se decía antes, con Petra Arama, una hermosa y altiva aldeana de un *baserri* de Ataun, en las Tierras Altas, de misterioso origen, de la que dicen que también pudo haber nacido entre los nómadas negros? Los que lo dicen buscan así explicar el salvaje comportamiento de Petra tras el abandono de su amante. Pero eso es otra historia, que supongo que ya conocerás, porque es otro de los mitos del valle, este es histórico y perfectamente datado, pero con elementos tan primitivos, que parece más el contenido de una leyenda antigua que de una crónica histórica.

Una vez fundada esta comunidad de nómadas, no resulta una locura postular que durante años pueda haber crecido con la aportación de otros seres humanos perseguidos, así pasaría con los judíos sefardíes, lo que serviría para explicar por qué una Arantza de ocho años conocía y usaba palabras como “shalom”, “ansina”, “agora” o “pasariku”.

Porque hubo comunidades importantes de judíos no lejos de aquí, como la de Gazteiz o la de Lizarra y sabes que tuvieron que abandonar sus casas poco antes de iniciarse el siglo XVI. Muchos de ellos se instalaron en Baiona y en San Juan de Luz, y, por lo que he leído, algunos se convirtieron en contrabandistas que cruzaban la muga y puede que coincidieran con los pastores negros y a algunos les sedujera el atractivo de una vida libre sin la constante amenaza de la persecución cristiana. ¿Por qué no pudo ser así? No tengo prueba alguna, pero ¿qué otra hipótesis se te ocurre para explicar lo que sabemos de Arantza? Ahora que me he atrevido a expresarlo en voz alta, me doy cuenta de que no digo tonterías y me convenzo cada vez más de que puedo estar en lo cierto. Lástima que no creo que Arantza nos confirme nada de esto si se lo preguntamos.

Pienso, además, que esta comunidad no habría subsistido sin la aportación de sangre nueva a su progenie. Aunque tengan como costumbre el amor libre, habrán tenido que buscar pareja fuera de sus comunidades, ya que, si no, en pocas generaciones habrían degenerado por la consanguinidad. Por ello creo que no sólo sefardíes, sino de vez en cuando algún bandolero o rebelde de siglos más cercanos al nuestro, así como algún niño perdido, de esos que la voz del pueblo asegura que desaparecen cada cierto tiempo en los bosques, han pasado a integrarse entre los nómadas negros. Y, aunque no sé decirte la razón, aquel día de niebla en el valle, algún nómada decidió confiarme a uno de esos niños para apartarlo de la vida en las montañas. Quizás sus padres murieran y nadie quisiera hacerse cargo de su crianza.

No sé la razón, pero agradezco a quien lo hiciera que, de todos los habitantes del valle, me eligiera precisamente a mí”.

ITZIAR

El teléfono la despertó bruscamente. Notó un fuerte dolor en la nuca, posiblemente resaca: la noche anterior se tomó dos piñas coladas y varias copas de cava. Fue una noche divertida, en la que Idoia y sus amigas contaron chismes sobre la cuadrilla de Iñigo y sobre otras de *txikiteros* solterones, viejos y, como ellas decían, vírgenes y sin haber conocido mujer, “tampoco hombre, no te equivoques”, que habían pasado del cariño y los cuidados de sus amas a la camaradería de la cuadrilla para, finalmente, no preocuparse más que del fondo del vaso de vino. “La mayoría tienen el cerebro conservado en alcohol” —decían— “muchos ya no pueden trabajar, pero todavía conservan fuerzas para moverse como ganado por los bares del pueblo, al mediodía y a la noche.

Estaba tan dormida que no tuvo tiempo de coger el móvil antes de que dejara de sonar. Era Idoia, y la hora las ocho de la mañana. Devolvió la llamada.

—Itzi, hay otro muerto esperándonos en la Comunidad.

—¿Quién?

—Aureliano.

No se duchó siquiera. Se frotó con vigor la cara con agua muy fría y bajó inmediatamente al bar para pedir un café solo doble, sin azúcar. Cuando estaba apurándolo, llegó Idoia, quien le saludó desde la puerta.

—Kaixo, Itzi. Parece que alguien va a por los líderes de la secta.

—Sí, esta muerte cambia mucho las cosas.

Idoia conducía rápido por las cuestas de Ataun, a pesar de que debía tener cuidado con los numerosos coches que se encontraron de bajada, posiblemente de obreros que acudían a las fábricas de Beasain y de Amezketta. Le sorprendía mucho esta combinación de vida rural, arcaica, en valles escondidos, con el trabajo de asalariados en algunas de las empresas más modernas del país. Esos *baserritarras*, por la mañana temprano, bajaban a trabajar con robots y ordenadores, pero ya antes habían ordeñado la vaca y dejaban a la mujer ocupándose de las pequeñas parcelas agrícolas, donde se cultivaba patata y maíz.

Cuando llegaron a la Comunidad les esperaba Carmen Forte, agitadísima. Era quien había llamado a emergencias. Los sanitarios ya habían certificado la muerte de Aureliano y Carmen les informó que tenían al asesino, a Saúl Ruiz.

—¿Cómo ha sido?, ¿con el mismo cuchillo?

—No, Saúl empezó a discutir con Aureliano cuando éste le acusó de la muerte de Ernesto. Y, en medio de la discusión, sin previo aviso, ese bastardo empujó con todas sus fuerzas a Aureliano, que cayó hacia atrás y se golpeó la nuca contra el pico de

una estantería. Se quedó ahí, como muerto. Intentamos hacerle el boca a boca, pero no reaccionaba. Llamé a emergencias, aunque no me quedaban esperanzas.

La mujer no pudo ya contenerse, se sentó en la silla más cercana y comenzó a llorar en silencio.

—¿Dónde está el cadáver?

Ane, la rubia hija de Tasio, que tenía los ojos enrojecidos, las acompañó en silencio al comedor, que se encontraba en otra de las cabañas, a la derecha del poblado. Los sanitarios se apartaron e Itziar pudo ver a Aureliano en el suelo, boca arriba, con el rostro blanquísimo, los ojos abiertos y una extraña sonrisa. Más que un cadáver parecía un yonqui disfrutando de su dosis diaria de heroína.

—¿Dónde tenéis a Saúl?

Ane las acompañó a otra cabaña, la cual tenía la puerta cerrada y en la que uno de los soldados de la secta vigilaba en posición de firmes. Las saludó en cuanto las vio aproximarse y les abrió la puerta. En la habitación del fondo estaba Saúl Ruiz, con las manos atadas a la espalda, inmovilizado con una cuerda que le rodeaba y le sujetaba al respaldo de la silla en la que estaba sentado. Enfrente, al otro lado de la mesa, se encontraba el segundo soldado. Itziar pidió a este que soltara las manos de Saúl.

—Ha sido un accidente —el prisionero se dirigió a Itziar, una vez que el soldado le liberó las manos— no crean a ninguno de estos cabrones. Están conchabados fabricando pruebas falsas contra mí.

—Cálmese señor Ruiz. No sé de qué está hablando. Hemos visto a Aureliano muerto, al parecer por un traumatismo en la nuca al caerse hacia atrás. Y lo único que nos han contado es que usted fue la persona que lo empujó y provocó la caída.

—Sí, eso es cierto. Es así —Saúl se arrancó las gafas de los ojos con nerviosismo y se frotó con fuerza los ojos. Luego extrajo un pañuelo y limpió las lentes con mimo. La mirada de Saúl parecía muerta, como si sus ojos estuvieran incompletos sin las gafas. Era una mirada que Itziar había observado frecuentemente en los grandes miopes.

—Yo le empujé, pero fue un accidente; no pretendía matarlo. No sé qué les habrán contado pero él fue el que inició la discusión. No saben cuánto me arrepiento de haberme enfadado tanto ¿se lo imaginan? Un alfeñique como yo, el empollón de la clase, del que siempre abusan los bravucones, los que sólo entienden de músculos y barbillas cuadradas, esos machos, ya saben. Aureliano era uno de ellos. Quizás más listo que la mayoría, y desde luego más culto y más educado, pero en el fondo un macho alfa.

—¿No era también Ernesto un macho alfa?

—Sí, no puedo negarlo. Pero su capacidad de seducción era tanta, nos tenía a todos tan fascinados, que no se lo teníamos en cuenta. A eso ahora le llaman carisma. Pero hay una palabra mucho más noble, más antigua, que creo que se podía aplicar a Ernesto y a poca gente más. Esa palabra es majestad, la “maiestas” de los latinos. Ernesto transmitía “maiestas” y eso es algo muy difícil de encontrar. Y los hombres y

mujeres, esa es al menos mi teoría, están programados genéticamente para doblegarse y admirar sin reservas cualquier manifestación de la “maiestas”. Así se puede entender el éxito de las religiones, por ejemplo.

Saúl era incorregible. Como él mismo se había definido, era el típico empollón de la clase, siempre presto a teorizar, incluso en un momento tan peliagudo para su vida como era ese. Itziar pensó que aquel hombre necesitaba la teoría para defenderse del mundo. Y ahora, cuando había matado a un hombre, aunque fuera accidentalmente, la necesitaba de forma más imperiosa que nunca.

—Saúl, antes se ha referido a unas pruebas falsas contra usted. Pero la versión que nos han transmitido de la pelea coincide más o menos con la suya.

—Las pruebas falsas no se refieren a la pelea con Aureliano; había demasiados testigos, estábamos todos en la sala. Lo que esos cabrones quieren es cargarme la muerte de Ernesto. Por eso me enfadé tanto ¿cómo pueden intentarlo siquiera? Por eso pienso que han sido ellos quienes lo mataron, y con esas pruebas quieren desviar la atención y poner el foco sobre mí.

—¿De qué pruebas se trata?

—Tienen un cuchillo. Lo guardan en una bolsa de plástico transparente.

—¿Con sus huellas?

—No, no con mis huellas, con las de Ernesto. Para que lo entiendan, les cuento cómo ha sido la cosa. Esta mañana, como todos los días, he acudido al comedor para desayunar con la Comunidad. Me ha extrañado la actitud de todos los presentes, lo he percibido nada más entrar. Todos me miraban fijamente, unos con reproche, otros con curiosidad. He intentado bromear, “¿Tan guapo me veis?”. Aureliano me ha interrumpido: “No estamos para bromas, Saúl; esto es muy grave”, “¿De qué hablas?”. He empezado a preocuparme. “Carmen cree que tú mataste a Ernesto y vamos a comprobarlo”. Sin dejar que me defendiera, los dos brutos me han reducido, cada uno me ha agarrado de un brazo y, siguiendo a Aureliano, hemos ido todos a mi cuarto. “Ya hemos llegado. Carmen ¿dónde dices que está?”. “Abre la mesilla”, ha respondido la hija de puta. Entonces me he fijado en que Aureliano llevaba unos guantes de silicona, por las huellas, supongo. Ha abierto el cajoncito de la mesilla y, con cuidado, ha mostrado a todos su contenido: un cuchillo de caza, el cuchillo de Ernesto. Me he quedado mudo. ¿Quién coño ha metido eso en mi cajón? He intentado recordar. Hacía ya dos días que no lo abría. Cualquiera pudo dejarlo allí en ese período. Porque juro que antes no estaba. Y seguro que ha sido Carmen, compinchada con Aureliano, quien lo ha colocado. He intentado defenderme: “¿qué coño hace Carmen abriendo el cajón de mi mesilla?” es lo primero que se me ha ocurrido decir. Ya sé, con esa pregunta casi parezco culpable, pero es que estaba indignado. Entonces Aureliano me ha contestado: “Sabes, Saúl, que somos muy respetuosos con la intimidad de los demás, aunque seamos comunistas. Pero Carmen ha necesitado hacerlo. Otro miembro de la Comunidad le ha manifestado sus sospechas acerca de ti. Te vio abandonar la Comunidad, sin avisar a nadie, como en secreto, la tarde en que

parece que asesinaron a Ernesto”. “¿Quién?” pregunté. “Yo”. Cómo no, uno de los brutos era el testigo providencial. Después de eso he decidido callarme, aunque estaba hirviendo por dentro. Vaya trampa más burda. Aureliano ha cogido el cuchillo con cuidado y lo ha introducido en una bolsa de plástico transparente. Supongo que se la entregarán ahora, cuando hablen con ustedes.

—¿Y qué ha sucedido después?

—Hemos vuelto al comedor y allí me estaba esperando otra sorpresa. No se conformaban con perjudicarme fabricando pruebas falsas. Querían también humillarme. Los brutos me han soltado y me han colocado frente a Aureliano. En ese momento parecía un juez o un sacerdote y los demás parecían un coro aguardando la sentencia para manifestarse. Porque Aureliano había organizado una especie de juicio público, antes de entregarme a la policía. Ha iniciado un discurso absolutamente delirante: ha descrito mi trayectoria en la Comunidad como el crecimiento de un cáncer. Incluso se ha permitido hablar de mis preferencias sexuales. Cómo no, ha precisado que ellos respetan cualquier orientación sexual, pero ha descrito mi pasión por Ernesto como una enfermedad que ha terminado convirtiéndome en un monstruo. Con ello, según él, queda explicada la saña con la que, se supone, lo apuñalé, como venganza por no haber accedido a mis deseos en todos estos años. En fin, les ahorro los detalles más injuriosos. Me ha humillado públicamente y, a pesar de que sabía que debía callar, le he insultado, le he acusado a él y a su pareja de fabricar pruebas falsas, y de ser ellos quienes habían matado a Ernesto. Entonces, para poner a todo el mundo en mi contra, por si acaso me quedaba algún aliado, ha puesto en marcha un CD en el que estaba grabada mi conversación con ustedes. Por si no lo saben, lo han grabado todo. Y, claro, allí se han oído mis sarcasmos y mis juicios despectivos. Ciego de ira, no he podido contenerme y le he empujado, con la mala suerte de que lo he derribado y se ha golpeado la nuca contra el borde de una estantería. Varias mujeres se han lanzado a arañarme, a insultarme y a golpearme, mientras otros intentaban reanimar a Aureliano y luego me han apresado y desde entonces estoy esperándoles a ustedes. Menos mal que han llegado, porque estaba ya temiendo que algún exaltado pudiera matarme. Y repito, no sé nada de ese cuchillo. Yo no he matado a Ernesto, por favor, créanme. Han sido ellos.

Itziar aconsejó a Saúl que se calmase, lo dejó al cuidado de Idoia y se dirigió hacia el comedor para tomar testimonio de Carmen y de los otros testigos.

Carmen Forte, como ya lo había anticipado Saúl, le esperaba con la bolsa transparente que contenía el cuchillo de caza de Ernesto Compson.

—Ya ve, inspectora: al final sí ha sido uno de los nuestros. Y con el cuchillo de Ernesto.

—No podemos afirmar eso todavía, señora. Cuénteme cómo han dado ustedes con el arma.

—Jesús Ortega me confesó que el día de la muerte de Ernesto había visto a Saúl en actitud sospechosa, abandonando la Colonia y se lo comuniqué a Aureliano. Aunque no nos gusta hacerlo, decidimos revisar el cuarto de Saúl y esto es lo que encontramos. Ha sido una gran decepción para mí.

—Ya, ¿no le parece un poco raro que Saúl dejara el arma homicida casi a la vista de todos? Si es que se trata del arma homicida, claro.

—Mire, inspectora: yo no sé lo que es lógico o no. Solamente cuento lo que ha ocurrido y ya ha visto. Es un ser violento, al que le dan ataques de furia homicida. Todos somos testigos de cómo ha asesinado a Aureliano.

—Él dice que ha sido un accidente.

—Yo sé lo que han visto mis ojos. Ha ido a por él, con intención de matar.

La versión del resto de los testigos coincidía en los hechos descritos, aunque las valoraciones de cada uno de ellos oscilaban entre la intención homicida y el simple accidente.

Acabados los interrogatorios, llevaron detenido a Saúl Ruiz. Itziar no veía nada claro que aquel caso estuviera resuelto. Sabía con certeza que en aquel cuchillo se encontrarían las huellas dactilares de la víctima, puesto que era el propietario del cuchillo. Pero lo determinante para considerarlo una prueba era el análisis que realizaran sus compañeros de la Científica y los forenses. Hasta ahora, las hojas de los cuchillos analizados, y llevaban más de cinco, no parecían corresponderse con la forma de las incisiones presentes en el cuerpo de la víctima. Y la prueba del luminol tampoco había resultado positiva. A ver si ahora tenían más suerte. Aunque si se probaba que el cuchillo era el arma homicida, no tenía tan claro que Saúl fuese el asesino. En ese caso tendría que investigar más a fondo a la pareja descubridora de la prueba.

Había algo que le incomodaba en esta historia. Ya en el primer encuentro, Aureliano le había parecido un personaje fuera de lugar en aquella secta. Su carácter y su biografía no se correspondían con las de un sectario fanático ni con las de un teórico del anarquismo. Ya entonces lo reconoció como un igual, como alguien que se movía con familiaridad en ambientes militares o policiales. Sus huellas no constaban en el Registro de integrantes de los cuerpos policiales y militares, pero eso no era significativo. Decidió hablar con Paco para que la introdujera con sus contactos en el CNI. Si había trabajado para ese organismo sus huellas no constarían en los archivos generales. Y cada vez estaba más segura de que Aureliano era una especie de espía. Él mismo había mencionado una empresa de informes comerciales; ese tipo de actividades eran las tapaderas clásicas para el oficio de un profesional de Inteligencia. Y el hecho de que hubiera grabado todos los interrogatorios le delataba. Quizás Saúl tuviera razón y fuera el asesino de Ernesto. Pero en ese caso ¿para quién trabajaba? ¿A quién beneficiaba la muerte de Ernesto?

P. MUNIATEGI

“Estaba convencido de que el otro día no iba a ser el último de estos encuentros, que el cebo que te tendí hablándote de Petra Arama y Jason no podía fallar. Es uno de mis cuentos favoritos sobre la gente del valle, y sabía que, aunque ya conozcas la historia, no desperdiciarías la ocasión de escuchar la versión real, que esperarías te diera yo, de esta historia verídica. Todos sabemos que sucedió realmente y que tiene unos escenarios concretos, el *baserri* Sagardi, el mercado y la estación, sobre todo la estación, donde fueron a confluir tres vidas que, desde entonces quedaron unidas para siempre, no sólo en sus propias conciencias, sino en la conciencia de todos los habitantes del valle, que siguen contando sin variar palabra, la historia del amor entre Petra Arama y Jason Compson, sabiendo que con esta historia el valle entra en el territorio sagrado de la tragedia. Porque lo que te voy a relatar no tiene el sabor de la aventura, de las viejas leyendas y cuentos mitológicos, ni tiene nada que ver con la épica. Estamos, como ya he dicho, en el ámbito estremecedor de la tragedia, donde conceptos como Destino, Desmesura, Mal, o Sacrificio, se encarnan en unos seres humanos concretos, que nos representan a todos para retratarnos, para mostrarnos un camino, entregarnos una lección de vida; no sabemos cuál, porque la tragedia siempre deja el mismo regusto molesto en el espectador, en aquel que se acerca a sus misterios, la sensación de que algo se nos ha mostrado, pero sin tener conciencia de lo que es, ni tampoco para qué nos sirve su manifestación. Pero la sensación que experimentamos siempre es que su contemplación nos cambia de modo definitivo y yo añadiría que de forma irreversible.

En esta tragedia, como te he dicho, fueron tres los escenarios y tres fueron asimismo los protagonistas: Petra Arama, Jason Compson y la Otra. Nunca he conocido su nombre, ni yo ni las personas del valle que narran esta historia. La Otra, como podrás suponer, no vivía aquí y sólo participó al final de la historia, fue el catalizador que, con su presencia, sus decisiones y sus acciones, provocó el clímax de la tragedia, la acción indecible realizada por Petra y que, aun hoy día, treinta años después, resuena en las conciencias de todos y nos muestra de lo que es capaz el ser humano, de lo que cualquiera de nosotros, si transitamos por esa meseta, situada por encima del bien y del mal, podemos hacer sin sentimiento alguno de culpa, incluso con orgullo, diría yo, con un orgullo desafiante que nos señala a los demás y nos tacha de mediocres. En el caso de Petra, su grito es claro para mí, lo que creo que intentó decirnos al mostrar el contenido de la carretilla, es que todos hablamos de amor y se nos llena la boca de expresiones como pasión, enajenación y clímax, pero todo es falaz, mera impostura. Sólo amamos de verdad, parece decirnos Petra, la

gente como yo, la que es capaz de llevar su frenesí hasta el crimen más execrable. Sólo eso es pasión, sólo a eso puede denominarse amor.

No voy a extenderme en los detalles de esta historia, detalles, además, que debería inventarme, pues no es posible conocerlos y además lo que quiero contar es una tragedia, no un drama psicológico, lo que te quiero narrar es el puro esquema de la fábula, el planteamiento, el nudo y el desenlace de la trama. Tres escenarios principales, curiosamente en pueblos distintos, tres protagonistas y una fábula.

El planteamiento tiene lugar en Ordizia, en el famoso mercado de los miércoles, esa feria que contó con la protección de Juana la loca, a una época tan remota hemos de trasladarnos para indagar en su origen. Como habrás podido observar, la feria es sobre todo un mercado de productos agrícolas y si lo frecuentas, verás que predominan las mujeres, que vienen con sus quesos, con la *txistorra* que ellas mismas elaboran, con alubias negras, lechugas, tomates, frutas y productos de temporada. Lo que ves ahora es lo que veías también en los años 60, cuando Petra Arama era la reina del mercado. En aquel año de 1.968, cuando se produjo el encuentro que cambió su vida, contaría con 24 o 25 años de edad, y estaba en el máximo esplendor de su belleza. Traía de cabeza a todos los solteros del valle, pero ella, además de hermosa, era arisca e indómita, una montañesa de Ataun, que vivía en el *baserri* de sus padres, en una ladera por encima del barrio de Aia. Por esas fechas era huérfana y no tenía hermanos. Todos considerábamos una temeridad que viviera sola en aquel caserío del monte y así se lo manifestaban todos los mozos del pueblo, pero ella siempre contestaba que a ver si estaban tontos, a ver si pensaban que iban a enamorarla con esos argumentos, que ella sólo se casaría por amor. En pocos años se ganó fama de altiva, algunos la llamaban la señorona, vaya ínfulas que mostraba, me decían las feligresas, las madres de esos solteros a los que se les caía la baba. ¿Qué quiere?, ¿un marqués? Se preguntaban, si es una salvaje, guapa sí, pero sin educación, apenas sabe leer y sólo sirve para vender patatas. En fin, ya conoces cómo son las habladurías. Pero todo se acabó un día de noviembre de 1.968, cuando se produjo el encuentro, un miércoles luminoso y frío, con Jason Compson, que ya tenía por entonces fama de malvado y cruel, pues se había enfrentado a los obreros de la Papelera y los había humillado, ganándose el odio de todo el valle, salvo el de los notables, señoritos fascistas como él. Con uno de ellos, el alcalde de Beasain, visitó el mercado por primera vez. Y a las doce, a la hora del Ángelus, al menos así lo cuentan las comadres, se produjo el encuentro de los amantes. Petra tenía su puesto en una esquina y Jason había entrado con su amigo por la esquina contraria. Venían hablando entre ellos y haciendo bromas, mientras las caseras les sonreían y les lanzaban piropos, no porque fueran jóvenes y atractivos, que sin duda lo eran, sino por lo que significaban para aquellas viejas *baserritarras*: una venta fácil a un precio exagerado. De repente Jason calló, y su amigo lo miró con extrañeza, y miró hacia donde Jason miraba, es decir, hacia Petra Arama, que también contempló con asombro a aquella figura. Todas las comadres son unánimes sobre este extremo, hablan de un flechazo

instantáneo, de un momento mágico, suspendido en el tiempo, en que aquella pareja joven y hermosa se miró a los ojos, se reconoció en el otro y apartó la vista. Su amigo le comentó, pues también era joven, que se llamaba Petra y que era una fiera intratable. Jason no dijo nada, saludó con la cabeza y abandonó la plaza en silencio, seguido por su amigo, hacia un bar de la calle Mayor.

Y ese es el planteamiento de la fábula: Petra y Jason se conocieron en el mercado de Ordizia y, nadie sabe cuándo ni dónde, pero hay que suponerlo así, porque entra en el orden natural de las cosas y más en aquella época, Jason abordó a Petra, le manifestó su amor con vehemencia y Petra lo aceptó.

Y entramos ya, de cabeza, en el nudo de la trama, un nudo oscuro y misterioso que se desplegó, intenso y magnífico, tan intenso que cuesta creer que se sostuviera con fuerza siete años, pero así sucedió y también en esto las comadres son unánimes. Durante siete largos años Petra Arama y Jason Compson se amaron, sin hartarse uno del otro, entre las cuatro paredes del *baserri* Sagardi, el caserío que Petra heredara de sus padres. Como comprenderás, no podemos dar detalles verídicos, ya que no existieron testigos, aparte de los animales del Baserri y de aquellos niños, fruto de esos amores exagerados, y que nunca pudieron trasladar su testimonio. Una vez que Jason abordó a Petra Arama, no sabemos exactamente cómo ni dónde, la hermosa muchacha dejó para siempre la esquina del mercado. Se convirtió, a los ojos del valle, en una mantenida, con la diferencia de que ella ponía la morada y Jason era el visitante. Siete años duró aquel concubinato, ya que en ningún momento se habló de matrimonio. Petra no volvió a bajar sola al pueblo, alguna vez se la veía de la mano de Jason por las calles de Beasain, por lo menos hasta que dejó de ser libre, cuando nació su primer hijo. Y las habladurías de las viejas *etxekoandres* bajan la voz para contar la enormidad de su maldad: después de nacer la niña, porque luego supimos que era una niña, también bajaban al pueblo y hemos de pensar que la niña se quedaba en el *baserri*, al cuidado de nadie, ya que no hay noticia de persona alguna que subiera al caserío de Petra desde que se produjo su encuentro con Jason Compson. En definitiva, durante siete años se amaron en el *baserri* y la mujer sólo bajaba con su amante muy de cuando en cuando y se sospecha que sin los hijos. Luego supimos que Petra tuvo dos, jamás fueron vistos por nadie hasta que ella decidió en aquel último acto de maldad, mostrarlos al mundo. En cuanto a él, Jason Compson, hay que decir que su amor era tan enajenado como el de ella, ya que se expuso a la vista de todos, abandonó amistades y ritos sociales y redujo sus ausencias del *baserri* al mínimo imprescindible, sólo faltaba del caserío durante las jornadas de trabajo en la Papelera, empresa que dominaba con mano de hierro y que supimos que le servía de excusa en Madrid para demorar su estancia en el Goierri más allá de lo previsto inicialmente, y para justificar la prolongación de las ausencias que seguro que en la capital se tenían por llamativas. Porque, como descubrimos casi al final, aunque todos lo dábamos por sentado, Jason tenía una familia en Madrid. Y una familia a la que no podía, o no quería, renunciar, ni siquiera por su enloquecido amor

por Petra Arama. El caso es que en esos siete años la rutina no se rompió y hubo que esperar a noviembre de 1.975, mes que todos recordamos por otro acontecimiento más conocido, para que la historia saltara por los aires. La rutina, más o menos, era la siguiente: Petra y Jason se amaban enfebrecidamente, al menos eso hemos de pensar si queremos entender algo de lo que iba a acontecer, y el escenario único de sus amores era el *baserri* Sagardi. Jason, casi siempre dormía allí y bajaba con su todoterreno hasta Beasain para trabajar en la Papelera. Y hay que decir que, a pesar de su antipatía y de su maldad, que fue lo primero que conocimos sobre él, supo ganarse el respeto de los habitantes del valle, ya que transformó una empresa sin futuro, vieja y con problemas de solvencia, en una de las más pujantes de la región. Y, eso es lo que a mí más me admira, no lo hizo por un especial interés por la Papelera, que luego llegamos a saber que pertenecía a su suegro, sino que lo hizo por amor, para tener una coartada indiscutible que le permitiera continuar viviendo con Petra. Supongo que la montañesa conocía la existencia de la familia de Madrid, y no le importaría. Sobre la mujer, la que estaba casada con Jason, la hija del propietario de la compañía, tengo más dudas. Tengo que pensar, aunque parezca casi increíble, que en todos estos años no se enteró de nada. Imagino que estas mujeres, que tienen la suerte, o la desgracia, de casarse con un capitán de empresa o con cualquier hombre que esté absorbido por una actividad, ya saben lo que tienen y no les importa. Quizás se conformen con ser “la mujer de” y, llegado el momento, “la madre de”. Pienso, por tanto, que la Otra, así la hemos denominado todos estos años en el valle, se conformaba con su destino y tuvo la mala fortuna de enterarse un día que su marido no la engañaba con la empresa, sino que vivía una doble vida, donde a ella le tocaba el papel más desairado. El caso es que, a principios de noviembre de aquel año que nos trajo tantos cambios a todos, la mujer bajó en la estación de Beasain y Jason la esperaba para llevarla al piso que tenía en el centro del pueblo que prácticamente no había habitado en esos siete años. Era un piso magnífico, en el centro de Beasain, y estaba alquilado por la empresa para su gerente. Al mismo tiempo que la Otra desembarcó en el pueblo modificando las rutinas de su marido, este dejó de aparecer por la Papelera. No se despidió ni de sus colaboradores más estrechos. Pero uno o dos días después de llegar su mujer a Beasain, los hermanos Ormaiztegi reunieron al personal de la empresa para comunicarles que se habían producido cambios en la propiedad y que Jason había sido despedido. Hubo alegría y perplejidad al mismo tiempo entre los trabajadores. Luego se supo, ya que los Ormaiztegi tenían ganas de contar sus aventuras empresariales a los compañeros de *txikiteo*, que compraron la empresa al viejo, al suegro de Jason, por una miseria, tan hábiles fueron en la negociación. Creo que todos nos percatamos de que la clave no fue la habilidad de los hermanos sino otra cosa, la existencia de un caserío en el monte y la voluntad de la mujer por acabar con aquel escándalo.

Durante quince días Jason se movió incesantemente entre Beasain y Ataun, como si intentara mantener vivos los dos fuegos mediante una frenética actividad, cuando

ya sabía que eso era imposible y que lo único que cabía decidir era cuál de los fuegos de aquellos hogares debía enfriarse definitivamente. Seguro que no le resultó fácil decidirse. De un lado estaba la vida brillante que se había labrado con su esfuerzo, estudiando, luego conspirando, respetando los ritos sociales de los poderosos, tal como su padre le había ensañado a hacer. Del otro estaba la felicidad, el amor desmedido, el sueño romántico que a todos nos gusta perseguir alguna vez. Imagino que en esas dos semanas llegaría a la conclusión de que ese sueño romántico sólo era posible y deseable desde una posición privilegiada, dentro de lo que los de su clase considerarían una vida digna. Supongo que se vio en Sagardi con Petra, hermosa pero casi analfabeta y sus dos hijos, casi unos animalitos, y sintió asco de sí mismo. Y ese asco le proporcionó la energía necesaria para comunicar a su amante que la historia había llegado a su final, que debía resignarse a la soledad. Estoy seguro de que se amenazaron mutuamente, pero ninguno creyó en la realidad de esas amenazas. No sé qué habría hecho Jason si llega a convencerse de que las amenazas de Petra se habrían de cumplir. Creo que nada habría cambiado, pues considero a Jason un hombre sin corazón, y el desenlace habría sido el mismo.

Y llegamos al fin al desenlace, que se desarrolló en el tercer escenario que ya he mencionado: la estación de tren de Beasain. Y he de añadir que por azares de la vida me convertí en aquel día en testigo privilegiado de dicho desenlace a pesar de no estar allí. Aquel día, pasada la hora del Angelus, un grupo de *etxekoandres* de las que acuden a la misa de primera hora en mi parroquia, que se confiesan conmigo, y que siempre que pueden me mantienen al día de los sucesos que ocurren en el valle, estaban en Beasain y se acercaban, desde diversos puntos del pueblo, a la estación, para volver juntas en tren a Ordizia. Alguna esperaba ya en el andén. Otras caminaban hacia las taquillas por la calle paralela a las vías. Y otras se encontraban en la calle perpendicular, la que subía en cuesta desde la estación hacia las montañas de enfrente y por la que en aquel momento bajaba Petra Arama, con andar majestuoso, conduciendo una carretilla de obra, en dirección a la estación. Yo no estaba allí, pero ya te digo que, gracias a los ojos de mis comadres, me convertí en un testigo privilegiado de lo que sucedió. Y me considero un testigo privilegiado porque, al no estar presente, no fui mediatizado por mis sentidos, por mis dotes de observador o por mi habilidad o interés por unos detalles más que por otros, sino que puedo reconstruir la escena gracias al coro de mujeres que rodeó a los protagonistas de esta tragedia, cada una con habilidades y capacidades de observación distintas, pero todas con el mismo interés en contar una historia que las impresionó, ya que fueron testigos de uno de esos hechos que casi no se pueden nombrar y que se desarrolló ante sus ojos por el puro azar de que una de ellas, el día anterior, al salir de misa, alentó a las demás a bajar en grupo a Beasain para hacer unas compras en el mercadillo de los martes. Como ya he dicho, habían pasado ya las doce y no debía faltar demasiado para que entrara, procedente de San Sebastián, el tren de largo recorrido que viajaba hasta Madrid. En el andén, dos figuras sentadas, Jason y su mujer, sin dirigirse la

palabra, pues ya se lo habían dicho todo, mirando al frente, esperando al tren que los llevaría hasta su hogar. En este testimonio las comadres son unánimes: estaban sentados, en silencio y no se miraban. Ambos observaban, o eso parecía, las montañas de enfrente, como esperando algo o a alguien.

Y ese alguien llegó, procedente de las montañas, descendiendo por aquella carretera, cargando con una carretilla de obra en la que la carga permanecía oculta, aunque no totalmente oculta según veremos, por una lona basta de color azul. Ese alguien, de porte majestuoso y altivo no era otra que Petra Arama. Y aquí los testimonios se bifurcan y cada mujer que me contó la escena me aportó detalles diferentes. Una de ellas se fijó en que Petra estaba esplendorosa, pues iba perfectamente maquillada y llevaba unos pendientes con unas perlas enormes, blanquísimas, que resaltaban sobre el negro de su ropa y de sus cabellos. Otra se fijó en sus zapatos, de tacón, negros, lujosos, que desentonaban con la carretilla, ya que parecían más unos zapatos de baile o de ceremonia. La gabardina, negra también, era de una calidad excelente. Otra mujer, menos interesada en el vestuario y en la belleza, observó que la carretilla tenía la rueda delantera muy deteriorada, y al girar producía un ruido agudo muy desagradable, casi como un chillido, que a esa mujer que me lo contaba le indujo a anticipar negros presagios. Y la última, quizás la testigo menos fiable, ya que me extraña que detalle tan llamativo pasara desapercibido a las demás, se fijó en que Petra, al descender por la cuesta con andar majestuoso, bamboleaba la carretilla y por efecto de ese movimiento, podía verse una mano blanca que asomaba desde debajo de la lona azul y que se balanceaba como si fuera la mano de un prisionero. El caso es que Petra, ataviada posiblemente con el mejor vestuario y las más ricas joyas que le había regalado su amante, bajó de las montañas guiando una carretilla de obra que tenía una rueda defectuosa que producía un chillido que a todos les hacía volver la cabeza, y se detuvo en la estación, enfrente de su amante y de la mujer de este. Sólo les separaban las vías. Petra posó la carretilla, al parecer sonrió a la pareja y de un enérgico tirón, apartó la lona azul para dejar al descubierto el macabro contenido que había transportado hasta allí: los cadáveres desnudos y ensangrentados de una niña y un bebé y al mismo tiempo gritó: “Jason, aquí tienes a tus hijos. Quiero que tu furcia vea cómo los cuidas”. A partir de ese momento los testimonios son confusos, pues las mujeres, horrorizadas, sólo recuerdan que cubrieron la desnudez de los cuerpos como pudieron, rodearon a Petra y la sujetaron mientras gritaban sin poder contenerse y esos gritos se confunden con el estruendo del tren entrando en la estación, y para cuando volvieron a mirar, el tren ya partía y al otro lado del andén no estaban ni Jason ni su esposa. Por eso te digo que para mí era un hombre sin corazón. Subió al tren, como ya tenía determinado y abandonó el Goierri sin mirar atrás. Pero no creo que pudiera escaparse de sus recuerdos y no me cuesta nada imaginar a los tres, a Petra a Jason y a la Otra, atrapados para siempre como fantasmas en la estación, reproduciendo aquel horror.

Por lo que luego supimos, Petra Arama, cuando se convenció de que el abandono era definitivo, incendió la casa familiar, escenario de su amor, desnudó y mató a sus hijos, a los que machacó sus rostros hasta convertirlos en pulpa, pues no quería ver en ellos los rasgos del padre y descendió conduciendo la carretilla con porte majestuoso hasta Beasain para enseñar a la pareja el trofeo de su desconsuelo.

Aquellos niños se llamaban Leire y Martín, conviene ponerles nombre para no olvidar. Sus cuerpos fueron a reposar juntos en un nicho de un pequeño cementerio que existe cerca del caserío Sagardi. Unos años después, alguien profanó la tumba y los cuerpos desaparecieron y, por lo que yo sé, todavía no han sido hallados”.

ITZIAR

Tras la muerte de Aureliano se sucedieron unos días sin acontecimientos reseñables. Itziar habló con Paco y éste envió las huellas de Aureliano por un conducto secreto, del que Itziar jamás había oído hablar, y que le hizo recordar la existencia de lo que llamaban “las cloacas del Estado”.

Quizás Aureliano fuera una rata de cloaca. Mientras esperaba el resultado de las gestiones de Paco y al mismo tiempo aguardaba la llegada de los resultados del ADN encontrado en la cabaña y de las muestras tomadas a los integrantes de la Comunidad y a los interrogados en los pueblos del Goierri, Itziar decidió visitar el psiquiátrico de Mondragón. Allí permanecía recluida Petra Arama, la Medea vasca, la amante de Jason que asesinara a sus hijos para hacer pagar a aquel altivo ingeniero su intolerable traición.

No esperaba que ello le ayudara realmente en la investigación, pero, a estas alturas, estaba subyugada por las historias de Muniategi, esas crónicas en las que el viejo párroco se explayaba de forma interminable, como queriendo captar todo lo que sucedía en aquellos valles, como si el conjunto de historias que desgranaba en sus monólogos dibujara un paisaje que reflejara en esencia la sustancia del mundo

Avisó a Idoia de que se iba para Arrasate, condujo su A-3 por la carretera de Zumárraga y luego tomó la desviación hacia Bergara, para coger la autovía que le conducía directa a Arrasate. El Psiquiátrico, según se había informado, era una institución centenaria, gestionada por la Orden de San Juan de Dios. Faltaban unos meses para que se inaugurara la Unidad de Psiquiatría Legal, un hospital psiquiátrico para delincuentes violentos.

Pero antes de eso, esta institución ya se había ocupado de pacientes psiquiátricos que hubiesen cometido delitos violentos, como era el caso de Petra, que había asesinado a sus hijos en 1975. Tras un juicio en el que los Compson y los Abascal, gracias a sus influencias, consiguieron mantenerse al margen, Petra fue declarada incapaz, y por tanto no fue condenada penalmente, pero el juez decretó su internamiento en un centro psiquiátrico para evitar el peligro que su psicosis podía generar en otras personas o en ella misma, ya que los peritos declararon que ya había intentado suicidarse en al menos tres ocasiones, mientras esperaba la celebración de la vista.

Petra Arama había permanecido recluida entre aquellos muros 38 años y, según le informó el doctor Iturri, que salió a recibir a la *ertzaina*, no había modificado su conducta autodestructiva en todos aquellos años.

—Por la noche hay que suministrarle hipnóticos de gran potencia y se le protege de sí misma con una camisa de fuerza. Durante el día permanece en la habitación y, con grandes precauciones, se la saca a hacer ejercicio varias veces al día. Normalmente no es peligrosa, suele estar cantando o murmurando frases de antiguos cuentos en euskera, pero su comportamiento es impredecible. De repente parece como si despertara y empieza a revolverse y a gritar de forma salvaje: ¡Jason! ¡Jason! Estos accesos pueden durarle una semana. La llamamos la semana Jason. Tiene, en cambio, otros períodos en que parece comportarse como una persona casi normal, como una madre cariñosa, que llama a su hija, que intenta convencerle de que vuelva. He de confesarle que esos momentos son los que a mí me dan más miedo. Llama a Leire, repite su nombre con una especie de falsa dulzura. No sé si conoce su historia.

—Sí.

—No sale de ese bucle, para que lo entienda. Hay semanas Jason, en las que grita violentamente a la que fue su pareja y reacciona de forma agresiva, pero más de palabra que de actos y otras son las semanas Leire, las cuales, ya le digo, a mí me dan más miedo. Si tuviera cerca en ese momento a una niña, la golpearía hasta la muerte, estoy seguro de ello.

—¿Y no se ha podido hacer nada?

—No. Una lobotomía podría funcionar pero ya no se usan esos métodos. En fin, como verá, está todavía en plena forma. Debíó de ser una mujer muy fuerte.

El doctor la condujo por un largo pasillo. Habían acordado que podía observar a Petra durante unos minutos, pero sin realizar ningún gesto y sin dirigirse a ella. Incluso la sola vista de otra persona podría provocar alguna reacción imprevisible en la paciente.

Itziar no tenía una idea clara de lo que se iba a encontrar. A su memoria acudían escenas de la película “El silencio de los corderos”, aunque ya sabía que no le esperaba nada parecido. El pasillo parecía el de un hotel moderno y funcional con puertas cerradas a ambos lados. Doblaron el largo pasillo y se toparon con una puerta de doble hoja, que el doctor Iturri abrió para dejarla pasar. Entraron a una sala espaciosa dividida en dos por un mostrador. Le recordó al locutorio donde se reunía con su tía monja cuando era una niña. Pero su tía eligió aquella reclusión, mientras que aquella mujer no quiso aceptar su destino, no soportó el abandono de Jason, y se convirtió en una apestada para los demás.

Petra Arama estaba sentada en una silla, amarrada por la camisa de fuerza. Tenía la cabellera, larga y espesa, totalmente blanca, pero se observaba en el tono de su piel que había sido una mujer muy morena. Y aunque no podía encontrarse en aquel rostro surcado de arrugas ni una señal de una antigua belleza, Petra había sido una mujer excepcionalmente hermosa.

Cuando se percató de la presencia de Itziar, sonrió. La *ertzaina* no pudo evitar un estremecimiento. No sabía cómo definir aquella sonrisa tan inquietante: ¿demente?, ¿sádica?, ¿atroz? El caso es que se descubrió llena de temor, como si aquella sonrisa

fuera peligrosa en sí misma. Entonces la mujer empezó a canturrear. No se entendía lo que decía hasta que pronunció el nombre de su hija.

—*Leire, Leire, neska polita, etorri amarekin, etorri maitia, etorri. Leire, Leire...*

Las palabras eran dulces, maternales, pero a la vez transmitían una malignidad que Itziar jamás había contemplado hasta ese día. Le recordó a Uriah Heep cuando con su vocecita llamaba a los niños a los que planeaba violar y torturar. No pudo aguantarlo más y abandonó la sala.

—Impresiona ¿verdad? No sé por qué vemos más maldad en esta pobre mujer que en otros. Su locura, por lo que sé, comenzó con un amor obsesivo, patológico. No se engañe, oficial. Petra no es peor que mucha de la gente que nos rodea. Lo único que ocurre es que su enfermedad le impide colocarse la adecuada máscara que oculte sus atroces deseos.

—No sé, doctor. Creo que usted exagera. Yo trabajo en lo que trabajo y sólo una o dos veces he visto tanta perversidad.

—No me he explicado bien. El hombre es, en mi opinión, un animal muy complejo, capaz de lo mejor y de lo peor. Y soy de los que cree que ambos comportamientos extremos, el de lo mejor y el de lo peor, pueden darse en la misma persona. Creo además en la necesidad del control de uno mismo, que hay un límite, distinto para cada uno, pero que hemos de ser capaces de identificar dentro de nosotros, y que jamás, en ninguna circunstancia, deberíamos traspasar. Ese límite es la frontera de lo que llamamos humanidad. Si lo traspasamos, tiene consecuencias. Resulta difícil volver al lugar que hemos abandonado y si nos quedamos en el otro lado, seremos capaces de cualquier monstruosidad. No sé: hay ejemplos por todas partes: el nazismo, los asesinos en serie, los depredadores de niños o mujeres. Esta mujer, en mi opinión, traspasó esa frontera para amar sin medida y luego no supo volver, y se convirtió en el monstruo que usted acaba de conocer.

Itziar aceptó la invitación de Iturri y se acercaron al bar para tomar un café. Necesitaba reponerse de la experiencia, aunque no creía que las teorías pesimistas de aquel doctor tan peculiar pudieran ayudarla a serenarse.

Por suerte, Iturri cambió de tema y le comentó que Petra no había recibido una sola visita en todos aquellos años y, de repente, en el último mes habían acudido tres personas. Itziar preguntó por las otras dos visitas. El doctor contestó que no podía darle más información, aunque para entonces ya le había contado más de lo que debía. Una de las visitas inició una semana Jason. Iturri mencionó a un joven alto que llegó en una magnífica Harley Davidson. Itziar imaginó la conmoción de Petra ante esta visita. Seguro que vio a su amante en los rasgos de su hijo, pero no le comentó nada al doctor. En cuanto a la otra visita, que fue realizada por una mujer morena, que salió llorando y no quiso tomar siquiera un café, provocó otra de las semanas Leire, como la que ahora mismo había provocado la *ertzaina*. Itziar no imaginaba quién podía querer visitar después de tantos años a Petra. El doctor, muy amablemente, al recordar que estaba hablando con una *ertzaina*, le indicó que, si traía una orden

judicial, estaría encantado de poder entregar los nombres. Itziar desechó la posibilidad, ya que no había realmente ninguna razón, aparte de una morbosa curiosidad, que justificara esa orden.

ARANTZA

Arantza aguardó en el caserío, siguiendo las instrucciones de Benjamín. Llegó media hora antes a la cita. Durante dos largas semanas llegó a pensar que Benjamín la había olvidado, pero un día que regresaba andando de Beasain a Ordizia creyó entrever una sombra que la seguía. No tuvo miedo, al contrario, se alegró, pues estaba segura de que se trataba del hombre del bosque. Cuando lo encontró de frente, debajo de una farola solitaria, esperó a que él hablara. El hombre de negro no dijo gran cosa. Ella le contó lo que le había ocurrido. Él escuchó con atención y le citó para dos días más tarde en el caserío.

Benjamín llegó y la saludó con un movimiento de cabeza. Ella lo siguió carretera arriba, hasta una borda abandonada. Un individuo se encontraba en su interior. Benjamín lo había desnudado de cintura para abajo, y lo tenía tumbado y sujeto por los tobillos y las muñecas a una mesa. El sexo destacaba enmarcado entre los muslos. Observó que estaba flácido, parecía una pequeña lombriz, no era ya el sexo amenazante y poderoso con el que la había humillado unos meses antes. El prisionero se percató de que no estaba solo y comenzó a gimotear.

—Por favor ¿quiénes son ustedes? Quítenme la venda, por favor.

Arantza no dijo nada. No le importaba que supiera quién era. Cuando acabara con lo que iba a hacer, estaba segura de que él la reconocería, incluso con la venda en los ojos. Le dio ganas de gritar que se abriera de una puta vez, pero decidió callarse: no quería que él se imaginara que la voz la perseguía. Ella sólo quería acallar la voz, para eso estaba allí. Benjamín le entregó una piedra del tamaño de una manzana. Ella recordó cómo había machacado años atrás la cara de la niña con una piedra similar. Se acercó al sexo de su violador y golpeó con violencia varias veces seguidas. Gritó como un cerdo, con una voz chillona, llena de dolor y de miedo. Aquella voz subía por la misma garganta que la otra, pero era una voz que a Arantza le agradaba. Golpeó otro par de veces con fuerza renovada, hasta que se aseguró de que aquel sexo jamás podría volver a humillar a nadie. Los gritos cesaron, probablemente se había desmayado. Arantza recordó el rostro de la niña convertido en una masa de pulpa sanguinolenta y pensó que debería hacer ahora lo mismo. Debería destrozar aquella boca, para que la voz se extinguiera definitivamente. Se acercó a la cabeza con la mano en alto, con intención de golpear, cuando algo rodeó a su muñeca como un cepo con tal fuerza que no pudo evitar un grito. La piedra cayó al suelo. Benjamín la miró con severidad.

—Oño por oño y diente por diente, perro no más.

Ella supo que aquello no iba a ser suficiente, pero no se atrevió a llevarle la contraria.

ITZIAR

Aureliano Mestre trabajó durante años para el CNI, como ya se había figurado Itziar. Sus huellas constaban en los archivos secretos, así se lo confirmó el contacto de Paco en el CNI. Este agente, que no se identificó, también le informó de que llevaba ya varios años fuera del servicio, pues ya desde joven había llamado la atención de Jason Compson, quien fue oficial de inteligencia durante el franquismo y que siguió conservando su estatus con la democracia.

—¿Pero Jason no trabajaba como ingeniero?

—Por supuesto. Pero fue reclutado como agente encubierto en los 60 por los servicios secretos de Franco. Realmente lo tuvo fácil: heredó el puesto de su padre, que antes había trabajado para los nazis y acabó escapando de sus compatriotas americanos cuando ocuparon Alemania.

—¿Y mantuvo ese puesto hasta su muerte?

—Así fue. Los servicios de Inteligencia son los organismos más estables dentro de un Estado. Una vez que llegas a un cierto nivel nadie puede echarte. Como mucho pueden apartarte, siempre conservando los honores y el sueldo, e incluso se cobran indemnizaciones importantes para garantizar la discreción. Dese cuenta de que todos graban, y lo graban todo. Tienen videos de políticos, de jueces, de militares, de obispos, de prostitutas, de narcos y sobre todo tienen videos de fiestas salvajes donde todos ellos coinciden: obispos, prostitutas y chaperos, jueces, políticos, deportistas y narcos. Y nadie quiere que todo eso se airee.

O sea que eso eran las cloacas: vigilancia, chantaje y miedo.

—Y Jason ¿qué pinta en esto?

—Aunque no estaba en activo, tenía amigos y estos le hablaron de Aureliano. Acabó fichándolo para sus empresas.

—Por eso le montó la empresa de informes comerciales.

—Sí, y cuando a Ernesto le dio por la locura de la Comunidad, Jason puso a Aureliano de ángel de la guarda.

—Entonces no cree usted que Aureliano haya estado detrás de la muerte de Ernesto.

—No creo, salvo que lo hayan comprado y no se me ocurre quién pudiera tener tanto interés, pues Aureliano cobraría muy bien de los Compson.

Tras esta conversación con el misterioso agente, Itziar creyó llegado el momento de poner las cosas en claro con la madre de Ernesto. De forma amigable se puso en

contacto con la madrileña, que todavía continuaba en el hotel y que, con su presencia, parecía advertir a la *ertzaina* de que las investigaciones no avanzaban con la suficiente rapidez.

Decidió tener un encuentro nuevamente en el bar del hotel y citó a Alejandra para la diez de la mañana. Le avisó de que asistiría la agente Idoia Lozano, y de que no se trataba de una conversación intrascendente, sino que había de tomarse casi como un interrogatorio.

Itziar esperó a Idoia mientras contemplaba con detalle el conjunto señorial de Igartza, que se encontraba enfrente del hotel y que había sido restaurado recientemente. Le sorprendió encontrar un conjunto de edificios tan bien conservados, separados del Dolarea por un puente de piedra tendido sobre el río Oria. Había leído esa mañana que las construcciones eran del XVI o del XVII. El propio hotel, según le habían informado en la recepción, fue venta caminera ya en el XVII. Abandonó la contemplación, pues en ese momento se presentó su compañera.

Cuando entraron en el bar, encontraron a Alejandra esperando sentada con un desayuno completo en la mesa. Ellas encargaron un café, tras haber efectuado Itziar las oportunas presentaciones. Decidió empezar duro, ya que no quería que la señora, escudándose en su exquisita cortesía, siguiera mintiendo como hasta ahora lo había hecho.

—Mire, señora Abascal, usted, con su presencia y con sus indirectas parece que está insinuando que la investigación no avanza como a usted le gustaría. Con su actitud parece decirnos que desearía una mayor rapidez y eficacia. Pero estos deseos se contradicen con su comportamiento.

—No sé a qué se refiere. Y llámeme Alejandra, por favor.

—Como ya sabe, la muerte de su hijo no ha sido la única ocurrida estos días en la Comunidad ¿qué puede decirnos de Aureliano?

—No sé qué quiere que le diga. Conocía a Aureliano desde hace años, porque antes de integrarse en la Comunidad tuvo ciertos contactos profesionales con mi marido.

—Para ser más precisos, Aureliano era un empleado de su marido.

—Bueno, puede verse así. Jason no me informaba al detalle de sus negocios. Como comprenderán, no quería aburrirme.

—Y ahora nos consta que trabajaba para usted, Alejandra. No merece la pena que siga ocultándolo.

—Ya —Alejandra se revolvió inquieta—, ¿cómo han llegado a esa conclusión?

—No viene al caso, las preguntas las hacemos nosotras. Sabemos que Aureliano no era un adepto captado por Ernesto, ni tampoco un converso a la ideología anarquista. Antes de trabajar para ustedes, fue agente de Inteligencia, un profesional, y se infiltró en la secta por orden de su marido. Cuando éste murió, usted tomó las riendas ¿cuál fue la razón para infiltrar a Aureliano en la organización de su hijo?

Alejandra no contestó de inmediato. Se tomó su tiempo: aprovechó para servirse algo más de café y mordisqueó una pasta, como dándose un respiro para decidir cómo iniciar su exposición.

—Veo que tienen ustedes sus fuentes. Es verdad. Aureliano trabajaba para nosotros. Este trabajo era sobre todo para mí. Soy madre ¿entienden? Madre de un solo hijo que, de repente, abandona Madrid y se viene a vivir a las montañas sin dinero, sin bienes, sin seguridad alguna. Y encima a una tierra que a mí siempre me ha dado miedo. Temí por su vida, la verdad. Por eso obligué a mi marido a que enviara a Aureliano, sin que Ernesto lo supiera, para que velara por él.

—Cuando habla de miedo ¿se refiere a ETA?

—No, no sólo a ETA. Sé más de esta tierra que la mayoría, y para mí siempre ha sido una tierra aciaga. Mi hijo tenía que venir precisamente aquí. Y su elección fue responsabilidad del canalla de mi marido, que me ha jodido hasta el final. Ya ven cómo ha terminado la historia.

—Hemos de pensar que la relación idílica con su marido tampoco es cierta.

—Como si no lo supieran. No imagino lo que habrán oído de Jason y de mí en esta tierra. Usted, Idoia, es del valle ¿verdad?

—Sí, señora.

—Y no es la primera vez que oye hablar de mí y de Jason.

—La verdad es que no. Aunque no sabía su nombre. Aquí se le conoce por la Otra.

—La Otra —Alejandra sonrió— la Otra. Ya ve usted, en esta maldita tierra Alejandra Abascal y Suárez de Colmenar, casada legalmente con Jason Compson, no era la mujer de Jason. Era la Otra.

—Nunca supimos de su existencia hasta el final. Así por lo menos me lo han contado mis padres.

—Ya ve, Iciar, somos leyenda. No me extraña. Vaya historia la de Jason. Y pensar que mi padre y yo se lo pusimos en bandeja. En fin, no quiero remover el pasado.

—Su marido, por lo que tengo entendido, vino para poner orden en Papelera del Goierri, una de las empresas de su padre.

—Así es; si llego a saber lo que me esperaba, le digo a mi padre que cierre la empresa.

—Vino para una corta temporada.

—Sí, para acabar con no sé qué problemas laborales. Fíjese, hasta con Franco había obreros rebeldes, al menos en esta tierra. No me extraña que a estas provincias se las llamara traidoras.

—Cuál fue la razón de que se alargara tanto la estancia en el Goierri?

—La versión oficial, la que Jason nos contó, fue la de que la empresa tenía un gran potencial y él era el hombre adecuado para dirigirla hasta que se asentara. Y los dos, mi padre y yo, fuimos tan tontos que le creímos.

—¿No era verdad?

—Bueno, voy a intentar ser justa: Jason era un hombre muy inteligente y capaz, además de atractivo y granuja. Y lo que contó era verdad: consiguió modernizar la empresa en seis o siete años y la convirtió en una de las exportadoras de la zona. Mi padre y yo estábamos muy orgullosos ¡qué imbéciles! Mientras se nos caía la baba, él estaba revolcándose con esa sucia perra.

—Petra.

—¿Se llamaba así? Nunca supe su nombre. Para estos aldeanos yo era la otra. Para mí ella era la perra. Eso es lo que era: una perra en celo.

—Cuando vio cómo su marido prolongaba aquí su estancia ¿no se planteó venir a vivir aquí con él?

—¿Está de broma?, ¿han visto el pueblo? Pues ni se imaginan cómo era en 1.968. A mí me recordaba a Las Hurdes. Y encima hablaban raro. Quedé encinta y cuando nació Ernesto me concentré en su educación. Jason venía algún fin de semana. Cuando no venía, pretextaba problemas en la planta de producción y cosas parecidas y así pasaron los años, yo con mis cuernos bien afilados y él viviendo durante años como un salvaje. Nunca he querido saber. Pero siempre hay almas caritativas que te cuentan las cosas. Y aunque no quieres saber, sabes.

—¿Cómo se enteró del *affaire* de su marido?

—No lo llame *affaire*, por favor. Eso suena a civilizado, a juego de seducción, a comedia francesa. Lo de mi marido era más sórdido: se encoñó de una aldeana de lo más bajo, se apareaba con una perra y vivía como un perro. Por las mañanas se ponía un traje y parecía un ser civilizado y cuando iba por Madrid era el refinamiento personificado. Aún no puedo entender cómo no me di cuenta antes. Realmente, nunca me di cuenta de nada. Suele ser lo normal ¿no? Además, como dijo una de mis amigas, que todavía debe de estar riéndose con ganas: “Chica, es normal que no te dieras cuenta. No te engañó con ninguna de nosotras. Hizo algo asqueroso, inimaginable, casi no puedo creerlo. Y suerte tienes de que no te contagiara nada exótico”.

—O sea, que alguien le informó.

—Sí, sería en el 74, un año antes de lo que llamo el final de todo. Una amiga me contó algo que se le escapó a su marido. Los hombres lo sabían. Y, como siempre, se tapaban unos a otros.

—¿Y qué hizo usted?

—Se lo solté de golpe. El muy cínico se rio y lo negó todo. Pero se dio cuenta de que yo no le creía; y, a pesar de todo, continuó, no era capaz de dejar a la perra.

—¿Cómo consiguió que volviera con usted?

—Me avergüenza contarlo. Me cuesta, porque soy una mujer orgullosa y no quiero contarlo. Volvió, pero no lo hizo por mí, no lo hizo siquiera por su hijo. Lo hizo por el dinero y por la posición. Fue así de crudo. Al principio intenté apelar a sus sentimientos, pero vi que aquello no funcionaba con él. Me di cuenta de que siempre lo había sabido, pero nunca me atreví a confesármelo. Nunca me quiso, no me

respetaba y ni siquiera me compadecía; era un auténtico hijo de puta y estaba conmigo sólo por el poder y el dinero. Cuando me convencí de eso, empecé a luchar con sus propias armas. Aquello se convirtió para mí en una guerra.

—¿Pidió ayuda a su padre?

—Por supuesto. La guerra es siempre cosa de hombres. Le costó, fue duro para mi padre vender la empresa a precio de saldo, pero al final lo hizo. Me demostró que él al menos me quería.

—Y vino a buscar a Jason.

—Sí, es lo que hice. Vine a buscarle, vine a agarrarlo, a tirar de él, a romper esa atracción incomprensible que nos cubría de vergüenza.

—Parece que lo consiguió.

—Pero a qué precio. No puedo olvidar aquel día, un día de noviembre del 75. Llevaba unas dos semanas aquí, en esta tierra maldita, amenazándole, suplicándole, esperándole. Jason ya había sido despedido de la papelería. Fue la condición más importante que mi padre impuso a los compradores. Yo me alojaba aquí, en Beasain, y él volvía a mi cama todas las noches, borracho y melancólico. Yo hablaba, suplicaba, amenazaba, y él callaba y bebía. Por las mañanas me abandonaba y yo tenía la certeza de que volvía al caserío de ella. Pero yo esperaba, consciente de que él era incapaz de renunciar a todo. Sólo necesitaba un poco más de alcohol para tomar la decisión que sabía inevitable. Al fin, una mañana me anunció que regresábamos a Madrid, que preparara la maleta: el tren paraba en la estación a la una del mediodía y convenía estar media hora antes. Quizás ustedes imaginan ese día como un día de triunfo para mí, pero se equivocan de principio a fin. Para mí aquel día fue el final de todas las cosas.

Jason desayunó conmigo a las nueve de la mañana. Me soltó la noticia de improviso, sin introducción alguna, como si estuviera anunciando una excursión veraniega. Se supone que yo tenía que haber saltado de alegría, al fin había vencido, recuperaba al hombre que quería, teníamos una segunda oportunidad. Pero no sentí nada de eso, sabía que el Jason que llevaba para Madrid no era el Jason del que yo me enamoré. Lo que me llevaba no era más que una especie de caparazón vacío, un cuerpo con la apariencia de mi marido, pero en el que no conseguía descubrir vida alguna. Y eso no era lo peor. Lo que convirtió aquel día en el día del fin de todas las cosas estaba por llegar. En las dos horas siguientes me apresté a prepararme para el viaje. Jason me esperaba entretanto en el bar. Sin nada más que hacer, sin ninguna razón para hablar entre nosotros, sin nadie de quien despedirnos, llegamos a la estación a las doce y media de aquella mañana, y nos sentamos en un banco a esperar la llegada del tren que ya habría salido de San Sebastián.

Jason miraba en silencio hacia el frente, como esperando algo. Yo, contagiada por su actitud, también miraba expectante. Y llegó, al fin, lo que parecía que estábamos aguardando, lo que temíamos, lo que faltaba para que nuestras vidas quedaran ancladas para siempre en aquel día. Tengo que decir que Jason y yo, durante los

treinta años siguientes de nuestras vidas, no hemos podido escapar de la prisión temporal que aquella furcia fundó en treinta minutos escasos.

Primero pudimos observar un minúsculo punto negro que se acercaba por la carretera, la que bajaba desde el monte situado enfrente del pueblo. El punto fue creciendo, pero no cambió de color; una figura que parecía de mujer, vestida de negro, bajaba del monte conduciendo una especie de carretilla, cubierta con una lona azul y que tenía la rueda delantera mal engrasada, pues a cada vuelta producía un sonido agudo y desagradable, una especie de chillido que no me ha abandonado desde entonces y que oigo prácticamente todas las noches.

Al fin el sonido cesó cuando aquella perra vestida de luto riguroso detuvo la carretilla frente a nosotros, a unos quince metros de distancia, al otro lado de las vías por las que en unos minutos habría de pasar el tren que esperábamos. Yo no podía dejar de mirar hacia aquella lona, preguntándome qué horroroso secreto escondía.

Aquella mujer de repente comenzó a gritar: “Jason aquí tienes a tus hijos. Tus hijos, Jason, tus hijos, muéstralos a tu furcia para que vea cómo los cuidas” y levantó la lona para mostrarnos dos pequeños cuerpos. Dejé de mirar y me tapé los oídos: no quería oír más, consciente de que todo lo que oyera ese día me acompañaría toda la vida. Aquella perra se atrevió a llamarme furcia. No sé lo que hizo Jason, no sé tampoco qué más pudo gritar aquella malvada mujer. Sus gritos fueron ahogados por el ruido del tren que llegaba en esos momentos y que interpuso un muro entre ella y nosotros.

—¿Subieron al tren? ¿Fueron capaces de subir al tren?

—Subimos a ese tren, sí ¿qué quería que hiciéramos? Subimos al tren y nos dirigimos al compartimento que nos correspondía. Subimos a ese tren y huimos para Madrid. Pero desde entonces tengo la sensación de que no he hecho más que vivir en esa estación y mi tiempo y el de Jason se detuvo en aquel día para siempre. Por eso lo llamo el día del fin de todas las cosas.

Las tres mujeres permanecieron absortas, imaginando aquel momento sin nada más que hablar, hasta que Alejandra rompió el silencio.

—Pero no termina todo aquí. Aquella mujer no sólo acabó con la vida de aquellos pobres niños. Durante el viaje tuve un aborto espontáneo y perdí a la niña que estaba esperando. Me dijeron que era muy pronto para conocer el sexo de la criatura, pero yo siempre he sabido que era una niña, que sólo vivió hasta aquel día, el día que supuso para los que estábamos en aquella estación el fin de todas las cosas.

LEIRE

Leire aguzó el oído pues le pareció que se acercaba alguien, aunque el sonido parecía provenir de más arriba, por lo que pensó que no sería la bruja. Por si acaso era su madre, retrocedió con presteza, se ocultó detrás de unos arbustos, sin soltar a su hermanito, y esperó. Oyó con claridad una especie de bufido y en ese momento un gigante vestido de negro y un caballito blanco irrumpieron en el claro del bosque. El caballito cargaba un bulto cruzado que a Leire le pareció el cuerpo de un niño. El gigante acarició la cabeza del potro, le habló en susurros y le frotó con cariño las orejas; cuando el animal se tranquilizó y se quedó inmóvil, soltó la carga y Leire comprobó que se trataba de una niña. Le pareció que estaba muerta, como Martín. El gigante depositó con suavidad el cuerpo inerte sobre la hierba. En ese momento se oyeron los gritos de la bruja, que la llamaba por su nombre. El gigante se apartó bruscamente llevándose al potro y dejó el cuerpo de la niña reposando en la hierba. Leire comprobó que la niña se le parecía mucho: misma edad y estatura, cabellera larga, negra y espesa. La bruja se acercaba, aunque todavía sonaba algo lejana.

—*Leire ¿non zara zu?*

Supo entonces lo que tenía que hacer. El gigante le daba miedo, pero la voz de su madre, desde que la habitaba aquella bruja perversa, le producía un pánico insuperable. Con decisión, se acercó a la niña. Posó el cuerpo de Martín junto al de ella y miró fijamente hacia la espesura, hacia donde creía que estaba el gigante observándola. Sin dejar de mirar hacia allí, desnudó rápidamente el cuerpo de la niña, se quitó el pijama y vistió con él al cadáver. Empezó a vestirse con la ropa de ella, pero desistió de hacerlo, pues la voz de la bruja se aproximaba peligrosamente y todavía quedaba algo más por hacer. Examinó el suelo hasta que encontró una piedra del tamaño de su mano. Miró con intensidad hacia la espesura, como solicitando el perdón o el permiso del gigante para lo que iba a hacer a continuación. Agarró a la niña por los cabellos y, como si estuviera exterminando una culebra de las que de vez en cuando amenazaban a los animales del *baserri*, empezó a golpear con gran violencia el rostro de la niña. Paró un momento y miró de nuevo hacia la espesura. Oyó a su madre, ya casi estaba llegando al claro. Golpeó con fuerza renovada, hasta que comprobó que la cara de la niña se había borrado hasta convertirse en un pedazo de carne ensangrentada, que le recordó al cuerpo del pequeño Martín el día en que nació ¡Qué lejos le pareció que quedaban aquellos días! Depositó el cuerpo junto al de su querido hermanito, cogió las ropas de la niña, teniendo cuidado de no olvidar ninguna prenda, volvió a escrutar la espesura y se escondió de nuevo tras los arbustos.

ITZIAR

No podía dejar de pensar en todo lo que le habían contado: cómo para aquellas personas el tiempo se detuvo y nada, o casi nada de lo que sucedió en los años siguientes, tuvo consecuencias. Itziar intuía que la vida de todos ellos se había convertido en una vida fingida. Imaginó cómo tuvo que ser la vida del niño Ernesto Compson desde entonces: una vida vivida junto a unos cuerpos vacíos, así el de su padre, un padre aparentemente normal, que seguía trabajando, relacionándose con sus iguales, exigiendo a su hijo los esfuerzos que se supone que un padre debería exigir a sus hijos, fingiendo preocupación por su educación, por sus notas, por sus amigos, pero con la mente habitando en un especie de edén fantasmal, amando a Petra Arama y a Leire y a Martín, en una existencia ficticia que se resistía a dejar atrás. Y junto a una madre que le quería, que se preocupaba por él, pero que era incapaz de no volver todas las noches a aquella media hora en la estación, el día del fin de todas las cosas, contemplando a aquella furia vengadora y asistiendo a la muerte de aquellos tres niños, de los dos que Petra les mostró hacinados en aquella carretilla de obra y de aquella otra vida que se consumía en esos momentos dentro de su propia matriz.

Empezaba a entender la decisión que tomara Ernesto Compson, ese giro inexplicable que le llevó de profesor revolucionario en una facultad de políticas a convertirse en un morador de aquel territorio donde sabía que seguían viviendo, y siempre lo harían, incluso después de su muerte, aquellas personas, aquella Petra Arama y Leire y Martín y Jason Compson e incluso su madre Alejandra, incapaces de escapar de aquella semana atroz.

En aquellas conversaciones entre Ernesto y su padre, en la que éste le confiaría la nostalgia que nunca fue capaz de superar por el valle, en que le transmitiría aquella viejas leyendas de vascos anclados en tiempos pasados, Ernesto modelaría su proyecto y lo convertiría en un destino individual: recuperar su vida no vivida, la vida que los acontecimientos de aquella semana de Noviembre del 75 le negaron por haber convertido a sus padres en un par de fantasmas, presentes en Madrid, con sus cuerpos visibles, pero habitando en todo momento en aquellos valles y en épocas pasadas. Lo que Ernesto intentó no fue una utopía social, sino recuperar el paraíso que intuía que su padre había disfrutado y que había traicionado para nada.

Sus padres fueron desde aquel día para Ernesto nada más que dos cuerpos vacíos, dos autómatas que respondían a los estímulos exteriores de forma mecánica, pero que estaban huecos, porque su espíritu se había congelado y habitaba realmente en aquellos valles del Goierri, en forma de paraíso en el caso de Jason y como un infierno atroz, pero presente siempre, en la vida de Alejandra.

La mente de Itziar también estaba, poco a poco, empezando a habitar en aquella época, influida por el relato de todas las historias. A ello la ayudaba también la falta de avance en las investigaciones.

Llegaron los resultados de la Científica, que había examinado todos los cuchillos de caza requisados, tanto los entregados por los vecinos de Ordizia y Beasain cuyas hijas permanecían en la Comunidad, como el entregado por Carmen, perteneciente a Ernesto y que se quiso presentar como el arma homicida utilizada por Saúl para matar al líder. En este cuchillo tampoco la prueba del luminol encontró muestras de sangre humana. Sí estaban las huellas dactilares de Ernesto, pero la forma de la hoja tampoco se correspondía con las heridas producidas en el cuerpo de la víctima. Volvían a estar como al principio, con muchos sospechosos, pero sin ninguna prueba.

El caso dio un vuelco significativo cuando Olatz, la agente de la Científica llamó a Itziar para anunciarle el descubrimiento antes de que le llegara por la vía oficial. Tenía novedades sobre la sangre del grupo 0 negativo, la que no era de la víctima.

—Todavía no sabemos de quién es. Tenemos el ADN de todos los miembros de la comunidad y de los padres a los que hemos visitado —dijo Itziar— pero no es la sangre de ninguno de ellos. Tampoco los cuchillos requisados coinciden con el arma homicida. Un desastre, Olatz.

—Por eso te llamo. Creo que esto te puede interesar: pensáis que la sangre tiene que ser del asesino ¿no?

—Sí, es lo más probable. No había mucha cantidad. Posiblemente se hirió él mismo cuando estaba acuchillando frenéticamente a Ernesto.

—Pues vete pensando en una asesina.

—¿Cómo lo sabes?

—Test de embarazo. Y de momento, que yo sepa, sólo nosotras nos quedamos embarazadas.

—Joder, gracias, Olatz. Hemos reducido los sospechosos a la mitad.

—Por eso te llamaba ¡suerte!

—*Eskerrik asko.*

Se sintió desalentada. Nada cambiaba demasiado en la investigación. Antes pensaban en un padre o marido de entre los pobladores del valle. Ahora debían buscar a una mujer, posiblemente una chica del valle, que se habría convertido en amante de Ernesto y se vería con él en la cabaña. Quizás le comunicó que estaba embarazada y Ernesto la rechazó. En un acceso de rabia aquella mujer habría matado a su amante. Si hubiera sido una amante, explicaría por qué Ernesto no se había defendido, no esperaba el ataque en absoluto. Era extraño que la mujer hubiese acudido a la cita con el arma homicida. Tuvo que llevarlo con la intención de utilizarlo. Quizás antes de aquel día Ernesto la había rechazado y aquella cita estuviera concertada por la chica con la idea de hacer cumplir a Ernesto sus deberes como padre y, en caso de no hacerlo, la mujer venía con la intención de acabar con su vida.

Era curioso. Padre e hijo terminarían siendo víctimas de mujeres del Goierri a las que habían traicionado como amantes. Pero mientras Jason tuvo que sufrir el infierno de sobrevivir a la venganza durante todos aquellos años, ya que la furia de Petra se materializó en el asesinato de los hijos de ambos, en el caso de Ernesto se había concretado en su propia muerte, de la que probablemente no llegó a enterarse. El asesinato de Ernesto era una muerte fácil de entender, una venganza que entraba dentro de lo que todos consideramos como una reacción humana, como algo que la mayoría podía asumir, como un comportamiento no deseable pero posible, todavía dentro de los límites de lo que consideramos un acto humano. Los asesinatos de Petra, en cambio, entraban en el terreno de lo indecible, de aquello que nos negamos a considerar posible para un ser al que le reste algo de eso que llamamos humanidad. Por ello Iturri había afirmado que, antes de realizar un acto tan abominable, era necesario traspasar un límite, abandonar el territorio de lo que llamamos humano, y eso es lo que Petra había hecho ya, con esa especie de amor desmedido, fuera de norma, de tal manera que, tal como Itziar lo sentía, Petra había traspasado la frontera donde las reglas de lo humano ya no rigen, no por maldad sino por un amor anormal.

Ahora que sabían que el asesino era una mujer, repasaron las declaraciones, revisaron otra vez las pruebas, pero no encontraron nada significativo. Idoia y ella decidieron que tenían que ampliar el círculo de sospechosos. Tenían que abrirse a otras posibilidades, escuchar los rumores, concentrarse en conocer, como fuera, de amigos y amigas, de viejas *etxekoandres*, de gente como el padre Muniategi, de todos los aficionados a los relatos, las historias de amor entre Ernesto y las mujeres del Goierri. Recorrieron todos los hoteles de la zona, casas rurales, hospedajes, restaurantes, con la foto de Ernesto y su Harley, para conocer de todas sus andanzas por aquellos pueblos, y que fueron mencionadas por Aureliano la primera vez que hablaron con él.

Itziar ya conocía para qué había visitado Arrasate, gracias al testimonio de Iturri. Imaginó la conmoción que pudo sentir cuando vio a la mujer que, de alguna manera, había arrebatado el alma a sus padres y le había convertido a él, a quien ni siquiera conocía, en un desgraciado.

Pero las excursiones de Ernesto habían sido numerosas y ahora el círculo de búsqueda de sospechosos debía ampliarse a otros pueblos. También Idoia se preocupó de indagar sobre embarazos secretos y abortos clandestinos, pero todo ello no había llevado todavía a ningún resultado.

Aquella mañana Itziar trabajaba sin demasiado entusiasmo en la comisaría de Beasain, mientras Idoia recorría el Goierri, cuando le anunciaron la visita de una mujer que quería hablar con ella. Le extrañó que quisiera precisamente hablar con ella, pero lo entendió cuando vio que se trataba de Berta.

Aquella joven trabajaba en el Rita's y a veces solía hablar con Idoia, pues se conocían desde niñas. Tendría algo más de treinta años; llevaba el pelo castaño recogido en una coleta. A Itziar le caía muy bien, era una camarera seria y educada,

pero simpática, a la que tocaba lidiar con todos aquellos *txikiteros* que podían ser su padre y que solían llegar al bar con demasiados tragos.

—Hola Berta ¿qué tal? Idoia no está, supongo que no te ocurre nada grave.

—No, no tiene que ver conmigo, vengo a hablar de algo que me preocupa, aunque espero que no sea más que una tontería.

—Tú dirás.

—No sé cómo empezar, porque igual son todo imaginaciones mías, y no quiero perjudicar a nadie. Prefiero contártelo a ti antes que a Idoia, no sé si lo entiendes.

—Imagino que piensas que es mejor que lo conozca alguien más alejado de vosotros, que no os conozca mucho ¿no es así?

—Sí, a eso me refiero. Idoia es demasiado cercana, nos hemos criado todos juntos en el pueblo y no sé si quiero que se entere.

—Cuéntame.

—Se trata de una amiga. Idoia la conoce menos, pero conoce a su marido.

Itziar aguardó sin hacer preguntas. Sabía que en estos casos era mejor no presionar, ya acabaría contándolo todo de la manera que le resultara más cómoda.

—Creo que tú también conoces a Iñigo. Es uno que anda en una de las cuadrillas que paran por el bar.

—Sí, sé quién es.

—Ella se llama Ane. Hace varios días que no la veo.

—¿Piensas que le ha pasado algo?

—No, la verdad es que me comentó que iba a estar unos días fuera. Que necesitaba aire, que el pueblo la estaba agobiando. Creo que las cosas con Iñigo no van demasiado bien. Cuando se casó estaba muy enamorada, pero ya sabes, todo se acaba. El caso es que parece que se ha largado y no sé adónde.

—¿Y cuándo ha sido eso?

—Más o menos cuando sucedió la muerte del tío ese de la secta.

—Ya. Desde entonces no la has visto.

—No.

—¿Y no te ha llamado? ¿No te dijo a dónde iba? ¿Quizás un viaje al extranjero o algo así?

—No. Le pregunté a Iñigo. Me dijo que estaba cuidando a su ama en Donostia. Sé que miente. Le dará vergüenza decir que igual le ha abandonado.

—¿Y crees que la desaparición tiene que ver con la muerte de Ernesto?

—Hasta ahora no lo pensaba, pero he oído rumores.

—¿Qué rumores?

—Que andáis buscando a una mujer embarazada.

—Ane estaba embarazada.

Berta levantó la vista hacia el techo y se llevó una mano al cuello. Su nerviosismo era evidente.

—¡Joder! Ane es una tía maja. No creo que tenga nada que ver con esa muerte, pero creo que estaba embarazada.

—¿Te lo contó? ¿Te dijo que no era de Iñigo, quizás?

—¡Qué va! No me contó nada. Sólo hablamos de lo que ya te he dicho. Pero no sé, había señales, y sabes, dejó de fumar y de beber, a veces estaba indispuesta. Para mí estaba claro.

Berta calló. Itziar estaba entusiasmada, al fin algo que parecía una pista. Antes de solicitar la busca y captura de Ane decidió sonsacar al marido. Tenía la excusa de las fotos de Arantza. Tras despedirse de Berta agradeciéndole la información y diciéndole que estuviera tranquila, que posiblemente no fuera lo que ella temía, pero que deberían investigarlo, telefoneó a Iñigo. Quedó en acercarse por su casa en una hora.

Iñigo vivía con Ane en una casa unifamiliar situada en el límite entre Beasain y Ordizia. Itziar ya había observado que mucha gente frecuentaba esa zona para pasear o hacer deporte, ya que había un carril bici y también un paseo que unía los dos cascos urbanos sin solución de continuidad. Si no fuera por los carteles un visitante jamás pensaría que estaba paseando en el límite entre dos pueblos diferentes. Iñigo tenía su casa en el término municipal de Ordizia, justamente a unos pocos metros de Beasain. No caía lejos de la comisaría, por lo que decidió acercarse caminando.

Eran la cinco de la tarde y se podía ver gente por todas partes, caminando en uno y otro sentido, cuadrillas de mujeres paseando, ciclistas por el carril bici, corredores, solos o en grupo. La *ertzaina* tomó un café en un bar cercano a la comisaría y se dirigió caminando ligera hacia la casa de Iñigo. No podía evitar la desagradable sensación de que alguien la vigilaba. Era una impresión que se repetía a menudo desde que llegó a Beasain, pero de la que era sólo consciente cuando paseaba en soledad, como sucedía en ese momento. Decidió desechar esos pensamientos, pues sabía que no tenían mucha base y se concentró en el procedimiento que creía que debía utilizar con Iñigo para preguntarle por su mujer sin que el hombre sospechara nada. Lo más lógico es que primero se centraran en Arantza, ya que esa era la razón de la cita y luego entraría en materia. Aunque luego pensó que quizás era mejor que empezara con un comentario ocasional sobre Ane para ver cómo reaccionaba, para asegurarse de la sinceridad o no de sus respuestas.

La casa era una construcción moderna de una sola planta con tejado a cuatro aguas y que recordaba a los caseríos de la región. No parecía muy grande, pero tenía a la derecha un pequeño jardín, desde el exterior se distinguían dos árboles que a Itziar le parecieron dos manzanos. La parcela estaba cerrada con una valla coronada por un seto que aislaba la casa de las miradas de curiosos. Tocó el botón del timbre y cuando le contestaron se presentó. Un zumbido precedió a la apertura del portón. Entró y observó que Iñigo abría la puerta de la casa y salía a recibirla, acompañado de un perrazo silencioso que miró fijamente hacia la *ertzaina*. Parecía una mezcla de rottweiler y pastor alemán.

—Tranquila, es un perro muy pacífico; y es un amante del orden: jamás atacaría a una policía.

Iñigo vestía como si se estuviera preparando para salir, aunque todavía estaba despeinado. Se acercó a Itziar y le dio dos besos.

—Como ves, tengo un porche bastante decente. Siéntate ahí, que entro y te traigo las fotos ¿qué quieres beber?, ¿café, cerveza, agua? No tengo nada más.

—Un café está bien.

Se sentó en una de las sillas, la que miraba hacia los manzanos, intimidada por el perro que se situó frente a ella, a unos tres metros, y no le quitaba ojo.

Intentó relajarse mirando hacia el fondo del jardín donde había algo, no sabía qué, que la inquietó. Por mucho que mirara hacia los manzanos no era capaz de detectar qué era lo que le producía la desazón que sentía.

Cuando él volvió sosteniendo la bandeja con las bebidas, Itziar comentó que creía que él estaba casado.

—O eso me han dicho. Pero no conozco a tu mujer.

Él se detuvo de repente y casi se le cae la bandeja. No le había gustado el comentario. Intentó controlarse, apoyó con cuidado la bandeja en la mesa y se tomó su tiempo para contestar.

—No creo que la conozcas. Está con su madre.

Miró hacia Itziar con gesto serio. Su actitud había cambiado: parecía sospechar algo. Se sentó y se instaló un silencio incómodo entre ellos. Él parecía haber olvidado las fotos de Arantza. Tomaba el café en silencio, sin mirarla. Ella también desvió la vista hacia los manzanos y entonces lo vio, la hierba cercana a los árboles tenía otro color. Ella no entendía nada de jardinería, pero sospechó que el césped había sido levantado no hacía mucho. Ya no fue capaz de apartar la mirada y él se dio cuenta de que lo sabía. Se levantó sin mirarla.

—Ahora vuelvo.

—¿Adónde vas, a por la fotos?

—Sí.

Sabía que estaba mintiendo. Con determinación, cuando él le dio la espalda, se incorporó, empuñó la pistola, quitó el seguro y gritó:

—Alto, Iñigo, policía. Estás detenido. Levanta las manos, muy despacio.

Él se volvió.

—¿Qué haces? ¿De qué me acusas?

—De haber asesinado a tu mujer.

—Mi mujer era una zorra.

La ertzaina apuntó al pecho de Iñigo. “Joder, está claro”. Las manos le sudaban.

—Y del asesinato de Ernesto Compson.

—¡Coño! La preñó, el hijo de puta la preñó. Y ella estaba encantada. Yo no podía hacerlo. Por culpa de tu amiga.

Itziar no tuvo tiempo para entender de qué le hablaba. Sólo le preocupaba una cosa: no veía al puto perro.

Él gritó:

—¡Thor!

Algo le golpeó con fuerza en la espalda y cayó al suelo. Sintió los dientes del perro en la pierna, pero Thor no apretó las mandíbulas, ya que Iñigo le ordenó que se apartara. Itziar se percató de que con el empujón había soltado el arma. No se movió, pues tenía miedo al ataque del animal, que le miraba con fiereza y gruñía.

—¿Y ahora qué? —dijo Iñigo.

—Sujeta al perro y entrégate. Aún estás a tiempo.

—No, yo de ésta no salgo vivo. Y me temo que tú tampoco. Una pena que tu amiga me jodiera el aparato, porque estás casi tan buena como ella.

—¿Qué amiga? —preguntó Itziar, aunque ahora ya sabía de quién hablaba.

Thor empezó a ladrar furiosamente, pero no miraba hacia ella, sino hacia la puerta de la calle, que se abrió de golpe.

Arantza empuñaba su arma reglamentaria y apuntaba hacia Iñigo. Le impresionó el aspecto de su amiga: había adelgazado y en su mirada se vislumbraba un fondo de demencia.

—Coño, has oído hablar de sexo y vienes para recibir lo tuyo. Ya sabía yo, siempre has sido una guarra.

—¡Calla cerdo! ¡Eres un violador y un asesino!

Arantza todavía no la había mirado. Para ella parecía que sólo existía Iñigo.

—Asesino sí. Pero lo tuyo no fue como lo cuentas —Iñigo sonrió— todavía recuerdo tus gemidos. Fue acojonante. Seguro que nadie te lo ha hecho mejor. Por delante y por detrás. Creo que te gustó más por detrás.

Itziar gritó “¡Arantza! ¡No!” a pesar de que supo que nada podía hacer para evitar lo que observó en el rostro de su amiga.

El disparo retumbó como si se tratara de un cañonazo, e Iñigo cayó hacia atrás: tenía reventada la cabeza. Thor se abalanzó contra su amiga y la derribó. El perro mordió cerca del cuello: buscaba la yugular. Itziar encontró su arma, se acercó al animal y le descerrajó dos tiros. Thor soltó la presa y su cuerpo convulsionó unos segundos. Del cuello de Arantza manaba sangre. Por suerte el perro no llegó a la yugular. Itziar se arrancó la camisa y, tras hacer un rebujo con ella, la apretó contra el cuello de su amiga. Esta abrió los ojos, pero parecía estar lejos de allí. Miró hacia su amiga, pero no emitió sonido alguno.

—Aprieta fuerte, Arantza.

Le pareció que su amiga no corría peligro. “Tengo que arreglar esto”, pensó. Se acercó al cadáver de Iñigo. Sabía que si lo pensaba no iba a ser capaz de hacerlo. En la cabeza del muerto se podía ver un enorme boquete por el que se escapaba una sustancia rosa. La cogió con las manos y se untó con ella la cara y la ropa. No tuvo

que esforzarse para vomitar sobre el cadáver. Después se dirigió a su amiga, que la miraba sin decir nada.

—Recuerda Arantza, tú no digas nada. Hablaré yo: la maniobra Rentería. Tuviste que utilizar otra vez la maniobra Rentería. Pero tú no hables. Yo lo contaré.

Llamó al uno uno dos, soltó el arma y se dispuso a ayudar a su compañera. Aunque perdía sangre lentamente, no se podía hacer nada más que apretar la camisa para frenar la hemorragia hasta que llegaran los sanitarios.

No dijeron palabra mientras esperaban a los servicios de urgencias. Cuando llegó el coche patrulla, Arantza ya estaba siendo atendida por los servicios médicos. Su amiga había perdido el conocimiento. Itziar no conocía a los *ertzainas* que se presentaron, por lo que tuvo que decir quiénes eran Arantza y ella y qué hacían allí. Les señaló las dos pistolas en el suelo, la de su amiga y la suya propia y les contó con el menor número posible de palabras lo que había sucedido. No quería hablar demasiado, porque estaba segura de que volvería a ser interrogada por los agentes de Asuntos Internos y tendría que describir nuevamente la maniobra Rentería. Y esta vez iba a ser más difícil convencerles de que Arantza no pudo hacer otra cosa que disparar para evitar la muerte de ella, y que tuvo que hacerlo otra vez, necesariamente, a la cabeza del asesino de Ernesto, ya que era su vida contra la de ellas.

Desde entonces empezó a contarse una y otra vez la versión que debían conocer los de Asuntos Internos, tendría que practicar hasta que se convirtiera en la única versión posible, la que llevaría el marchamo de la verdad. Debería ser repetida hasta que ella misma la concibiera como un recuerdo que se le hubiera quedado grabado y le despertara todas las noches en forma de pesadilla.

No debería quedar ni un resquicio para la duda. Recordó a los agentes de Asuntos Internos y supo exactamente qué es lo que tenía que contar.

ARANTZA

Nunca olvidaría aquel día, pues nunca deben olvidarse las batallas ganadas, y Arantza estaba convencida de que ese día todos ellos, los alumnos del Instituto, armados tan sólo con piedras y palos y con su propio valor, habían derrotado a los grises, quienes se retiraron dejando la calle de la estación en poder de los manifestantes. Cuando los grises retrocedieron, los compañeros empezaron a corear los himnos revolucionarios y Arantza se emocionó. Pasada una hora ya no sabían qué hacer y, tras agotar el repertorio de himnos de victoria, la multitud se disgregó y empezó a ocupar los bares cercanos. Ella se reunió con los amigos y se atrevió a entrar en un bar. Los demás tenían ya dieciocho años y ella tan sólo dieciséis, pero decidió que ese día no acabaría sin que probara la cerveza. Hacía un mes que fumaba Winston de contrabando. Al principio la sensación de picor en la garganta le llevó a pensar que estaba haciendo una tontería, pero perseveró y ahora le encantaba fumar unos pitillos al salir de clase, sobre todo cuando acudía a las asambleas. Allí todo el mundo fumaba, mientras discutían las acciones que deberían iniciar en días tan cercanos a las elecciones. Se trataba de desenmascarar a aquellos falsos demócratas, que lo único que hacían era continuar por otras vías con las políticas de ocupación del franquismo. Ellos eran muy jóvenes, pero sabían lo que tenían que hacer. Arantza probó la cerveza que Iñigo puso en su mano y no le gustó, pero disimuló su malestar, pues sabía que al final le pasaría como con el tabaco. Iñigo, últimamente, hablaba mucho con ella y le invitaba a cigarrillos. Hablaban de cuestiones importantes, como la lucha revolucionaria, o la necesidad de combatir las falsas ideas de los políticos burgueses. Arantza se sentía orgullosa, porque no era frecuente que un tío mayor hablara con tal seriedad con una niña como ella. Estaba segura de gustarle y ello todavía la complacía mucho más. Iñigo era alto y guapo y en vez de dedicar su tiempo a tías mayores, más maduras, parecía interesarse por ella. Arantza nunca había besado a un chico en la boca. Ni siquiera había tenido novios, pero ya era hora de que los tuviera y bebiera cerveza con ellos. Incluso fantaseó con la idea de que podían fumar juntos unos porros mientras escuchaban a algún grupo en Beasain. Iñigo le gustaba mucho, pero le daba vergüenza confesarle que no sabía besar. No estaba segura de que eso fuera importante. Tampoco sabía a quién preguntar, casi no tenía amigas de su edad y seguro que las conocidas se reirían si les preguntaba, y encima se lo contarían a las otras. Decidió que lo mejor era dejar que Iñigo tomase la iniciativa. Seguro que sus besos la iban a encantar. Terminó la cerveza y se sintió un tanto mareada. Encendió otro pitillo y la sensación de mareo se acentuó, aunque debía reconocer que ese mareo resultaba una sensación agradable. No era capaz de seguir la conversación de

Iñigo, que hablaba con ella sin cesar, pero le miraba a la boca y le crecían los deseos de cerrársela con un beso.

Cuando salieron del bar era ya noche cerrada e Iñigo, que vivía en Beasain, se ofreció a acompañarla paseando hasta Ordizia. Ella rechazó el ofrecimiento, pero finalmente lo aceptó encantada. Iñigo caminó junto a ella cuando se despidieron de los demás. Arantza descubrió que algunos se reían con malicia cuando observaron que Iñigo la acompañaba, y no supo si molestarse o sentirse orgullosa.

Cuando se encontraron en el paseo que llevaba de un pueblo a otro, y que estaba casi vacío, Iñigo agarró la mano de Arantza con suavidad, a la vez que le sonreía como pidiendo permiso. Ella también sonrió y fueron de la mano unos minutos sin saber de qué hablar. Arantza estaba segura de que faltaba poco para el beso y ello la inquietaba, a la vez que la emocionaba, porque no quería hacer el ridículo.

Iñigo presionó un poco más la mano y le indicó con la cabeza una casa abandonada, apartada un poco del camino, a la que dirigió sus pasos. Lógico, allí era el sitio ideal para el beso, fuera de las miradas de los demás. Arantza se dejó hacer. Él la apoyó contra una pared de la casa, al lado de una puerta rota, desde la que se podía ver con claridad el interior, ya que en la pared de la derecha había una ventana por la que entraba la luz de una de las farolas del camino.

Una vez que Arantza apoyó su espalda contra la pared, Iñigo le sujetó con suavidad la nuca y, sin más preámbulos, la besó. Empezó sólo con los labios, pero poco a poco consiguió que Arantza abriera la boca y le introdujo la lengua. Arantza sintió un hormigueo por todo el cuerpo y, al mismo tiempo, experimentó un deseo como jamás había sentido hacia otro cuerpo. Se besaron juntos durante largo rato y Arantza aprendió a mover la lengua por la boca de Iñigo, y el placer creció en su interior. De repente notó que las manos de él acariciaban sus pechos por encima de la ropa y, aunque la sensación le resultó muy agradable, al mismo tiempo le causó un cierto malestar: no quería ir tan rápido.

—No, Iñigo, no.

—Anda, neska, no seas estrecha. Si veo que te encanta.

Arantza se inquietó, pues no le gustó el tono de voz de Iñigo y lo apartó de forma brusca. Él permaneció aturdido, mirándola con estupor.

—Perdona, Iñigo, me gustas mucho, pero dame tiempo.

Él se recuperó y sonrió. Arantza pensó que iba a volver a besarla y decidió no resistirse, pero con la firme intención de apartarse de la casa y volver al camino, mientras se dejaba besar. No podía prever lo que vino a continuación. Él miró hacia atrás y, tras asegurarse de que no había nadie por las cercanías, le tapó la boca con fuerza y la empujó con violencia dentro de la casa. Después le mostró una gran navaja y le habló con una voz especial, una voz que nunca antes había escuchado. Arantza supo que no era la primera vez que hablaba con esa voz.

—Ahora, zorrita, vas a estar callada y, mientras te miro, vas desnudándote.

—¡Iñigo, no!

—Ni Iñigo ni pollas —la voz todavía amedrentó más a Arantza— ¡Quítate las bragas de una puta vez!

Cuando Arantza se desnudó, sin mirar hacia él, la voz volvió a hablar.

—A lo perro, zorra, a lo perro.

Le miró sin entender. Él le obligó a arrodillarse y a ponerse a cuatro patas. Arantza comprendió y empezó a llorar.

Nuevamente, la voz.

—Calla, zorra, y ábrete de una puta vez.

Arantza, paralizada por el miedo y la humillación, intentó complacer a aquella voz.

LEIRE

Una leve caricia en el rostro la despertó. Abrió los ojos y vio la silueta de Benjamín recortada contra la boca de la cueva donde habían dormido. El día anterior Benjamín la llevó aparte de los demás y le explicó que tenían que emprender un viaje. Ella no preguntó la razón porque ya la sabía. La vieja Urtzi no soportaba su presencia y no quería volver a verla por allí. Leire tenía miedo, por lo que agradeció la iniciativa de Benjamín. Unas horas antes, recostada en el suelo para que no la descubrieran, había escuchado la discusión entre Urtzi y el verdugo judío. No había captado todas las palabras, pues estaban a treinta metros de donde ella se encontraba e intentaban hablar en voz baja, aunque, por la violencia de la conversación, de vez en cuando subían el volumen y Leire entendió que estaban discutiendo por culpa de ella. Llevaba tres años con Urtzi y su gente y todavía no entendía qué había hecho mal, por qué no la querían allí. Sólo Benjamín e Ibai le habían manifestado simpatía. Obedecía todas las órdenes que daban aquellos extraños seres y nunca se rebelaba, pero desde el principio supo que ella era una intrusa. Recordaba con extrema precisión el momento en que fue presentada a la tribu. Benjamín la había raptado cuando su ama, convertida en una temible bruja, llegó al claro del bosque en el que se encontraban el cadáver de su hermano Martín y el de la niña con la que se había cambiado la ropa. Desde detrás de los arbustos había presenciado cómo su madre irrumpió en el claro y se detuvo de repente, al ver los dos cuerpos tendidos en la hierba. Miró a un lado y a otro y, cuando vio que no había nadie a la vista, abrazó con fuerza el cuerpo de la niña y sollozó mientras repetía el nombre de Leire. Después se irguió y se quedó contemplando fijamente el rostro de la niña, totalmente desfigurado por los golpes. Miró a su alrededor, hasta que encontró una piedra del tamaño de su mano y con ella golpeó repetidamente el rostro de su bebé. Cada golpe le dolió a Leire como si se lo estuvieran propinando a ella. Estuvo a punto de gritar, pero no pudo, porque una mano le cerró con fuerza la boca. Luego se sintió levantada en volandas y apartada de allí. Se internaron en el bosque que crecía por encima de aquella roca negra que a Leire le pareció, por la forma, una especie de puerta. El gigante vestido de negro, al que había visto depositar a la niña muerta en el claro del bosque, no parecía notar el peso de Leire, pues la llevaba en brazos y ni siquiera jadeaba. En silencio subió hasta la cumbre, y cruzaron el bosque que le pareció impenetrable, pero en el que se descubrían caminos que el hombre de negro conocía perfectamente, y obligó a Leire a sentarse en un tronco de madera podrida que encontraron cerca de la cima. El hombre la observó con detenimiento. Su semblante estaba serio y Leire temió que la abandonara allí mismo. De repente, el hombre

sonrió y ella supo que estaba siendo aceptada. El hombre se presentó como Benjamín y le dijo que era un hombre de los bosques. Hablaba despacio, en castellano, con algunas palabras que Leire no había oído nunca, pero consiguieron entenderse. El hombre le contó que había bajado con el cuerpo de Lorea para enterrarla en el bosque y cuando oyó los gritos se retiró a observar. Preguntó quién era aquella mujer que la perseguía y también le preguntó por el bebé. Leire le dijo que era su madre y que ella había huido con su hermanito cuando vio en la mirada de ella que tenía la intención de matarlos a los dos. Cuando lo contó no pudo evitar un sollozo. Benjamín la abrazó para tranquilizarla. Le dijo que había sido muy lista y muy valiente y que no debería preocuparse, que él la cuidaría. Después, sin darle más explicaciones, el hombre cargó con ella a su espalda y caminó rápidamente durante horas en las que bajaron y subieron laderas, cruzaron bosques y ríos, hasta que llegaron a una planicie, en la que unos hombres y mujeres, vestidos de negro, como su salvador, observaban en silencio cómo Benjamín se acercaba hasta ellos. Una vieja con cara muy seria y arrugada saludó con la cabeza al gigante y éste les presentó a Leire. La mujer, sin mirar hacia la niña, preguntó por qué llevaba las ropas de Lorea. Benjamín intentó explicar lo que había ocurrido. La anciana observó a Leire sin decir nada durante un largo rato, hasta que se dio la vuelta bruscamente sin hacer ningún amago de saludar o de acoger a la niña. Leire supo ya en ese instante que algo la había molestado y que aquellas gentes no la iban a aceptar entre ellos. En los días que siguieron a su llegada Benjamín no se separó de ella en ningún momento, como si temiera que alguno de aquellos pastores pudiera hacerle daño. Le preguntó si había oído hablar de ellos. La niña le respondió que no. Él entonces le explicó que era judío. Leire no tenía ni idea de lo que significaba esa palabra. Benjamín le preguntó si había oído hablar de Dios, o de espíritus inmateriales. Ella le dijo que sí, que su ama creía que Mari habitaba en una montaña lejana y también creía en la existencia de lamias y espíritus malignos que vivían en los bosques, pero que su padre se reía y le explicaba que todo eso eran tonterías de la gente ignorante y paleta. Que la gente sabia y culta, la gente como él, estaba dividida. Muchos creían en Dios, que era un ser invisible y poderoso que dirigía las vidas de los hombres. Y había otros como él que creían que también estas creencias eran una tontería. Le decía a menudo: “Leire, no creas en esas idioteces, porque si crees en ellas te convertirás en una esclava”. Benjamín le aseguró que Dios existía y que su padre era un ser impío, ciego y pecador. Le explicó que, en aquella comunidad de pastores donde se encontraban, todos creían en Dios y todos seguían el Libro, pero la idea que tenían sobre Jehová no era la misma. La mayoría eran cristianos y sólo unos pocos, cada vez menos, eran judíos como él; su religión era más antigua que la de los cristianos, pero todos leían el mismo Libro.

Leire quiso saber por qué eran tan serios y por qué no la aceptaban. Benjamín los disculpó y le explicó que no siempre habían sido así, que unos años atrás aquellos pastores eran alegres y felices, y estaban rodeados de niños como ella y como Lorea, la niña a la que había suplantado. Pero en los últimos años los niños empezaron a

enfermar y no sabían la causa. Algunos morían al poco de nacer. Otros nacían deformes y no sobrevivían demasiado tiempo. Y los que aparentemente estaban bien tenían que tener mucho cuidado con las heridas, pues se infectaban con facilidad y a algunos costaba detener las hemorragias: estos acababan muriendo desangrados. Otro grupo, de repente y sin previo aviso, empezaba a adelgazar a pesar de que comían y bebían más que los demás, se desmayaban continuamente y acababan con el cuerpo consumido, como si llevaran meses sin probar bocado. Todas estas desgracias cambiaron el carácter de los nómadas. Se volvieron temerosos y preocupados por los escasos niños supervivientes. Tanto los que eran cristianos como los pocos judíos que formaban parte de la tribu interpretaron aquellos fenómenos como un castigo divino. Urtzi, la dama suprema, les conminó a que cambiaran sus costumbres y dejaran de ofender a Dios. La alegría desapareció y se convirtieron en un pueblo sin esperanza. Benjamín le había advertido de que no debía contar cómo había golpeado el rostro de Lorea, pues la muerte de aquella niña casi había hecho enloquecer a su abuela Urtzi y ésta apenas toleraba la presencia de Leire desde que vio que sobrevivía con la ropa de su nieta. Leire se prometió a sí misma seguir todos los consejos de Benjamín, obedecer a los adultos y aceptar cualquier trabajo que le impusieran. Quería ganarse su cariño, pues temía que le expulsaran de la tribu, tuviera que regresar al valle y su madre la localizara. La mayoría de los niños la rehuían, salvo Ibai, un niño de unos diez años, que se acercó a ella con una sonrisa y se convirtió en su protector. ¿Por qué tuvo que morir Ibai? Cuando llevaba dos años con ellos, Ibai comenzó a adelgazar, a pesar de que comía todo lo que podía y no paraba de beber agua. La mirada se le apagó y al final su cuerpo era tan frágil que ya no podía levantarse del camastro de pieles que tenía en la cueva donde lo habían instalado. Cuando murió, Leire supo que se acercaba el final. Ya casi no quedaban niños en la comunidad y los adultos la miraban con hostilidad, pues era una niña sana y fuerte, no como los hijos de ellos, que se iban consumiendo poco a poco y enfermaban continuamente. Ibai le informó que algunos pensaban que ella había traído la maldición. Parecían olvidar que la desgracia ya existía mucho antes de que ella llegara de la mano de Benjamín. Por eso, cuando Ibai murió, ella supo que tenía los días contados con aquella gente, pero tampoco sabía qué podía hacer, era todavía una niña y no conocía otro mundo que aquellas montañas por las que había transitado con aquellos pastores, que más parecían espíritus fantasmales que seres humanos. Hablaban euskera entre ellos, aunque muy extraño, pero que se empeñó en aprender con la ayuda de Ibai, para ver si así conseguía la aceptación, aunque no lo logró. Sólo la toleraban por la autoridad que todavía detentaba el judío Benjamín. Pero éste desaparecía largas temporadas, Leire no sabía por dónde se movía, pero cuando regresaba solía traer vino, aceite, alubias y telas, que repartía entre los miembros de la comunidad. Aparecía también con galletas y caramelos para los niños, aunque cada vez eran menos los que se alegraban con estos regalos, pues la mayoría estaban demasiado enfermos y más parecían ancianos que tuvieran como única ocupación en la vida sobrevivir a la

enfermedad y durar lo más posible. Leire aprendió a ordeñar a las cabras y ovejas que tenía la tribu. Cada vez tenían menos cabezas de ganado, por lo que a veces los miembros de la tribu dependían de los animales cazados por Benjamín, y también del ganado que robaban a otras gentes, para lo que preferían alejarse de la zona donde se habían instalado, por lo que viajaban en expediciones hacia otras tierras. Benjamín le explicó que antes, veinte años atrás, eran un pueblo nómada, que se movía entre bosques y montañas y que se trasladaba siguiendo el ritmo de las estaciones. Pero desde que los niños empezaron a enfermar, no se movían de aquellas cuevas escondidas en el interior de la sierra, y sólo los hombres se alejaban en busca de comida. El judío fue el único adulto que se preocupaba por Leire y, cuando residía con ellos, le leía historias del Libro y así llegó a conocer a Jehová, el dios magnífico, terrible y justiciero en el que Benjamín creía.

Leire despertó del todo y acarició a Zuri. El caballito frotó el morro contra las manos de la niña y ésta lo miró con tristeza, pues sabía que era la última vez que lo montaba. Benjamín le había explicado que su destino era Ordizia, un pueblo grande al fondo del valle, donde un hombre bueno iba a ocuparse de ella. Leire se inquietó, pues le sonaba el nombre de Ordizia, creía que era el pueblo al que bajaba su madre y donde conoció a su padre. Benjamín la tranquilizó, su madre ya no estaba en el valle, no podía hacerle daño.

Leire bebió la leche que le calentó Benjamín, se frotó con fuerza la cara y el cuello con el agua helada que caía a chorros fuera de la cueva, y se subió encima del potro. Benjamín agarró por las riendas a Zuri, salió de la cueva y descendió por la pendiente de la ladera a grandes zancadas. A Leire siempre le había parecido un gigante. Sacaba la cabeza a cualquiera de los hombres de la tribu y él mismo le dijo que pasaba de los dos metros de estatura, como su padre y como su abuelo. Y, como ellos, se había ocupado de los sacrificios de animales según las leyes de su pueblo. Le mostró la espada ritual que utilizaba en las ceremonias. Muchos años atrás esa espada cercenó alguna cabeza humana, cuando los jueces condenaron a muerte a algún hombre especialmente abyecto e impío. Pero hacía muchos años que el filo de aquella espada sólo había servido para cortar carne animal. Él jamás había tenido que cobrarse una vida humana y, con su pueblo casi extinguido en aquellas montañas, creía que no lo iba a tener que hacer nunca. Pero, por si acaso, rezaba a Jehová para que le diera la entereza necesaria en caso de que tuviera que cumplir con ese deber sagrado.

Cuando finalizaron el descenso de la ladera se encontraron con un arroyo que Benjamín y Zuri cruzaron sin vacilación y después siguieron su curso durante un par de kilómetros hasta llegar a un valle que le resultó conocido. Iniciaron la subida del monte que tenían enfrente y, cuando llegaron a la cima, Leire observó que la ladera que caía al otro lado llevaba al caserío de su madre. Benjamín se volvió y la tranquilizó, diciéndole que su ama no se encontraba cerca de allí. Pasaron rápidamente a pocos metros de la casa donde había nacido y Leire lloró al contemplar

las ruinas en que se había convertido. Recordó con detalle cómo abandonó con Martín el caserío para evitar morir en el incendio provocado por su madre.

Un poco más abajo, a la izquierda del camino por el que avanzaban, Leire vio el pequeño cementerio al que dos años antes se dirigió con el gigante judío para ver cómo éste, con una maza, destruyó una placa a golpes y extrajo unos huesos. “Lorea y Martín”, le dijo el judío. Leire lloró en aquel momento como no lo había hecho en el último año; lloró por la muerte de su hermanito y lloró por Lorea a la que desde aquel día llegó a considerar como una hermana querida. Benjamín depositó los huesos en una cesta con la que había cargado en el camino y retrocedieron hasta subir al bosque donde se encontraba el claro en el que Leire conoció al judío. Cuando llegaron, Benjamín, con una pala, excavó unas pequeñas tumbas donde enterró los huesos de Lorea y Martín. Sacó el Libro y leyó un pasaje que Leire no conocía. Y después regresaron a las cuevas donde se encontraba la tribu de pastores. Benjamín le advirtió de que no debía contar nada de lo que había visto y así lo hizo Leire, quien no contó ni siquiera a Ibai que conocía la existencia de un cementerio secreto.

Leire iba adormilada encima de la montura, cuando se despertó sobresaltada al sentir algo parecido a unas gotas húmedas que se pegaban al rostro. Abrió los ojos asustada y vio que estaba rodeada de una densa niebla que no dejaba ver mucho más allá de la silueta negra del gigante judío que los precedía. Desde ese momento viajó inquieta, pues temía que el judío la perdiese y por un azar no deseado la encontrase su madre. Tenía un miedo atroz a la locura de su madre. En aquel momento se acordó de su padre. Nunca fue muy cariñoso, pero siempre pensó que la quería, y se preguntó dónde estaría. Sintió pena por él, ya que seguro que pensaba que sus hijos habían muerto los dos a manos de su madre. Tenía ganas de encontrarlo para darle la buena noticia, ella estaba viva y lo estaba, porque fue inteligente y valiente y su padre debería sentirse orgulloso de ella. El trayecto desde que despertó aterida por la caricia húmeda de la niebla se le hizo interminable. Nunca había estado tan abajo en el valle, no conocía nada. Se preguntó cómo sería Ordizia, esperaba que fuera más grande que Aia, el único pueblo que había visitado con su madre.

Cuando iba pensando en esto llegaron a unas casas de piedra que parecían el inicio de un pueblo. Había una torre de la que sólo se veía la base, porque la parte alta estaba escondida en la niebla. Benjamín le dijo que no hiciera ruido, que aquello no era todavía Ordizia.

Siguieron durante mucho tiempo bajando por una carretera en la que no se veía ningún coche. Se preguntó dónde andaría el coche de su padre, en el que bajaba a trabajar casi todos los días. Por fin, Benjamín se detuvo y obligó a detenerse a Zuri. Sólo dijo: “Ordizia”. Entró lentamente en el pueblo y se acercó hasta lo que parecía una iglesia. No se veía tampoco la torre, pues la niebla en el pueblo era todavía más espesa que en la parte alta del valle. Hizo bajar a la niña del caballo, la miró en silencio y a Leire le pareció que caía una lágrima desde su ojo derecho, aunque bien podía ser una gotita de niebla. Ella sí lloró porque sabía que no volvería a ver a Zuri,

aunque confiaba en que Benjamín sí la visitara. La noche anterior, antes de dormir en la cueva, le había explicado pormenorizadamente cómo podía avisarle cuando le necesitara. Le entregó una serie de telas que parecían banderas y le mostró cómo debía colocarlas en el caserío Sagardi. Ahora, en el momento de la despedida, no fue capaz de decir nada más; le indicó la puerta de la iglesia, que todavía estaba cerrada, y la dejó delante de ella para que la golpeará en cuanto él se hubiera marchado. No habló ya más. Ella tampoco supo qué decir. Él la abrazó con fuerza, casi la estrujó. Por fin la soltó, sujetó las riendas de Zuri y desapareció como un fantasma en la niebla. Ella se demoró unos minutos y llamó suavemente a la puerta. Como nadie acudía, golpeó con más fuerza. Un hombre bajo y fornido que vestía una túnica negra se asomó y la miró sorprendido. A Leire le gustaron sus ojos, sabía que podía confiar en él. No quería meter la pata, necesitaba que aquel hombre la aceptara. El hombre le preguntó a quién buscaba; no supo qué responder. Sólo cuando le requirió su nombre, ella decidió que debía contestar. Se había pasado todo el viaje pensando en la respuesta que debería dar a esa cuestión. El hombre repitió la pregunta.

—¿Cómo te llamas, niña?, ¿no tienes nombre?

—Arantza —contestó Leire, al mismo tiempo que intentaba sonreír—. *Ni Arantza naiz eta zortzi urte ditut jada*^[1].

ITZIAR

Itziar aparcó detrás de una de las casas del barrio de Aia, en Ataun. Todavía no había amanecido, pero ella abandonó el coche con decisión y empezó a subir a pie por la carretera que conducía hasta las ruinas del caserío, el que había sido el hogar de Arantza en la infancia antes del día que Alejandra denominó el día del fin de todas las cosas.

Por lo que pudo averiguar atendiendo a los febriles monólogos de Arantza durante su enfermedad, su amiga era realmente la hija de Petra Arama. No acertaba a comprender cómo consiguió librarse de la muerte y tampoco fue capaz de identificar quién era la niña que Petra mostró a Jason cuando levantó la lona que ocultaba el contenido de la carretilla, aunque imaginó que todo estaba relacionado con la aparición fortuita de aquel misterioso hombre de los bosques con el que dialogaba Arantza como si estuviera presente junto a ellas en la habitación del hospital.

Con sólo cinco años, la vida de Arantza se acabó; con sólo cinco años perdió a sus padres y a su hermano y estuvo a punto, si no llega a ser por su ingenio y por la suerte de haber encontrado a Benjamín, de perder la propia vida, pues su madre, Petra Arama, se había convertido en un monstruo que pretendía destruirla. Itziar era incapaz de imaginar qué se puede sentir por dentro cuando con cinco años llevas el cadáver de tu hermanito y huyes de una madre que te quiere asesinar. ¿Dónde vivió Arantza los tres años que separaban aquel trágico día de aquel otro en que se presentó ante el padre Muniategi para forjarse una nueva identidad? ¿Quién la protegió durante esos tres años oscuros, cuando ya nadie de su familia podía ayudarla?

Durante los días en que se debatió entre la vida y la muerte por la infección producida en las heridas provocadas por Thor, Arantza llamaba a Benjamín, el hombre del bosque que la había salvado de morir a manos de su madre, y lo hacía en una especie de castellano antiguo que Itziar entendía a medias. Pero ese idioma era fácil de entender comparado con el euskera del siglo XVI que escapaba de su boca en largas retahílas, y del que Itziar ya sabía que su compañera dominaba desde que coincidieron en aquel piso de Indautxu con el erudito y algo chalado Camilo Amorebieta.

Al final iba a ser cierta la existencia de aquella extraña y mítica comunidad de pastores anclada en un tiempo lejano, y no era un mito que gustaba de extender Muniategi y otros contadores de historias del valle, sino que tenía una base real y explicaba dónde había estado viviendo la hija superviviente de Petra Arama, la que milagrosamente había escapado del furor homicida de su madre y tres años más tarde

se presentó ante el párroco de Ordizia, proveniente de ninguna parte, como si hubiera sido criada por una manada de lobos.

Ese era otro momento que tuvo que ser decisivo para formar la compleja personalidad de su amiga. Con cinco años había tenido que renunciar, a la fuerza, a su familia y a la vida en la comunidad en la que había nacido. Y tres años más tarde, en un intento de integrarse nuevamente en esa comunidad, había tenido que renunciar a lo único que todavía no se le había arrebatado: su propio nombre. Porque hasta ese momento, aunque nadie lo supiera, pues su muerte ya estaba anotada en el Registro Civil, ella seguía siendo Leire Compson o Leire Arama, Itziar no estaba segura de cuál era el apellido. Pero cuando se presentó ante el cura de Ordizia ella asumió su propia muerte y se creó una nueva identidad, ella era Arantza, fue lo primero que le dijo a Muniategi, o al menos así lo contaba éste. Y éste le confirió la identidad completa por la que el mundo la conocería: Arantza Rentería Zerain, nacida en Ordizia, aunque su verdadero alumbramiento hubiese sucedido en un caserío ahora destruido por la misma mujer que primero le dio la vida y luego se creyó con el derecho de arrebatársela.

A ese caserío se encaminaba Itziar, todavía de noche, pero en una hora ya cercana al alba, con la esperanza de poder informarse de aquello que todavía no conocía de su compañera.

El día anterior había acompañado a su amiga, ya recuperada físicamente, al tanatorio de Arrasate, donde le fueron entregadas, porque así ella lo había solicitado, las cenizas de Petra Arama. Su madre al fin había conseguido darse muerte y Arantza, mejor dicho Leire, inexplicablemente había solicitado sus restos. Pidió a Itziar que la acompañara, pero no dejó, con su actitud distante, que esta le hiciera pregunta alguna. De vuelta ya en Beasain, Arantza le dio las gracias, incluso abrazó a su amiga, pero no reflejó ningún tipo de emoción y se despidió abruptamente.

Pensó entonces, aunque se sentía algo avergonzada por pensarlo, que se había ganado el derecho de conocer quién era ese Benjamín o cómo era la relación entre aquellos pastores esquivos y legendarios y su amiga, y estaba segura de que el itinerario que podía llevarle a conocer a aquellos moradores de las Tierras Altas, debía partir del caserío donde Petra decidió arruinar a todos los suyos la felicidad que Jason le negó a ella.

Apostó porque Arantza partiría del caserío para encontrarse con ellos, y por ello decidió esperarla allí para poder seguirla.

Llegó al barrio de Aia antes de que amaneciera, y subió el último tramo andando, para que su coche no alertara a su amiga de la presencia de alguien extraño. Por el camino que le llevaba al caserío encontró el cartel del pequeño cementerio que ya conocía de sus anteriores excursiones; el cartel lo anunciaba con la palabra en euskera: "Hilerria".

Tras escuchar de labios de Muniategi las historias de los pobladores de las tierras altas y la trágica historia de Jason y Petra, subió en ocasiones hasta allí para curiosear.

Entró en el pequeño camposanto cada vez que pasaba por su cercanía y se había demorado leyendo las lápidas de los distintos nichos mortuorios. Según el cura, allí habían estado enterrados Leire y Martín, hasta que alguien profanó sus tumbas y se llevó los huesos de los niños que no volvieron a encontrarse.

Cuando visitó aquel cementerio por primera vez dudó de la lucidez mental del padre Muniategi, pues las lápidas que encontró mostraban nombres como Bonifacio, Justino, Anttoni o Joxe, pero no Petra ni Leire ni Martín y apellidos varias veces repetidos, de familias como los Arratibel, Zeberio, Munduate, Dorronsoro o Agirre, pero no Compson o Arama. Ni siquiera parecía posible que aquel cementerio existiera en la época de los sucesos narrados por el sacerdote, pues los muertos que allí encontró eran todos posteriores a 2009, lo que parecía indicar que era un cementerio privado para las familias de la zona y recientemente inaugurado. Hubo un momento, mientras recorría con la vista las lápidas de los Zeberio o Dorronsoro, de las personas que en vida se llamaron Bonifacio o Anttoni, en que llegó a convencerse de que todas las historias de Muniategi, no sólo las más fantásticas o extrañas, como las referidas a los nómadas negros, sino las más realistas, como las que versaban sobre Arantza o sobre los amantes Jason y Petra, no eran más que puras patrañas de un viejo necesitado de compañía y que relataba aquellos cuentos, como si pensara, cual Scherezade, que con ello dilataba el tiempo de su vida.

Pero ahora, después de haber escuchado las pesadillas de Arantza, sabía que todo era cierto. Incluso empezaba a sospechar que Muniategi sabía más de lo que decía y había hilado todas aquellas historias en honor de la visitante porque de algún modo presentía que todas ellas eran parte de una misma historia, como así había acabado descubriendo Itziar.

Por eso, para redondear aquella historia, sentía la necesidad, e intentaba convencerse de que tenía todo el derecho de su parte, de espiar a su amiga para conocer el último secreto de la biografía de Arantza y que ella había celosamente ocultado.

Cuando llegó al caserío, miró alrededor y decidió que lo mejor para que Arantza no la descubriera era tumbarse al otro lado de un pequeño muro que se había mantenido en pie tras el incendio y que se presentaba lleno de verdín.

Se recostó, tras extender el abrigo en el suelo y esperó mirando hacia las estrellas que ya empezaban a difuminarse por la llegada de la luz del alba.

Esperó tranquilamente. Sabía que la espera podía ser infructuosa, ya que lo que Arantza tuviera en mente igual no tenía nada que ver con la intuición de Itziar. Pero tampoco perdía nada por intentarlo.

Cuando oyó el sonido del motor de un vehículo, sonrió. Seguro que era su amiga. Ahora debía de tener especial cuidado en que no la descubriera.

Esperó a que Arantza iniciara la subida. Un camino bien trazado se adentraba en el bosque que se encontraba en la cima de la loma que se divisaba desde el caserío. Cuando Arantza se internó en el bosque Itziar inició la subida, separada de su

compañera por unos trescientos metros. Observó que Arantza vestía de negro y llevaba a la espalda una mochila del mismo color. Cuando Itziar llegó al bosque, vio el camino e imaginó que continuaba hasta la cima. Había perdido de vista a su objetivo, pero estaba segura, al menos todavía, de que no iba a perderla.

Cuando era niña su padre la aficionó a la lectura de novelas del Oeste. Había leído varias veces “El espíritu de la frontera”, del que le gustaba especialmente el final, en el que Wetzel, un cazador blanco cuya sola misión en la vida era matar indios, seguía con curiosidad por el bosque, con la idea de acabar con él, al noble jefe indio Wingenund. Al final, Wetzel desistía de disparar contra el indio, pues descubría que su enemigo se había convertido al cristianismo y se había internado en el bosque para visitar la tumba de la mujer blanca a la que había amado. Itziar, en este seguimiento de Arantza por el bosque, se sentía como el cazador Wetzel, aunque no entraba en sus planes matar a su amiga, sino sólo arrebatarse su secreto.

Cuando coronó la cima, observó que Arantza descendió rápidamente por la cuesta que se encontraba al otro lado de la loma y se aprestaba a vadear un riachuelo no muy profundo. Decidió apresurarse, pues no quería perderla, ya que no se veía con la destreza de Wetzel a la hora de seguir un rastro.

Cuando ella atravesó el riachuelo se encontró con un bosque enorme que subía desde el río por el que era fácil caminar sin tropiezos, pues las hayas estaban separadas y debajo de los árboles sólo crecía una especie de césped por el que se caminaba con comodidad. Desde donde estaba, divisaba la figura de Arantza. Se preguntó si la habría descubierto y a pesar de que no le importaba, pensó que no. Arantza se encaminaba a su objetivo, que Itziar imaginaba era el encuentro con aquellos pastores con los que había convivido al menos durante tres años y donde, por lo que parecía, volvía cuando tenía necesidad de ocultarse.

De repente, Itziar vio que el bosque se abría y un claro se presentó ante su vista. Arantza estaba inmóvil, como esperando a alguien, todavía con la mochila a la espalda y contemplando una enorme roca negra que parecía una puerta de entrada a un bosque mucho más extraño, donde las ramas de los árboles estaban de tal manera entrelazadas que no parecía llegar casi luz hasta el suelo.

Itziar se preguntó qué podía esperar Arantza enfrente de aquella enorme roca con apariencia de monolito, similar a un dolmen prehistórico, trabajado para darle esa forma por seres humanos mucho más antiguos que aquellos pastores a los que parecía que Arantza estuviera esperando. Itziar se acordó de que aquellas rocas, según una guía que había examinado los primeros días para familiarizarse con la región, en muchos casos tenían un uso como símbolos funerarios.

Entonces lo entendió. Arantza no había emprendido ese camino para encontrarse con los pastores sino para hablar con sus muertos.

Arantza apoyó la mochila en el suelo y extrajo con cuidado la urna funeraria que le habían entregado en Arrasate. Destapó la urna y se volvió bruscamente, aunque no pareció darse cuenta de que alguien la observaba, pues estaba llorando, mientras

esparcía las cenizas de aquella mujer que había intentado matarla, pero también, antes de eso, le había dado la existencia y la había cuidado con amor, o eso quiso imaginar Itziar. Arantza volvió a ponerse enfrente de la roca y pareció que rezaba. Entonces se sintió como una intrusa. Al comprender lo que Arantza estaba haciendo en aquel lugar, en aquella especie de cementerio, Itziar se sintió molesta consigo misma y decidió alejarse, pues, al contrario que antes, le invadió la certeza de que su amiga tenía derecho a llorar a sus muertos y a custodiar sus secretos como ella quisiera.

Dio la vuelta y se alejó rápidamente, pensando que la vida de Arantza había estado sembrada de una serie de muertes y resurrecciones y cuando cada una de esas muertes había sucedido, Arantza había renacido y empezado de nuevo, con otra gente y en otro lugar y también incluso con una nueva identidad.

En ese momento le pareció que su amiga, también ahora, tras despedir a sus muertos, iba a transformarse en otra cosa. Itziar estaba segura de que en sus nuevos planes, ella, Mikel, Gorka, el padre Muniategi y todos los demás, no iban a contar en absoluto y que iba a iniciar un nuevo camino, libre al fin de todo su pasado.

Aquello le dolió pero, al mismo tiempo, mientras descendía la ladera, sintió una especie de alegría, pues creía que su amiga tenía derecho a empezar de nuevo, aunque fuera en otro país y con otra gente.

De repente, el disparo llegó como si fuera un trueno hasta donde Itziar se encontraba.

¡Joder! ¡No era posible! Ese no podía ser el nuevo camino.

Itziar corrió cuesta arriba, con toda la velocidad de que era capaz, pensando que quizás todavía llegara a tiempo, pero en el fondo no confiaba en ello, pues aquella frase pronunciada por Arantza, que ya la había atormentado desde que sus amigos Iñigo y Jon fueran asesinados por Uriah, “Si ellos mueren no quiero vivir”, le martilleó el cerebro para desplegar su auténtico significado, e Itziar comprendió al fin que las acciones de su amiga, desde que asumió que sus compañeros murieron a causa de su desmesura, habían estado encaminadas a reunirla con todos sus fantasmas en aquel cementerio de tumbas sin nombre.

FIN

AGRADECIMIENTOS

El lector fiel a la saga que culmina en esta novela habrá podido comprobar que continúo incorporando personajes que no me pertenecen como Muesca, de Manu López Marañón y Ander Azurmendi, de Anton Arriola. Gracias, colegas.

Y como la acción principal de esta novela transcurre en Gipuzkoa, no podía faltar un personaje como Jon Ander Macua, que he robado de las novelas de mi compañera de colección Noelia Lorenzo, gran narradora y mejor amiga. Si el lector quiere conocer a este personaje más a fondo sólo tiene que leer la serie que protagoniza con su jefa Eider Chassereau, compuesta hasta el momento por tres novelas: *La sirena roja*, *La chica olvidada* y *Corazones negros*. Gracias, Noelia.

He de agradecer, también a Iñaki Aldekoa, especialista en literatura vasca y amigo, sus comentarios sobre la figura de Juan Ignacio Iztueta, que me iluminaron a la hora de crear el marco en el que se despliegan los intrincados monólogos del padre Muniategi: esa casa realmente existente en la localidad de Zaldibia, en la que nació mi aitona, y en la que viven sus parientes Pello Arruebarrena y su mujer Karmele. Recomendando vivamente la *Historia de la Literatura Vasca* de Aldekoa a todo aquel que se interese por nuestra literatura. Gracias, Iñaki, y gracias también a Pello y a Karmele por su hospitalidad.

Aprovecho para dar las gracias a todos mis conocidos y familiares por su generoso apoyo a lo largo de estos años, y a todos los que desde la editorial Erein posibilitan la existencia de esa gran colección de novelas policíacas, *Cosecha roja*, y a ti, lector fiel de mi saga: espero que hayas disfrutado con su lectura y que encuentres en ello motivo para seguirme en mis nuevas aventuras narrativas.

Un abrazo a todos.



JAVIER SAGASTIBERRI

El autor es licenciado en Ciencias Económicas por la Universidad del País Vasco y en Filología Hispánica por la UNED. Desde 1987 trabaja para la Hacienda Foral de Bizkaia. Ha actuado siempre en el ámbito de la Inspección, primeramente como Subinspector de Hacienda y desde hace diez años como Inspector de Finanzas.

Su experiencia laboral le ha ayudado en la redacción de su primera novela, *El asesino de reinas*, aunque por fortuna no ha tenido que presenciar ningún asesinato. Es importante destacar que la inspiración principal de la novela proviene de su amistad, casi incomprensible teniendo en cuenta su origen guipuzcoano, con la gran cantidad de aficionados del Athletic que pueblan las dependencias de la Hacienda Foral de Bizkaia.

Notas

[1] Me llamo Arantza y tengo ya ocho años. <<